

# Sexo, alcohol, paracetamol y una imbécil

Clara Asunción García

7 + 1 relatos  
protagonizados por la  
detective privada  
**Cate Maynes**

Alioth

Mizar

M101

Alkaid

*Incluye*

EL CAMINO DE SU PIEL  
versión extendida



# **SEXO, ALCOHOL, PARACETAMOL Y UNA IMBÉCIL**

—Colección de relatos de la detective Cate Maynes—

**Clara Asunción García**



[claraasunciongarcia.blogspot.com.es](http://claraasunciongarcia.blogspot.com.es)

**Sexo, alcohol, paracetamol y una imbécil**

© Clara Asunción García, 2015

**El camino de su piel. Versión extendida**

© Clara Asunción García, 2012

1ª edición, diciembre 2015

-  
*A Susy, por ser y estar. Y por permitirme ser y estar junto a ella.*

## **AGRADECIMIENTOS**

A ti, por haber acogido con tanto cariño a Cate. Ambas estamos tan encantadas como agradecidas y prometemos hacerlo lo mejor posible para seguir contando con tu favor.

Ahora yo me iré a escribir y Cate... En fin, si la conoces ya sabes qué irá a hacer ella (al menos, esperemos que la primera se la tome a tu salud).

Gracias por estar al otro lado.

«Soy immmmmBécil, qué le vamos a hacer».

*Cate Maynes*

## ÍNDICE

*Prólogo*

*Cada vez que haces eso*

*El viejo, el pez y la imbécil*

*Si hoy es sábado, Leng está con un par de mulatos (si es domingo, también)*

*Johnny, Bud, Brugal, José, Smirnoff, Tanqueray y Mimi*

*En busca del lunar en el coño perdido*

*Chuletas, chuminos y galletas de canela*

*Siempre no es siempre siempre*

*El camino de su piel. Versión extendida*

*Sobre la autora*

## PRÓLOGO

### De detectives desmanteladas y su lugar en el mundo

Catherine S. Maynes es detective privada. O, al menos, lo parece. Tiene una licencia, un despacho, un arma, un *whisky* siempre a mano y un corazón, más que roto, despanzurrado. Cierto, Cate es puro cliché: expolicía reciclada en investigadora privada, vida personal caótica, inclinación a ahogar sus penas en alcohol (y el cuerpo de otras mujeres) y un pasado tormentoso plagado de fantasmas.

De vez en cuando, claro, resuelve algún que otro caso. A veces, más por pura chiripa que por sus grandes dotes detectivescas (dejémoslo en que nunca ganará el premio a la mejor investigadora del año). Y es que Cate no es detective por vocación, no ejerce el oficio por saberse poseedora de un instinto especial, o movida por el deseo de hacer del mundo un lugar mejor. No, nada de eso. Simplemente, eligió ganarse la vida con un trabajo que no le disgustara demasiado.

Peores razones hay para dedicarse a algo, ¿no?

La primera aparición de esta detective tuvo lugar en la novela [\*El primer caso de Cate Maynes\*](#) (Egales, 2011), título iniciático donde los haya y en el que la protagonista se verá envuelta en una trama de chantaje a una familia de la alta sociedad de Océano. La segunda entrega llegó tres años después con [\*Los hilos del destino\*](#) (Egales, 2014), un complejo caso que arranca cuando Cate recibe la visita de un hombre sin memoria que la contrata para que averigüe su identidad.

Si la tendencia a una vida desordenada del personaje (y su alto consumo de paracetamol) no lo impide, la intención es continuar con la serie, cuyo tercer libro se encuentra actualmente en fase de escritura.

Pero el universo de Cate Maynes se ha expandido más allá de las novelas y lo ha hecho en forma de relatos cortos. Su principal característica es la de estar localizados cronológicamente antes de los hechos narrados en la primera novela, *El primer caso de Cate Maynes*, y siguen la misma mecánica que los libros: combinación de trama detectivesca con la personal, con una maltrecha Cate zarandeada por sus heridas vitales, lidiando con un doloroso pasado al

tiempo que trata de mantenerse a flote, con un futuro incierto por todo horizonte.

Este conjunto de relatos que tienes entre tus manos forma parte de esa expansión paralela, aunque no son los primeros en ver la luz. El primero fue, precisamente, el que encontrarás al final de esta antología, *El camino de su piel*, que, en su [versión corta](#), fue publicado en el año 2012 en la revista *Ámbitos Feministas*, de la Western Kentucky University (EE.UU.). Posteriormente fue traducido al francés ([Le chemin de sa peau](#)), formando parte del libro colectivo *Lectures d'Espagne 3* (Lectures d'ailleurs, 2015), dentro de un proyecto de traducción auspiciado por la Universidad de Poitiers (Francia).

La versión incluida en este libro es la extendida, siendo la primera vez que sale publicada en papel, ya que originalmente solo lo hizo en formato digital (edición que podrás encontrar en Amazon, [aquí](#)). En esta aventura, Cate es contratada como escolta por una clienta temerosa de su expareja, un violento sicario, para que la proteja hasta que pueda abandonar la ciudad.

El segundo relato fue [Un perro llamado Úrsula](#), historia que compartió páginas con las mejores plumas femeninas españolas del género negro, en el libro [Fundido en negro: antología de relatos del mejor calibre criminal femenino](#) (Alrevés, 2014). En esta ocasión, Cate recibe un peculiar encargo por parte de un cliente más peculiar aún: un niño la contrata para que averigüe quién ha matado a su perro. Conforme transcurra la investigación, Cate se dará cuenta de que la muerte de la mascota esconde en realidad un asunto de mayor calado.

Y así llegamos a la tercera incursión de la detective Maynes en el relato, este libro. Siete historias cortas agrupadas bajo el título genérico de *Sexo, alcohol, paracetamol y una imbécil*, completadas con la versión extendida de *El camino de su piel*. Unidos por un mismo nexo común, la desaparición de algo muy querido para Cate, los siete primeros relatos narran cuatro días de su vida, en una búsqueda que acabará conduciéndola a revivir dolorosos recuerdos de su pasado más reciente.

Si estás aquí, gracias. Tanto Cate como yo te damos la bienvenida. Si ya nos conoces, encantadas de volver a verte. Si eres nuevx en el barrio, gracias por acercarte. Ambas deseamos que disfrutes con las historias.

Y si te apetece saber más sobre el universo catemaynesiano, o el resto de mi

obra, te invito a que te des una vuelta por mi blog:  
[claraasunciongarcia.blogspot.com.es](http://claraasunciongarcia.blogspot.com.es).

Gracias por confiar en mi trabajo.

*Clara Asunción García*

## Cada vez que haces eso

*Jueves, 21:23 h.*

—Cada vez que haces eso, Dios estrangula un gatito. ¿Lo sabías, imbécil?

Levanté la cabeza ante el sonido de la voz de Caroline y mi boca se curvó en un arco desdeñoso, al tiempo que emitía un bufido.

—Teniendo en cuenta lo poco que me importan ambos, Dios y gato —dije, sosteniendo el chupito que se había quedado a medio camino a la altura de mis labios—, si acaso lo que acabas de decirme es un extraño intento de regañarme, te pediría, por favor, que concretaras. Hoy tengo un *ligero* dolor de cabeza.

—¿Y cuándo Catherine Simone Maynes no lo tiene? —replicó ella, alzando una ceja.

Volví a bufar. Lo consideré esfuerzo suficiente para que Carol dedujera la respuesta, como así fue, porque la adorada voz de mi conciencia adoptó enseguida la postura del jarrón. Esa figura le sale de maravilla a esta mujer: una perfecta ejecución simétrica de brazos en arco, ceño fruncido y expresión «Madre putativa en modo regañina» ejecutándose en su rostro.

Que no tardó en llegar.

—Beber no te lo quitará, ¿no crees?

—¿Cómo que no? —repliqué—. Si lo hago hasta perder el conocimiento verás tú como sí.

Ahora fue ella la que bufó exasperada.

—¿Tú crees que esto es normal?

Moví la cabeza con un movimiento exagerado (en fin, todo lo que me lo permitía mi dolor de ídem) y vocalicé igualmente de desmedido cuando dije:

—No. Increíble, ¿verdad? La propietaria de un local en el que se sirven bebidas, sermoneando contra el consumo de las mismas. Alucina.

Caroline torció la boca en un gesto de contrariedad, sus ojos convertidos en dos rendijitas. Hala, allí iban mis próximas doscientas raciones de mayonesa.

*Mierda.*

—Como en todo, el secreto está en la moderación —dijo.

—Como en todo, exacto —repliqué yo—. ¿Lo aplicamos también a las reprimendas? De verdad que me duele la cabeza.

—Y, claro, en algún sitio has leído que empinar el codo es el mejor remedio, ¿no?

*¿De veras había dicho eso? ¿Empinar el codo?*

Se lo dije:

—¿De veras has dicho eso? ¿Empinar el codo?

—Pues sí, ¿qué pasa?

—Eso digo yo, qué pasa hoy. ¿Te has levantado con el pie cambiado o qué, Carol?

—Pues mira, no. Levantarme, lo que se dice levantarme, lo he hecho estupendamente. He pasado una mañana muy normalita también. He ido al mercado y he comprado uva. ¿Te gusta la uva? A mí, sí; la blanca. Me pirra. Así que me he comprado un racimo y la he tomado de postre al mediodía. Después me he tumbado un ratito. Siempre me acuesto un rato después de comer, deberías probarlo, es muy sano. —Pequeña pausa y tono más intenso para añadir—: Ayuda a regenerar neuronas.

Tampoco habría hecho falta que se molestara en levantar las dos cejas para reforzar el mensaje no-tan-subliminal.

Pero qué queréis que os diga, a mí la uva, si no va mezclada con etanol, ni *plim*.

—Y he venido aquí —continuó—. Y todo iba la mar de bien, pero solo hasta que ha entrado por la puerta una chica tan maja como imbécil. Y mira, sí, ahí se me torció el día ya.

*¡Bueno!*, pensé con resignación. Estaba claro que hoy no iba a ser El Día de Chupitos Sin Límite Para Cate en el Powanda.

—Vale ya, ¿eh? —refunfuñé—. Que de verdad no me encuentro bien.

Iba a beberme el chupito, pero no sé si fue lo de la coacción por el estrangulamiento de mininos o el gesto ceñudo de Caroline lo que me detuvo.

Lo segundo, está claro.

—Oye, deja de mirarme así —protesté—. Emites mensajes contradictorios, ¿sabes? Eres como una señal de prohibido el paso haciendo el gesto de «Pasen, pasen». ¡Joder, Carol, que estás detrás de la barra de un bar, con una legión de botellas a tu espalda!

—¡Marie, un combinado de salmón! —fue toda su respuesta, vociferada sin girarse.

Pues qué bien, cómo mejoraba el día, coño. No me dejaba beber, pero me daba de comer. Menuda mierda. No quería comer. Y menos comida sana. Y menos una que incluyera un pez. *¡Comida sana con un pez, por favor!*

Comerse un pez muerto con la mayonesa restringida es una perspectiva terrible. ¡Terrible!

—Carol... —le advertí.

—Cate... —me imitó ella.

Y ahí estábamos de nuevo, señoras y señores, metidas en la dinámica habitual: duelo de cabezonas. Ocurría desde que esta mujer me tomó confianza (y a su maternal cargo) en una ocasión que me pasé con la bebida y la lengua se me fue tras las cuitas de mi desconchado corazón (bonito tópico, en efecto: borrachuzza le cuenta las penas a la *barwoman*). Hasta ese momento todo iba bien: yo estaba hecha una mierda, bebía hasta perder el conocimiento, follaba como una descosida con todo dios (en fin, diosa) y no sabía qué hacer con mi vida. ¡Era una mierda de vida perfecta!

*Pero...* un día me dio por entrar en un local llamado Powanda, con una dueña llamada Caroline, y ahí se acabó mi asquerosa buena racha. La susodicha propietaria se hartó del espectro cochambroso que hacía feo con la decoración (yo, por si no lo habéis pillado) y se acercó a hablar conmigo.

¡Para qué más! Tú dale a una borracha con la vida hecha mistos una oreja receptiva y ya puedes echarle horas. Ese día lloré mares y le conté a la pobre mujer todo lo que llevaba arrastrando desde que había abandonado Illica con el corazón en una maleta. Un relato que hablaba de amor desesperado, zorras pomposas, sangre canalla, la mujer de mi vida y un desafortunado disparo.

Eso, miseria arriba, miseria abajo, era un buen resumen de lo que me había hecho recalar en Océano. De cómo había pasado de ser una policía bien considerada a prácticamente una apestada, cambio de perspectiva producto de la campaña de desprestigio y hostigamiento que los De Sants habían emprendido contra mí. Total, por dejar en estado vegetativo al capullo de su hijo, un hideputa cuya cabeza acabó tropezando con una de las balas de mi pistola reglamentaria, cierto día de mierda que todo saltó por los aires (parte de su corteza cerebral incluida).

Helena, por ejemplo. Helena fue una de esas cosas que saltó por los aires. Tan lejos que ya no pude alcanzarla, tan dolorosamente que me incapacitó para sentir cualquier otra cosa. El amor que se me volvió desesperado. Hija de los De Sants, hermana del capullo descerebrado. La mujer de mi vida.

*Pero mujer, pensaréis. ¿Cómo no iba a dejarte? ¡Le volaste la cabeza a su hermano!*

Pues sí, *pero no*. A ver, ¿por qué? ¿Por qué? Que sí, coño, de acuerdo, le volé la cabeza, lo admito. ¡Pero joder, esas cosas pasan! Sobre todo, si una de las partes implicadas es policía y la otra un cabrón sinvergüenza que se empeña en buscarle las cosquillas a la ley. La hostia casi que la tienes asegurada.

Y yo lo veía. Oh, vaya si veía al hermanísimo como un candidato perfecto a hostión. Y Helena también, claro que ella también lo veía. Porque Helena sabía cómo era su hermano. De qué pasta estaba hecho. Tenía claro que era un renglón, más que torcido, retorcido. Una línea punto y aparte que unos padres excesivamente protectores, equivocadamente indulgentes, habían dejado malcrecer mientras miraban hacia otro lado. Y así, Romus fue la mala hierba mimada, protegida y exculpada, crecida en un jardín en el que debía primar, por encima de todo, la belleza, por muy vacua que fuera, por muy aparente, por mucho veneno que ocultara su rutilante fachada. Un niño bien al que siempre se le había consentido todo. Un mocoso que creció y, con él, sus toleradas escaramuzas.

Pero llegó un momento en que ya no fueron pequeñas putadas o jodiendas propias de un capullo malcriado. Ya no fue emborracharse y estampar el Lamborghini contra la terraza del *pub* del que te acaban de expulsar. No fue trapichear con pequeñas cantidades, o enviar a todos tus contactos de WhatsApp la foto desnuda de uno de tus ligues de fin de semana. No fue desentenderte del embarazo de la ex siguiente a la siguiente ex, o liarle a puñetazos a la salida de una discoteca.

No, fueron más. Más peligrosas, con peores consecuencias, cruzando la línea de las faltas para entrar de lleno en el delito. Y yo lo veía, sí, vaya si lo veía. Observaba el saco engordando y engordando, con las costuras a punto de reventar. Y Helena también, por supuesto que ella también lo veía. Pero era su hermano. Y le asqueaba. Pero era su hermano. Y yo era yo. Pero él era él, era su hermano.

Y estaba escrito que en algún momento el saco reventaría y la brillante carrera del heredero De Sants como hideputa sobreprotegido tendría su primer tropiezo serio. Y lo tuvo, y fue muy, pero que muy serio. Mucho.

Que fue mi bala y quedó en coma y Helena me dejó.

Y es que, por muy canalla, hideputa y capullo malcriado que fuese, era su

hermano.

Todo eso le conté aquel día a Caroline, entre mocos e hipidos. Mi mierda de vida. El asquito que daba. Lo horrible que era levantarse cada mañana. Y pasar el día. Y acostarse cada noche. Y volverse a levantar. Y no dormir. Y recordar. Y llorar.

La lástima que debí de darle estoy segura de que alcanzaría el nivel Gatito Con Ojos Enormes Y Húmedos en la escala de «Cosas adorables que te tocan la fibra (Sección Almas en Pena)», porque desde ese día Caroline me acogió como a una especie de hija putativa. Claro, siendo madre de hijo muerto... Creo que vine a ser para ella como una especie de sustitutivo filial. Y no es que me queje, a ver, solo que a veces eso supone un impedimento para mi borrachera de los jueves. Y eso jode. Un poco. Un poquito. Jode un poco poquito. ¡Que es la de los jueves, coño! (para vuestra información, el jueves es el día del 2x1 en decenas de bares de la ciudad).

Pero en fin, pese a eso, la cuestión es que Caroline fue una de mis primeras amigas en Océano, y en su putativa maternidad de acogida estaba empeñada en hacerme mantener unos hábitos mínimamente saludables (la amenaza del combinado de salmón era una muestra). Sí, cierto, también me servía alcohol, pero después de que yo desapareciera tiempo atrás durante varias semanas tras una acalorada discusión por el tema (no sé yo esta mujer qué pensaba que podría hacer en su bar sino bebérmelo de la A a la Z), Caroline procuró limitar el ámbito de su preocupación. Supongo que se dio cuenta de que si zapateaba con demasiada fuerza la bicha huiría espantada, así que echó el freno y se dejó de sermones apocalípticos (como podéis comprobar, los de menor entidad todavía los ejercía, para mi desgracia) y pasó a la táctica de los bufidos, los brazos en jarra y los peces muertos con guarnición de verdura. Probablemente llegó a la conclusión de que al menos, anclada a la barra del Powanda, por muy feo que hiciera con la decoración, podía mantenerme bajo el alcance de su radar. Creo que la pobre tenía la idea de que, lejos de ella, servidora se trasmutaba en algo así como una borrachuza de manual, una suerte de engendro de cara abotargada, párpados hinchados y vozarrón cazallero que iba dando tumbos de bar en bar y traspies por oscuros callejones donde devolver a la madre Tierra el fruto de su destilación.

Y no, realmente. Podría parecerlo pero no, en absoluto: yo era una beoda

muy de mi casa. De las de acabar la noche con la cabeza metida en inodoro propio y privado y no en ajeno y público. A mí, la pérdida de todo lo que tenía, de todo lo que era, de la vida que llevaba y del amor de mi vida, me dio para bebedora decente, discreta, de muy a lo suyo, con su vasito y sus circunstancias, ahí calladita, acodada sobre la barra del bar de turno, sin dar guerra ni la murga con mis penas (excepción hecha, claro, de Caroline). Beber y callar, eso era lo que yo hacía.

Borracha, sí, pero toda una señora desecho, ojo.

Una endeble dignidad, lo reconozco, con la que quería revestir mi Método Escapista A (que, como podréis adivinar, consiste, básicamente, en beber hasta caer inconsciente) y que procuraba extender a mi Método Escapista B (que consiste, igual de básicamente, en follar hasta que me escueza el coño), desarrollados ambos con el único objetivo de espantar los recuerdos de mi desmantelada vida. Y, oye, que me costó lo mío encontrar la fórmula mágica para olvidarme de mis penas, ¿eh? Pero cuando la hallé... oh, cuando la encontré. Mano de santa. Porque esa combinación de elementos formaban la ecuación que, en mi querida cabecita carente de toda lógica y en mi despachurrado corazón aplastado como un gusano en una autopista, hacía que todo estuviera bien. Porque beber + follar = olvidar.

Qué ingenua.

Porque sí, vale, cuando a veces me dolía un poquito de más la astilla, esta vida mía perdida y despellejada que arrumbé en la maleta junto a mi cuarteado corazón, bebía, mucho. Y follaba, más. Pero una barbaridad. Hacía mucho lo primero y con muchas lo segundo.

Pero ni de coña se me iba la pena. No se diluía en el fondo de una botella, no se evaporaba entre los brazos de una mujer. No me levantaba nueva, limpia, sin memoria doliente ni pasado maltrecho. Ni fórmula mágica ni ecuación milagrosa ni hostias. Porque cuando se pasaba el efecto del alcohol, y del perfume de la última mujer no quedaba más que un leve rastro sobre mi piel, Helena, dolor y amor despanzurrado regresaban con toda la fuerza, diría que intacta, diría que con mayor intensidad, y me dejaban la única verdad: yo solo era una pobre idiota que no sabía qué hacer con su vida, ni con la presente ni con la que cargaba sobre sus hombros. Que bebía y follaba, y ya está.

Y no es que eso estuviera exactamente bien, vaya, pero tampoco estrictamente mal. Si a mi yo pasado de Illica se le hubiera aparecido mi yo presente de Océano, mostrándole el futuro lleno de chupitos y coños que le

aguardaba, estoy más que segura de que mi reacción habría sido pegarle un tiro. Así, sin preguntar. *¡Bang!* A ese espectro roñoso y devastado, pegado a una botella, soldado a un recuerdo; una bala y se acabó. Y si a ese yo futuro le diese tiempo de explicarle al del pasado el porqué de semejante ruina; si por fortuna eso ocurriera y esta que ahora soy pudiera decirle a esa que antes fui por qué acabé anclada a la barra de un bar lloriqueando ante putativas desconocidas, ¿sabéis qué haría? Esto haría: antes de que el eco de la última palabra dejara de resonar en mis oídos, antes de dar tiempo al siguiente parpadeo, de tragar saliva o de hacer siquiera mi siguiente aspiración, antes de nada de eso, echaría a correr. Lo haría. Como una loca, como alma que lleva el diablo, como si me fuese la vida en ello. Correría, correría y correría y no pararía hasta llegar a Helena, y entonces la abrazaría, sin perder el tiempo en recuperar el aliento, qué fuerte la abrazaría. La cercaría entre mis brazos, me haría barrera contra el destino, muro, fortín, para que ese negro futuro que yo misma activé presionando el gatillo de mi arma no me la quitara. Y así, abrazada, le diría al oído: «Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, no me dejes nunca, por favor, nunca me dejes, nunca, por favor. Que te quiero», y lo haría tantas veces y con tanta intensidad, que no dejaría ni un solo te quiero ni un mísero por favor para el resto de los habitantes del planeta.

Eso haría.

Pero no ocurrirá. No habrá espectros del futuro que adviertan a imbéciles del pasado, y el cráneo de Romus acudirá puntual a su cita con la bala de mi arma y saltará por los aires y los De Sants me crucificarán y todo se irá a la mierda. Perderé mi trabajo, perderé mi equilibrio, perderé a Helena.

Y seré esto que ahora soy. La mujer desmantelada, la mujer perdida.

Quiero pensar que así no le hago daño a nadie. Es decir, si no computamos mi hígado, mis riñones y mi coño como sujetos con entidad propia. Si no fuera así, como mujer rota, como desecho humano, como imbécil, ¿a quién hago daño yo? Porque beber, me lo bebo todo yo, y follar, lo que se tercie, pero siempre con acuse de recibo. Para lo primero me basto yo sola, para lo segundo lo dejo bien claro: aquí se viene a follar y solo follar. No hay nada después de eso. Y vale que no hay que ser una salvaje, que sí a las caricias, sí a los mimos, sí a todo lo que haga falta, pero... No hay vida después del

polvo. No hay «Llámame», no hay «Nos vemos y nos tomamos unas cañas», no hay citas, cine, copas ni cenas. Hay sexo, y punto. Ellas se llevan un entregado polvo y yo un poquito de sentimiento, por muy primario que sea y tan escaso que se quede a ras de piel. Pero me sirve. Hoy por hoy, siendo quien soy, en lo que me he convertido, me sirve.

Porque meterme con una mujer en uno de los cuartos oscuros del Sappho, tocar una carne viva, caliente, que me toque a mí a su vez, hace que, al menos por un corto espacio de tiempo, me olvide del dolor y las noches insomnes, de los nombres de mujer que empiezan por hache, del pasado que acecha incansable por encima de mi hombro. Aunque lo sepa. Aunque sepa que esos polvos con desconocidas, en realidad, no son más que un pobrísimo sustituto del éxtasis de la piel amada. Como conocer el mar a través del agua vertida en un cubo. Es mar, sí. Pero no lo es.

Pero no hago daño yo con eso a nadie. Espero que no. Solo a mí, lo sé. Ved si no por qué me pluriempleo como antiestético elemento decorativo en los bares de Océano. En el Powanda, sobre todo, pese a la amenaza de sermones, salmones y mayonesa embargada. Porque, aunque de cuando en cuando Caroline me dé la charla, sea sermón apocalíptico o de menor entidad, es algo que ambas podemos sobrellevar sin que los brazos en jarra lleguen cual sangre al río. Como ya le he contado todas mis mierdas, Caroline me comprende lo suficiente como para no cabrearse seriamente conmigo, con un (no tan) secreto anhelo, supongo, de encarrilarme. Eso no es óbice para que haya días como hoy, en los que se muestra un poco más tajante con mis pasatiempos de barra (levantamiento de chupito, flexión de brazo y descenso de decilitros de alcohol garganta abajo), pero normalmente lo podemos solucionar con platos combinados (de los que llevan verdura como acompañamiento, *diosmío¿porquémehacesesto?*) y mucha buena voluntad.

Y en ese punto nos encontrábamos, en ese concreto de nuestro particular duelo entre gilipollas descarriada y dama guapa, cabal y de gran corazón. Yo había ido al Powanda, me había sentado en la barra, había pedido un chupito, y otro y otro, y otro y otro, y entonces la deidad *matamininos* y tal, y ya la teníamos montada con la dama cabal de brazos en jarra. Habíamos llegado, con esos admonitorios «Carol...» y «Cate...» que nos habíamos lanzado, al punto en el que, o ella cedía, o yo me levantaba del taburete y me largaba a seguir practicando hobbies lejos de su escrutinio y sus peces muertos con verdura.

De verdad, qué difícil es ser una ruina humana con gente que se preocupa por ti, joder.

Pero, ah, como he dicho, Caroline es mujer cabal, y mucho. Y como me lo ve en los ojos, el resorte que me va a catapultar del taburete y, por ende, del alcance de su radar, decide dar un paso atrás. Abrir la mano. Así, expulsando con fuerza el aire por la nariz, los brazos en jarra pasan a ser cruzados sobre el pecho, y su mirada, aguileña. Y así se queda, en silencio, monitorizándome como si fuese una prematura en una incubadora, hasta que Marie, la guapa Marie del lunar en la mejilla, melena oscura y sonrisa deslumbrante, corta con su aparición, plato combinado en mano, la salsa de guisantes en la que se ha convertido nuestro silencioso desafío.

Ya ni se inmuta, la guapa Marie. Está más que acostumbrada a nuestros rifirrafes putativos, así que se limita a mirarnos de forma rápida y alterna, enarcando las cejas al reconocer el habitual patrón, y a colocar el plato frente a mí, obsequiándome con una de sus deslumbrantes sonrisas acompañada de un cómplice guiño, que pronto decodifico con gran alivio y alegría por mi parte, pues detecto, camuflados entre aterradores tallos de brócoli y una montaña de malencarados guisantes, pequeños tacos de patata frita.

Bendita Marie. Qué detalle el suyo, qué maja ella, qué bien folla. Porque lo hace, follar. Connigo. Ayer mismo, sin ir más lejos, lo hizo. La detallista Marie y la estropeada Cate follaron (anteayer y el miércoles de la semana pasada, también). Pero cuidado, que no es que menosprecie a tan gentil criatura usando tal verbo para calificar nuestra actividad sexual y no, por ejemplo, el más delicado «hacer el amor». Que no es eso. Porque follar con Marie no es como hacerlo con las desconocidas que pillo en el Sappho (o me pillan a mí). Que sí, que puede que a lo nuestro lo llame follar también, pero va más allá.

Lo que quiero decir es que yo le importo a Marie, ella me importa a mí y así es como follamos, importándonos mutuamente. En fin, no es que yo me comporte como una energúmena con mis ocasionales compañeras de cama, ni ellas conmigo, pero se nota a nivel detalle. A nivel detenerse y mirarse a los ojos cuando estás a punto de correrte; a asegurarse de que la otra va bien; a ponerla por delante y aguantarse las ganas hasta que culmine (lo que acaba a veces en aplicadas incursiones para asegurarse la cima ajena). A, en definitiva, estar por la otra... aunque sea en sesiones de media a una hora de duración.

La cuestión es que Marie es algo así como la excepción a la Regla Catemaynesiana Relacional Pos-Illica, que dice (cito textualmente): «Cate Maynes se lo folla todo sin mirar atrás, exceptuando la guapa Marie». Tampoco, a ver, llamemos a confusión ahora con esto que he dicho. Que detallitos, sí; que miramiento extra, también. Pero, básica y finalmente, lo que Marie y yo hacemos es eso, follar. Tal cual. Ella me come el coño, yo se lo como a ella, le damos un repaso al abecedario, hacemos un par de carreras y nos ponemos el gemido como meta. Y ya. Que no es malo, follar. Se ha hecho toda la vida eso. Nerón follaba. Y Cleopatra. Y hasta Charlot, si me apuráis. Las hormigas follan (creo) y los patos. Los conejos, ni te cuento. Pero en definitiva: que me follo a la guapa Marie y ella a mí. Somos amigas. Nos tenemos cariño. Nos respetamos. Y follamos como todo eso.

Hoy vamos a muerte con los resúmenes exprés.

A lo que quiero llegar es que, por mucho cuidado mutuo, por mucha patata infiltrada, pese a todo lo demás, lo que tengo con Marie no es, ni de lejos, ni de lejísimos, suficiente como para apaciguar mi enquistada llaga emocional. Que Helena sigue etiquetando mi corazón. Que lo ocupa todo. Y a todas horas. Y en profundidad. Que puedo correrme derramando nombres de otras desde la linde de mis labios, pero no es lo mismo, en absoluto lo es. No es tocar el agua con la punta de los dedos viajando en una barca. No es meterte en una niebla espesa y notar las gotitas humedeciendo tu cara. No es Helena en cada caricia, en cada aliento, en cada átomo. Helena en todas partes.

Solo es lo que es, puro escapismo, puro funcionamiento mecánico recubierto de una pátina de empatía y consideración, pero sin llegar a tocar siquiera las capas más altas de las franjas más apartadas de los estratos más lejanos de mi corazón.

Porque nada, sin Helena, tiene sentido.

—Nada, absolutamente nada.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que lo había dicho en voz alta. De que aquel camino interior que había recorrido hasta el recuerdo de Helena me había llevado a dejar salir un trocito de mi pena, probablemente de forma incoherente e incomprensible para espectadores ajenos.

Pero, como he dicho, Caroline era una dama tan cabal como de buen corazón, y tan intuitiva como veterana en despojos humanos. No le hizo falta

nada más. Descruzó los brazos, emitiendo un leve suspiro y, acercándose a Marie, metió la mano en el bolsillo de su delantal, el que solía llevar repleto de sobres de salsas y aderezos. Sacando de él un puñado de sobrecitos de mayonesa, los colocó junto a mi plato. A continuación se aupó por encima de la barra, me cogió del cogote con suavidad para acercar mi cabeza a sus labios y depositó en ella un ligero beso.

—Come, imbécil —dijo muy bajito.

Y se fue, llevándose a la guapa Marie con ella, que antes de alejarse trazó el dorso de mi mano con la yema de sus dedos.

Y, vaya, se me llenaron los ojos de lágrimas, ¿sabéis? Y tuve que esperar unos minutos a que se me deshiciera el nudo de la garganta para poder comerme aquel puto salmón que representaba, en su ofrecimiento y unos furtivos tacos de patata y un puñado de sobres de mayonesa, un pedacito de mundo para una renegada de su lugar en él como lo era yo en esos momentos.

No, sin Helena nada parecía tener sentido.

Hasta que lo tenía.

## El viejo, el pez y la imbécil

*Viernes, 06:47 h.*

*Eso es un puto cangrejo y el puto cangrejo se está paseando delante de tus putas narices. Ese fue mi primer pensamiento nada más abrir los ojos. Y Lo que masticas es arena, el segundo.*

Vale, veréis, seré quizás imbécil (esto no lo digo yo, sino Caroline. Empezó a llamarme así al poco de conocernos y ya como que me he acostumbrado. Además, no es un imbécil cualquiera, no. Lo pronuncia de un modo muy peculiar: alarga la eme, intensifica la be y acaba con una ele muy líquida. Yo la dejo. Soy imbécil. Pero *su* immmmmBécil. Puede parecer que no, pero es bonito. De verdad). Pues bien, seré esa imbécil, pero a ciertas cosas básicas llego. Y si había arena y cangrejos... (si tras los puntos suspensivos habéis pensado «Playa», ¡enhorabuena! Tanto vosotros como yo conservamos intacta nuestra capacidad deductiva).

De acuerdo, estaba en una playa. Pero saber eso tampoco me servía de mucho, todo lo contrario. *¿En una playa?* pensé. *¿Se puede saber qué coño hago yo en una playa?!* Está bien, reconozco que circula por ahí cierta leyenda urbana que sostiene que Cate *Chochito Loco* Maynes ha amanecido en los lugares más peculiares y en las situaciones más extravagantes que la Historia haya podido datar. Pero eso no es así, de ninguna manera. Yo, amanecer, lo que se dice amanecer, puedo haberlo hecho en mil camas distintas, vale. Si la chica de turno reclutada en el Sappho me dice que cuarto oscuro no, casa, por mí bien. Servidora se enreda entre sábanas ajenas. Para follar no me importa hacer entregas a domicilio.

Pero no sé si os lo he dicho, que yo para mis borracheras soy muy casera, y que siempre procuro volver a casa para la fase guiñapo, por aquello de mantener una mínima dignidad (salvo casos de fuerza mayor, claro).

Pues bien, hoy parecía haberse dado uno de esos casos. Porque había despertado así, tal cual, tirada en una playa y resacosa. Y descubrí que no solo tenía arena en la boca. También en el pelo. Y en media cara. Y (un momentito, que lo mire) sí, *también* en las bragas. Porque estaba en bragas. Con la

camiseta puesta, pero sin pantalón. La cosa mejoraba. Estaba sola, resacosa, tirada en una playa y en bragas. Toma ya.

*A saber qué has hecho para acabar así*, me reocriminé, mientras, parpadeando con fuerza, trataba de incorporarme. La nueva perspectiva no mejoró la situación. Ya de pie, tras echar una ojeada a mi alrededor, comprobé que, efectivamente, el binomio cangrejo más arena era igual a playa. Una larga, solitaria playa.

Pero... *¿cómo coño había llegado hasta allí, si podía saberse?*

Froté mi cara con fuerza, pero de mis mejillas no brotó ningún genio maravilloso que me ofreciera una explicación. Océano no tenía litoral, este distaba unos trece kilómetros de la ciudad y, en fin, si servidora había conducido con la borrachera que delataba mi cochambroso y matutino estado, joder con servidora, ¿sabéis?

Volví a echar un vistazo a mi alrededor. Me fijé en que había un bulto sepultado en arena que, al parecer, me había servido de almohada. Mira qué bien, acababa de encontrar mi pantalón. Oh, y había también una chaqueta. Pero esa chaqueta no era mía.

Vale, recapitemos: estaba sola, tirada en una playa, resacosa, en bragas y con una chaqueta desconocida que me había servido de abrigo (el cangrejo no era relevante, solo pasaba por allí). No recordaba cómo había llegado a aquel lugar y mucho menos cómo había acabado de esa guisa. Desconcertada, volví a fijarme en el entorno. El mar estaba a mi izquierda y había dunas coronadas por carrizales y pino carrasco a mi derecha. Por donde mirase solo había kilómetros y kilómetros de litoral desierto. No se veía ni un alma. Ni una (es que, claro, amanecía. Los cangrejos iban al súper a comprar un poco de detritus marino para el desayuno y poco más).

Bien, era detective, ¿no? De algo me había de servir, por muy de segunda división que fuese. Para cuando amaneciera desubicada y desconcertada, masticando arena y con el coño lleno de ídem. Así que, ¿cómo había llegado Catherine S. Maynes a esa playa, damas y caballeros?

Intentemos reconstruir los hechos. ¿Qué era lo último que recordaba? Hum, salmón con verduras. Patatas fritas infiltradas. Besos en la coronilla. Ok, había estado en el Powanda (solo de allí podría proceder semejante combinación). Y Powanda significaba Caroline. Caroline regañándome y dándome de comer salmón con guarnición. Hasta ahí, correcto. Pero era imposible que hubiera pillado la borrachera en el Powanda. *Im. Po. Si. Ble.*

Servidora tenía el suficiente miramiento como para acabar la parte dura de la cogorza lejos del alcance del radar de Carol (y, además, ella no me lo habría permitido. Básicamente, porque antes me metería el salmón vivo por salva sea la parte que permitir que me intoxicara como una perra delante de sus narices. Y, ojo, el salmón con la guarnición. Tela, ¿sabéis?).

Ah, no, pero ahora recordaba, más allá del Powanda y los brazos en jarra de Caroline. No, en efecto, no me había emborrachado delante de la adorada voz de mi conciencia. Me había comido el salmón (sepultado en mayonesa, eso sí) y después había hecho mutis por el foro, largándome de forma apresurada, sin despedirme, casi a hurtadillas.

Sí, así hacía yo las cosas: pagando con desconsideración el desvelo de quienes me querían. Pero no fue tanto ingratitud lo que indujo mi grosera fuga como un resto de cobarde pudor. Veréis, tanto Marie y Caroline, como yo, sabíamos perfectamente que al salir del Powanda servidora iba a iniciar la preceptiva ruta por el puñado de locales adscritos a la oferta del 2x1, itinerario que, sin necesidad de hacer gala de grandes dotes deductivas, cualquiera deduciría su meta: una señora, espléndida borrachera. Y sí, está bien, soy un desastre, soy un horror, soy lo peor; soy débil y nada para enfrentarme a mis demonios interiores y opto por dejar en manos de la apatía y la irresponsabilidad las decisiones que han de guiar mis días. De acuerdo. Tengo los pedazos de mi vida en el cuenco de mis manos y lo único que se me ocurre es lanzarlos al aire en vez de tratar de reconstruirlos.

Lo sé, sé todo eso.

Lo malo es que soy tan consciente de ello como en la misma medida desconozco, por ahora, el modo de encauzar esos días que voy dejando caer detrás de mí como haría un niño con sus cosas, corriendo con la mochila abierta colgada a la espalda.

Pero no se trata de que yo sea consciente de la mierda de vida que llevo y de lo poco, nada, cero que haga para enderezarla. La cuestión no es verme reflejada en un espejo. La verdadera cuestión, la más dolorosa, es la presencia de otros en ese reflejo, de las personas que me han acogido en mi nueva vida en Océano. Gente como Marie y Caroline.

Yo solo quise ahorrarme la decepción agazapada en su mirada. El destello muriendo en sus pupilas. Y lo más seguro es que tal vez nunca lo viese reflejado, ese desencanto, porque he llegado a la conclusión, en el tiempo que llevo en esta ciudad, de que Océano debe de tener el porcentaje más alto de

altruistas por metro cuadrado: es pasmosa la facilidad con la que acogen a sus nuevos habitantes, por muy escacharrados que estén, por muy defectuosos que sean. No, probablemente no llegara a ver el reproche en sus miradas, tan solo una indulgente comprensión cargada de infinita paciencia (bueno, en el caso de Caroline, acompañada del binomio sermón/pescozón).

Pero no quería arriesgarme. No podía. La certeza de saberme desarmada ante mis debilidades, de optar por la peor opción, la más cobarde, agudizaba en mí tanto el sentido del pundonor (todavía no lo suficiente como para hacerme reaccionar, lamentablemente) como un pueril temor a provocar el rechazo definitivo en mis nuevos amigos.

Y es que no quería quedarme sola. No otra vez. De acuerdo, podría dar la impresión de que a Cate Maynes le importaba todo un pimiento; que le bastaban su copa y su barra de bar para llenar su vida. Que era tan autosuficiente, en definitiva, como proclamaban su aversión a cualquier compromiso y su indolente modo de vivir.

Pero, en el fondo, sentía terror a la soledad. Absoluto pavor. Ya había perdido todo lo que conocía, todo lo que tenía, mi vida en Illica, y puede que mi nuevo yo de Océano fuese por ahí pavoneándose de tener una maravillosa mierda de vida, desdeñando el desvelo ajeno. Pero no era así. De ningún modo lo era.

Aunque jamás lo reconocería en voz alta.

Y así era mi vida, una perenne contradicción. Rehuía cobardemente los efectos colaterales de tener a gente en ella, pero no podía pasar sin su presencia. Por eso volvía al Powanda. Porque habría pescozones, sí, y peces muertos, vale. Pero también besos en la coronilla.

Y era suficiente.

La cuestión es que recordaba que, tras escabullirme del Powanda y calentar motores en un par de locales, había recalado, ya entrada la madrugada, en el Sappho. Ah, el Sappho. ¿Os he hablado alguna vez de él? Bendito lugar. Una discoteca de ambiente solo para chicas. Bendita exclusividad. Con cabida para casi millar y medio de seres. Bendita capacidad. El sitio donde  $A+B$  alcanza su mayor expresión matemática. Bendita álgebra.

...*Y maldita tía del lunar en el coño.* ¡Acababa de recordar! ¡La chica del lunar en el coño, esa era! La culpable de mi actual situación. A la que me había tirado en el cuarto oscuro y después en su coche. ¡Con ella era con la que había ido a la playa! Joder con la del lunar. ¡Dejarme tirada como un

trapo! Qué detalle tan feo.

No obstante, qué chica más maja. Cómo follaba la criatura (una cosa no quitaba la otra). Se corría en si bemol. Lo juro. Como el sonido de una flauta tocada por un principiante. Pero vamos, que follarse follaba muy bien, dotes musicales aparte. Y eso, que tenía un lunar en el coño. Y coche. Acababa de recordarlo también. Recordaba perfectamente la caja de cambios incrustada en mi coxis (joder con las palancas de mano de los coches, qué contubernio contra la libido humana).

Vale. Lunar, coño, palanca. Lo tenía. Esa fue la segunda... No, un momento, la tercera. Sí, la tercera vez que nos lo montábamos. Dos en el Sappho y esa en el aparcamiento, en su coche, al que me invitó a subir para llevarme a la playa, «donde te follaré bajo la luz de la luna».

Eso fue lo que dijo.

Pero qué coño, si estaba nublado. Que tampoco es que me importara, en fin, porque no es que estuviera yo como para prestar mucha atención a los detalles (consecuencias de mi esforzada aplicación en el seguimiento del Método A. Las borrachuzas, en el fondo, somos el verdadero sostén del romanticismo. «Mira, cariño, qué luna más bonita y qué sitio más idílico». Y resulta que te están follando en un parking, con el parabrisas lleno de mierda, que tú confundes con rutilantes estrellas, y los asientos pringosos de mugre y pelusilla, que a ti te parece un bucólico lecho de verde pasto. En fin).

Pero bueno, que al menos ya sabía cómo había llegado hasta allí. Una tía que tenía un lunar en el coño y cuya palanca de cambios se me había clavado en el culo mientras follábamos era la que me había llevado a esa playa. Vale, ¿qué más? Porque recordar, lo que se dice recordar (al menos, con claridad) solo lo hacía hasta la propuesta del polvo playero. ¿Lo haríamos? Sí, claro, qué pregunta más tonta. Estaba en bragas y con el coño lleno de arena. Blanco y en botella. O no. A lo mejor no follamos, no sé. Me lo he montado con tantas y tantas veces, que recordar una sesión de sexo es como intentar hacerlo con dónde has dejado aparcado el coche en un día entre semana.

Pero en fin, follada o no, la cuestión es que estaba dónde y cómo estaba. Tirada y en bragas.

Ole, sí señora. Que alguien añadiera esta línea a la leyenda, que hasta la firmaba. ¡Será desconsiderada la Si Bemol! (tampoco recordaba su nombre, claro). «Te follaré bajo la luz de la luna y después te dejaré, sola y borracha, y que te coman los cangrejos». No te jode. No me hacía ninguna gracia amanecer

tirada por ahí con un resacón de espanto, pero se ve que la de hoy iba a ser una de esas situaciones excepcionales: «Cate Maynes no amanece tirada en los callejones, excepto cuando lo hace en la playa». Punto nosecuántos de la Regla Catemaynesiana Relacional Pos-Illica.

En fin, la cuestión era que estaba allí, resacosa a más no poder, masticando arena y tirada como una colilla. Aunque tampoco es que me resultara angustiada en extremo la situación, he de confesar. De hecho, me habría quedado a dormir un par de horas más, pero amanecía y como que me daba cosa que alguien me viera así. Imaginaos, por ejemplo, que a algún padre le diera por traer precisamente hoy a su retoño a pasear. Y es que, si ya es difícil para los esforzados progenitores explicarles a los niños los cadáveres de pececitos varados en la orilla, imaginad de qué modo el de un despojo humano. Y como no quería ser la causa del fin de la inocencia de ningún infante, hice de tripas corazón y decidí ponerme en marcha.

Pero ¿hacia dónde? ¿En qué punto, exactamente, estaba? Sabía que en la costa había un pueblecito, pero no había ni rastro de casas en el horizonte, mirase hacia donde mirase (y es que, claro, cuando planeas follar, lo lógico es buscar un sitio lo más solitario posible, ¿no? ¡Y vaya si la del lunar parecía haberlo encontrado!).

Resoplé con fastidio. A ver qué hacía yo ahora. Cogí la chaqueta y rebusqué en los bolsillos, pero allí no había nada, salvo un sobre rasgado con el logotipo del Sappho, uno de esos que solían repartir para concienciar a las parroquianas de practicar sexo seguro. Este en concreto había contenido un par de barreras de látex, algo que me hizo mucha ilusión descubrir, por cierto, porque significaba que Lunar En El Coño Que Se Corría En Si Bemol, si bien una *abandonadora* de seres desmantelados y borrachuzos, no lo era en el ejercicio de unas prácticas sexuales sanas.

Feliz mi coño, a salvo él de coger una bonita candidiasis o unas adorables verrugas genitales.

Pero aparte de saber que mi ocasional compañera de cama (y arena) no era una atolondrada guarrilla, no había ningún indicio más en los bolsillos. Ni tarjetas ni carnets ni ningún modo de identificarla. Frustrada, decidí coronar las dunas, tal vez todavía estuviese por allí. Puede que yo no fuese la única con resaca y puede también que, con un poco de suerte, Doña Flauta estuviera durmiendo la mona en el coche.

Mis ganas. Allí no había nada ni nadie, más allá de kilómetros y kilómetros

de paisaje marítimo. Había un camino, sí, invadido por la arena y marcado por huellas de neumáticos, que transcurría paralelo a la línea del mar, pero ni un triste vehículo o casa en lontananza.

Con un gruñido de frustración me dejé caer sobre la arena. Joder con los polvos románticos. La próxima vez que alguien quisiera follarme a la luz de la luna le diría que se conformara con abrir la ventana, no te jode. Total, el coño lo tenía igual, iluminado o no, así que ya le podía valer a la próxima candidata.

Enterré la cabeza entre las manos. Me dolía de un modo horrible. Recordaba que ya me dolía antes de ir al Sappho, malestar producto, a su vez, de la resaca del día anterior. Lo mío era pulverizar récords, lo tenía claro. Ya ostentaba, por ejemplo, el de holocausto vegetal, en una ocasión que mustié un cactus (¡un cactus, por favor!), y el de La Resaca Infinita me lo llevaba todas las semanas.

Un paracetamol, eso necesitaba. O tres. Y si fuesen cuatro...

—¡Joder! —exclamé, cayendo en la cuenta en ese instante—. ¡La bandolera!

No la tenía conmigo. Frenética, hice recuento. Llevaba puestas las bragas, la camiseta, el pantalón, las zapatillas, una chaqueta ajena, pero ni rastro de la bandolera. ¡Vaya con la Si Bemol! «Te follaré bajo la luz de la luna y después te dejaré, sola y borracha, para que te coman los cangrejos. Ah, pero antes de todo eso, ricura, te robaré».

¡Joder, eso no se hacía! Mira que follarme y dejarme tirada, vale. Está muy feo eso, pero es a lo que te arriesgas cuando te vas con desconocidas. ¡Pero robarme! ¡Y la bandolera! Eso no, coño, que la bandolera... En fin, era algo especial para mí.

¡Mierda, ahora estaba resacosa, con arena en las bragas y cabreada! *Muy* cabreada. Pero más conmigo que con la ladrona, no creáis. ¡Dios, qué puto desastre era! Hala, era ponerme un coño (con lunar) delante y a la mierda la prudencia. Si es que no se puede tener la vida rota, joder, no se puede. Se te va todo por el sumidero, sensatez a la cabeza. Claro, como de eso no te advierten... Te dicen: «Mira bien al cruzar la calle». Insisten: «No aceptes caramelos de desconocidos». Te remarcan: «No, no se come algo que has encontrado en el suelo». Pero claro, ¿y lo de «Cuando vayas a follar con desconocidas no pierdas de vista el bolso», eh? ¡Eso no te lo dicen! Y así andamos las generaciones de hoy en día, perdidas.

¿Y ahora qué? Tampoco es que llevara mucho de valor en ella. Cuando

estoy trabajando, sí, llevo mi documentación y mi arma. Pero en mi tiempo de ocio (léase, A+B) solo llevo lo imprescindible: una muda limpia básica (bragas y camiseta) y un botiquín, donde destacan las tiritas, el yodo y paracetamol suficiente como para satisfacer las necesidades de una manada de elefantes tras una noche de farra en Las Vegas. De todo ello, lo que más echaba en falta en esos momentos era lo último. ¡Ay, mi reino por una pastillita! (bueno, tal vez las bragas también me vendrían bien. Ya sabéis, es muy incómodo para una señorita tener el coño lleno de arena).

Pero bueno, las cosas estaban así y poco podía hacer. Ahora, eso sí, en cuanto me volviera a topar con la del lunar le iba yo a cantar las cuarenta, vamos que si se las iba a cantar. Si es que la reconocía, claro, porque la verdad es que si no recordaba su nombre, mucho menos su cara. Entre la cantidad de mujeres con las que me he acostado en los últimos tiempos y que tres de cada tres veces lo he hecho con más de una copa encima, huelga decir que mi cerebro solo funciona con la memoria a corto plazo. ¡Ay, que ya me veía haciendo una rueda de reconocimiento para encontrar el lunar!

*Lo que iba a sufrir, Dios mío, lo que iba a sufrir...*

Eché a andar. No me quedaba otra. Decidí si hacerlo hacia la izquierda o la derecha lanzando un guijarro al aire. Cayó sobre la cara que había decidido fuese la ruta a mi siniestra. Así, con el rumbo científicamente escogido, zapatillas en mano, anduve bordeando la orilla, dejando que el agua mojara mis pies. No llevaba tanto una intención bucólica como la de despejarme la pesadez de la resaca. Y es que, más que andar, me tambaleaba. Menudo cuadro debía de ser: la sirenita beoda. Desgreñada, errática, pringada de arena. Estaba segura de que, de encontrarme con alguien, no habría ni princesa azul ni final adobado con perdices para esta cochambrosa Cenicienta. En vez de ofrecerme su corazón y su reino, lo más seguro es que su espantada alteza me enviara de regreso al fondo del mar de una soberana patada.

Dios, no me encontraba bien. Ni por fuera ni por dentro. Helena. Coño, eso era todo. Helena, Helena, Helena. Siempre ella, siempre en todo. Ayer, en el Powanda, se me volvió a meter como si me hubieran abierto las carnes con las manos desnudas y grabado su nombre en cada órgano. Helena, Helena, Helena. Una y otra vez. En mi cabeza, mis huesos, en mis sueños, mis pesadillas. La echaba de menos, muchísimo y pese a todo. Pese a que me hubiera dejado ella, a que su mano fuese la que clavara el puñal. Pese a haberme fallado, roto el corazón; hundido, finalmente, la vida. Pero cómo la quería, joder. Cómo y

cuánto, cuantísimo la quería todavía. Es que eso no se puede evitar. De verdad. Te podrán decir: «Olvidala. Olvida y sigue adelante». Y la frase está muy bien, sí, no digo yo que no. Breve, contundente, acertada. Pero se olvidan del tatuaje en el corazón. De los surcos, y las huellas, y los besos, y las caricias, y los susurros, y los amaneceres, y...

Las marcas que ya llevas de forma indeleble en tu alma. ¿Qué hacía con ellas? No las podía borrar. Vale, no las *quería* borrar. Es que eran mías. Es que fueron mi vida. Y sí, esta se me había roto, pero ellas seguían ahí, conmigo. Creo que tan desconcertadas y dolidas como yo, porque parecían mirarme y decirme: «¿Qué hacemos, nos vamos?». Y yo no sabía qué responderles. Un día les decía, llena de rabia y dolor: «¡Sí, joder, idos! ¡Apartaos de mí! ¡Desapareced!». Y otro, gimiendo: «Quedaos, por favor, por favor. Porque sois lo único que tengo, lo único que me queda».

Y así no había forma de aclararse. De volver a ser persona. De reconstruirse. Tal vez es que tampoco quería. O podía. ¿O quería, finalmente? No lo sé. Estaba hecha un lío. Y rota. Y perdida. Y bebía y follaba y volvía a beber y a follar, y así casi todos los días. Y lo hacía porque no era como los tatuajes perfilados con aguja, que se te quedan grabados para siempre, sino como los temporales trazados con henna. Eran, pero no tanto. La piel viva, caliente, que te toca para hacerte olvidar el dolor. Pero solo por un tiempo. El sopor del alcohol, que alivia las noches en blanco pensando en mujeres cuyos nombres empiezan por hache. Pero solo hasta que despiertas.

Menuda mierda, ¿verdad? Esta era yo hoy, pensando por la que fui ayer. En ese tiempo fui otra cosa. Lo tuve todo. Y quería un mañana. Muchos mañanas, cientos de ellos, miles. Junto a Helena.

Y la misma mano que me lo dio todo, me lo quitó. Se fue. Y ya no hay mañanas para mí, solo hoy, hoy, hoy, hoy; uno detrás de otro. Hoy me levanto y dejo que el día pase, como sea. Y me acuesto. Y hoy me levanto y dejo que el día pase, como sea. Y me acuesto. Y hoy me...

Supongo que ahora comprenderéis que amanecer tirada en una playa con el coño lleno de arena no es tan extraño para alguien como yo. Alguien a quien no le importa nada demasiado, ni ella misma. Que bebe y folla y olvida, pero no puede, realmente. No puede.

Qué asco todo, de verdad.

Pero ese día el aborrecimiento disminuyó un grado, restó un ápice, menguó un tantito. Y es que ese día que empezó con un cangrejo paseándose por delante de mi resacosa nariz me reportó una sorpresa. De las agradables (más o menos).

Porque ese día conocí a Dolimon.

Veréis, yo a todo el mundo le cuento que conocí al viejo cascarrabias en uno de mis paseos por la playa. Que iba paseando por la orilla y, ¡ops!, allí estaba él, caña en mano, dedicándose al relajado arte de la pesca. El mar y el cielo por horizonte, el graznido de las gaviotas, el susurro de las olas acariciando la orilla...

Y un copón de vaca. Ahora es cuando vais a descubrir que todo eso no es más que una indulgente (y cochina) mentira, oropel para recuerdos que queden bien sobre la repisa de la chimenea. Pero sed comprensivos conmigo, que una tiene su dignidad, por muy desvalorizada y vapuleada que cotizara al corriente, y siempre es mejor decir que conocí a Dolimon dando un bucólico paseo que haberlo hecho con una resaca de espanto y con las bragas llenas de arena.

Así que sí, ahora ya sabéis cómo conocí realmente a Dolimon: el día que una tía con un lunar en el coño me dejó tirada en la playa tras follarme/robarme.

Qué le vamos a hacer, hay cosas peores, ¿no? (decidme que sí, *por Dios*).

Como sea, así fue: yo estaba hecha un asco, deambulando por una playa que creía desierta cuando, a lo lejos, en mi camino, distinguí un bulto borroso. En realidad, eran dos. Más cerca de ese había un Bulto Borroso N° 1 que, joder, o bien era un árbol arrancado de raíz, varado en la orilla, o bien el esqueleto de un *velociraptor*. Tampoco es que me importara, fuese una u otra cosa, porque ni como tronco de árbol desgajado ni como esqueleto antediluviano podían ser una amenaza. A ver, tampoco parecía serlo Bulto Borroso N° 2, porque conforme me acercaba a él pude distinguir a un hombre de avanzada edad, seco y tieso como un palo, bregando con una caña de pescar inmensa, tensa como la cuerda de un arco. *Dios mío, que no tenga a Dory al final del anzuelo*, pensé angustiada. Detesto el pescado, no sé si lo he dicho ya. Comerlo, olerlo, vivo, muerto, crudo, cocinado, lo que sea. Puede hacerme gracia en películas de animación de peces desmemoriados y gaviotas ansiosas de manjares marítimos, pero no iba mucho más allá. Tal vez, echarles una indolente mirada en los acuarios (si es que alguna vez me daba por visitar

alguno), pero poco más.

El hecho es que me dirigía hacia un pescador. Y el pescador en cuestión podría ayudarme. Llevaría un móvil, que me prestaría amablemente para hacer una llamada (porque tal vez fuese un depredador de pececitos, vale, pero las sirenitas beodas le podrían caer bien, ¿no?). Y así, el buen samaritano me dejaría un teléfono, y yo llamaría a un taxi, que me devolvería a la ciudad, a mi casa y a mi, en esos momentos, añorada, apreciadísima ducha, que...

—¡Eh, tú, flaca, ayúdame!

La imperativa demanda del pescador, del que ahora me separaban apenas unos metros, interrumpió bruscamente el curso de mis idílicos pensamientos. El hombre me reclamaba con voz y mirada impacientes, como si mi tardanza en obedecer fuese lo insólito, y no que un extraño te pegara cuatro gritos en una playa desierta.

*Moi?*, pensé desconcertada. ¿Yo, ayudarle? ¿Y cómo quería ese buen hombre que lo hiciera, si podía saberse? Estaba hecha polvo, me dolían la cabeza y el amor propio, y no estaba yo muy por la labor de ayudar a nadie.

*El móvil, pensé. Catherine Simone, me dije. No te conviene caerle mal al aniquilador de pececitos. Piensa en la ducha...* Y por ese paraíso de agua y jabón fue por el que plegué velas y carácter y me acerqué. Cuando estaba a punto de preguntarle de qué modo podría ayudar, él volvió a vociferar, mientras se resistía al tirón de la caña, que se doblaba hasta lo imposible:

—¡Agárrame! Por la cintura. ¡Agárrame!

¿Que *qué*? ¿Que le agarrara por la *qué*? Pero ¿ese hombre estaba en sus cabales? ¿Le pedía a una desconocida que lo abrazara? Vamos, anda...

—¡Que me cojas, flaca! ¡Ahora!

Lo hice. Ea, no sé. No fuese a quebrar una ley no escrita que decía que si deambulabas por la playa y te topabas con un pescador en apuros debías ayudarle y, si no, te caían encima las siete plagas y doce más de propina.

Y para plagas estaba yo, ¿sabéis?

Así que, resignada, tiré las zapatillas y lo rodeé con mis brazos (no era muy difícil, porque el flaco, en realidad, lo era él). Al principio, con algo de recato, apenas apoyé las palmas sobre su estómago, pero con su gruñón «¡Aprieta, flaca, diantres, aprieta!» se me fue toda la cautela y pasé a asirlo con fuerza.

Que menos mal, porque al poco un nuevo tirón de la caña nos arrastró a ambos hasta meter los pies en el agua, más arriba de los tobillos.

—Pero hombre de Dios —le dije, alarmada por los brutales tirones—. ¿Se puede saber qué ha pescado usted?

—Un pez, hija, un pez. ¿Qué va a ser, si no? —rezongó.

Me alegré de no poder verle la cara, porque una cosa era ser catalogada como una superimbécil por alguien que más o menos me quería, y otra muy distinta leerlo en la expresión de un desconocido. Concluí que mejor me limitaba a sujetarle y cerraba la boca. No fuese que hubiera otra ley no escrita que dictaminara que a las zoquetas se las echaba al mar abiertas en canal si osaban molestar al aguerrido pescador.

Y ahí estábamos: el viejo, el pez y la imbécil. Él agarrando la caña como si le fuera la vida en ello y yo agarrándole a él como si se me fuera la posibilidad de hacer una llamada que me devolviera a la civilización (y sus maravillosas duchas). Por un momento pensé que acabaríamos ambos en el mar, porque los tirones eran tremendos. ¡Pues no sería que no tendría a Dory en el sedal sino a la ballena de Pinocho, coño!

Pero lo conseguimos, sacar a ese pez, y tal vez no os lo creáis, pero os aseguro que fue una de las experiencias más delirantes, surrealistas, agotadoras... y felices de mi vida. Extrañamente dichosa. En cuanto el enorme bicho estuvo fuera (más que un pez aquello parecía una mula con escamas), aquel hombre y yo intercambiamos una mirada que, muy lentamente, fue contagiándose de la cansada sonrisa que empezó a perfilar nuestros labios. Y fue bajo ese gesto cuando algo en mi pecho se desgajó, como si se desprendiera la postilla de una herida pequeña pero molesta. No sé qué fue, pero me hizo bien. Lo hizo aquello, pescar un pez junto un desconocido; estando así, empapada, exhausta; allí, frente al mar. Me sentí estúpida e irracionalmente *bien*.

Quizás creamos que el equilibrio de la balanza, cuando en uno de los platillos hay una pesada carga, solo podemos restablecerlo con algo de igual peso, pero tal vez no necesitemos más que simplicidad para contrarrestarlo o, al menos, para que nos otorgue una tregua, por muy breve que sea. No lo sé. Lo único cierto es que allí estaba yo, junto a un completo extraño, vapuleada como un saco de boxeo pero sintiéndome en paz por primera vez desde que me había despertado masticando arena.

Y supongo que fue esa sensación la que me impulsó a aceptar la invitación de ese extraño cuando la formuló, y que no fuera solo a comer, sino a pasar la tarde y, finalmente, la noche. ¿Por qué no? Suele pasar. Esas ocasiones que te

levantas tirada, resacosa, robada y perdida, y te encuentras con un desconocido al que ayudas a sacar un bicharraco enorme del mar y te invita a su casa y tú dices: «Pues vale». ¿No os ha pasado nunca? Pues quizás deberíais probar a tener la vida hecha un asco, os aseguro que es como esa maldición china que te desea que tengas una vida interesante.

La tienes, os lo aseguro.

Y en fin, así fue. Lo que empezó siendo un día de mierda resultó terminar menos borrascoso de lo que auguraba. Cuando Dolimon, después de las presentaciones formales, me llevó a su casa, descubrí que su peculiar idiosincrasia no se quedaba en exigir ayuda pesquera a flacuchas desconocidas, sino que también se extendía no solo a la personalidad que con el tiempo se me desvelaría (una huraña mezcla de misantropía y austeridad monacal, unidas a una capacidad de respuesta conversadora al nivel de un felino con mala leche), sino al entorno en el que vivía y en cómo se ganaba la vida. Y esto es lo más gracioso de todo, veréis, porque con semejante código genético lo que una podría esperar de un espécimen así es que se dedicara, principalmente, a la exterminación de sus semejantes o, en menor medida, a evitar su compañía. Pero he aquí que descubrí que la vieja construcción de madera de dos pisos enclavada en primera línea de mar que me presentó como su casa, hacía también las veces de posada.

Y no, no era un remedo del negocio familiar de los Bates, ni Dolimon un psicótico Norman. El viejales cascarrabias era, realmente, hostelero. Cierto que no de un negocio con un volumen masivo, porque la fonda solo contaba con tres habitaciones para huéspedes en la parte superior y apenas abría unos meses al año, pero que regentaba un lugar de alojamiento, lo regentaba, vaya que sí. Fuera de temporada vacacional, que iba de abril a septiembre, Dolimon vivía solo o con la compañía de ocasionales visitas (como, por ejemplo, flacuchas desarrapadas que le ayudaban a pescar mulas con escamas).

Dolimon no era muy parlanchín (cuando traté de indagar sobre el origen del extraño nombre de la fonda, Cuchillo de Palo, solo recibí un gruñido por respuesta, algo que con el tiempo se convertiría en la dinámica de nuestra relación), pero descubrí que eso no era un impedimento para ser un buen anfitrión (siempre que no mostraras una excesiva curiosidad con su vida personal, claro, porque en ese caso tenía una forma muy particular de dejar patente su desacuerdo: sirviéndote el trozo de pollo más crudo, el filete de

pescado con más espinas u «olvidándose» del azúcar en tu café. Pero una vez captabas la pauta, todo iba como la seda). Con el tiempo, la posada se convertiría en mi quinto mejor sitio del mundo, después de casa, despacho, local donde hacer feo con la decoración y discoteca de ambiente. A cobijo, trabajo, comida decente, bebida y sexo se añadía uno para desconectar o simplemente descansar.

No está mal para una imbécil de cuádruple eme, ¿eh?

Ese día, Don Cascarrabias y servidora acabamos charlando como si nos conociésemos de toda la vida, aunque él escuchaba más que hablaba (excepción hecha de sus ocasionales gruñidos, claro). La única pega fue que me hizo limpiar la mula marina, algo que hice pese a mis reticencias (y no por el interés de obtener algo a cambio, llámese móvil, porque descubrí que no tenía, solo un desvencijado teléfono de pared que unas veces iba y otras no). Pero al final no hice ninguna llamada que me devolviera a la civilización. No lo hice porque fue cuando Dolimon me dijo: «Te quedas a comer, flaca (gruñido)». Y después: «Te tomas un té (gruñido)». Y más tarde: «Ayer sobraron pechugas de pollo al vino. Te quedas a cenar (gruñido, gruñido)».

Y acepté. Lo hice porque, decidme, ¿cómo podría una mujer negarse a tan elocuente verbigracia? Estoy segura de que vosotros tampoco habríais podido. Y vale que tuve que limpiar la bestia marina y ayudarle a cocinarla (Dolimon nunca pescaba por deporte, me dijo. Siempre que lo hacía era para alimentarse y yo debía honrar al pez haciendo lo mismo. ¡Y cualquiera le decía que ya iba servida de cadáveres de peces, gracias, porque esas cosas del equilibrio universal parecía tomárselas muy en serio!), pero fue pequeño pago para lo que obtuve a cambio.

Así que me comí el pez (sin mayonesa esta vez, ay), me bebí el agua sucia y caliente (comúnmente llamada «té») y cené las pechugas al vino (que seguramente debía de ser el único modo de que entrara alcohol en esa casa, con una condena de evaporación colgada del cuello, ya que Dolimon era abstemio). Y no me negué a ninguno de sus amables (y gruñones) ofrecimientos porque, la verdad, ¿por qué no? El hombre parecía algo quisquilloso, pero no un asesino en serie (excepto de peces) y tampoco es que yo tuviera mucho qué hacer en Océano, salvo darme una ducha y recuperar mi bandolera. Y ducha ya tenía la posada y la bandolera... En fin, prefería no pensar en ella ni en los recuerdos que implicaba, por ahora.

Y es que acabé encontrando un pedacito de paz allí, en aquella vieja casa de

madera, viendo caer la noche desde el porche, arrullada por el mar, envuelta por el silencio. Un cachito de paz en un día que, por una vez, lamenté gastar.

Allí, sentada frente al mar, con una taza de té en mis manos y un manto de estrellas por horizonte.

**Si hoy es sábado, Leng está con un par de mulatos (si es domingo, también)**

*Sábado, 18:05 h.*

—Hola, preciosa, ¿qué haces?

*Aquí, chupándole la minga a un mulato*, pensé que respondería Leng. La pregunta de cortesía era ya algo así como retórica con ella. Siempre, *siempre* que la llamaba, o estaba chupándole la *minga* a un mulato o se la estaban chupando a ella (o cualquier otra cosa que suelen hacerse entre ellos los seres humanos cuando se les pone una próstata a tiro).

—Estudiando la medición de las economías de escala en el sector bancario a través de la función translogarítmica —dijo—. ¿Sabías que realiza una aproximación de segundo orden de las series de Taylor de una función arbitraria en un punto?

—*Ehm...* No sé. ¿Lo sé?

—Deberías, chochito mío —me llegó su réplica a través del teléfono—. Esa función es fundamental para el cálculo de las economías de escala en costes y beneficios.

—Ah.

—E incluye una función cuadrática del cambio técnico que relaciona la variable tiempo, el *output i-ésimo* y los precios de los *inputs*.

—Dios mío, no sé cómo he podido vivir hasta ahora sin saber todo eso.

—He ahí la razón de que la banca domine el mundo —se ufano.

—Ya —suspiré—. Bueno, pues nada, te dejo con tu función *hijoputésima* para seguir esclavizando al planeta.

Mi réplica fue recibida con una tortuosa carcajada, mezcla de sonidos sibilantes y ahogos.

—Ay, pero qué tontina, chochito mío. ¿Qué piensas que voy a estar haciendo, criatura?

—¿Practicando sexo oral con un mozo de alquiler? —aventuré.

Esa, por si no lo sabéis, es la forma fina de decir: «¿Chupándole la polla a un chapero?».

—A dos —puntualizó.

—Mira qué bien. ¿Molesto?

*Pues claro que molestas*, pensaréis que diría Leng. Pero no. La señorita Maldecap era muy capaz de correrse y mantener una conversación al mismo tiempo, qué os creéis. Buena era ella para esas cosas.

Pero, por si acaso, preguntaba. Por si tenía la boca ocupada, ya sabéis.

—Por supuestísimo que no, querida. A ver, cuéntame. ¿Alguna cuita que quieras compartir con la vieja Lengüecita?

—Llevo dos días comiendo pescado —gemí.

—Pero mujer, ¿eso no lo llevas haciendo toda la vida?

—Peces muertos, Leng, no almejas. De los que llevan escamas, no labios mayores. ¡E incluso tuve que limpiar uno!

—Válgame el amor hermoso. ¿Y por qué haces esas cosas, niña?

—Porque hay gente que se empeña en quererme o tratarme bien. ¡Hasta los desconocidos lo hacen ya, joder!

—Si es que hay cada gentuza por ahí...

—No te burles. Esto es grave. ¡Llevo dos comidas sanas seguidas!

—Cielos, habrá que dar aviso a las fuerzas de seguridad. Aconsejo nivel de alerta máximo.

—¿Tú no me quieres, verdad? —me lamenté.

—¿Cómo que no? Hay un caballero de ojos como el color de la hierba en primavera con mi polla entre sus aterciopelados labios, y he cogido tu llamada. Si eso no es querer a alguien...

La ene que cerraba su frase se deslizó a través de la línea telefónica como lo haría la onda de un diapasón, sonido que se prolongó con un suave gemido. Eso podía deberse a que, a) se solidarizaba conmigo, o b) se estaba corriendo. Y como ya la conocía, la respuesta correcta era b, porque en cuanto a lo primero, lo que hacía, obviamente, era tomarme el pelo.

Desde luego, yo de mayor quiero ser como ella: vieja, lista y cachonda.

—Cariño —dijo, cuando recuperó un ritmo normal de respiración—, déjate de lamentos y dime qué piensas hacer ahora. ¿Dejar de beber?

—No te pases.

—Vale, pues ¿qué haces comiendo peces de los que se comen y no almejas de las que se chupan? Pensaba que estas te iban más.

—No, si eso también lo he hecho. Y una de ellas, con un lunar, me ha robado, por cierto.

—¿Una almeja con un lunar te ha robado?

—Una mujer con un lunar, Leng.

—¿Una mujer te ha robado con un lunar? —inquirió extrañada—. ¿Y de qué modo, criatura mía, es posible amenazar a alguien con una mancha cutánea?

*Dios mío, esta mujer*, pensé, poniendo los ojos metafóricamente en blanco. La succión del líquido prostático le debilitaba las meninges, estaba claro.

—No, Leng. Que la que me robó tenía un lunar en el coño, coño. Y valga la redundancia.

—Ah. ¿Y qué pasó? ¿No se lo comiste bien?

—Pues no sé, la verdad. Yo diría que sí, pero vete tú a saber.

—Si es que... Beberías antes y mira.

—Siempre bebo antes, Leng. Y después. Y a veces, durante. ¡Y a ninguna se le había ocurrido robarme hasta ahora, joder!

—Siempre hay una primera vez.

—Ya, pero es que además me dejó tirada en la playa.

—Definitivamente, eso es que no se lo comiste bien.

—¡Pues que me lo hubiera dicho, joder, ya me habría aplicado! No hacía falta robarme y dejarme tirada a merced de una horda de cangrejos asesinos.

—¿Te ha atacado una horda de cangrejos asesinos?

—Casi. Uno, en realidad, que pasaba por allí. Y puede que no me atacara, exactamente... ¡Pero me miró mal!

—Malditos crustáceos decápodos. Son la pura encarnación del mal.

—Lo sé.

—Pues suena todo muy terrible, chochito.

—¿Verdad? ¡Y es que después de eso volví a comer sano cuando apenas habían pasado veinticuatro horas desde la última vez!

—Entiendo tu preocupación. Terrible, ciertamente terrible.

—Joder, Leng, ¿hoy no me mimas o qué? —me lamenté.

Normalmente era lo que hacía. Más o menos. A su manera. Bueno, en realidad, no. No, yo diría que lo que hacía Leng no era, exactamente, mimarme.

Pero estaba ahí, y era lo que importaba.

—Lo siento, chochito mío —se rio, y su carcajada sonó a tubo de escape de moto prehistórica—. Mami está hoy algo traviesa.

A continuación dijo «¡Ah, oh, ufl!» y, una de dos, o volvía a correrse de nuevo, o esta vez sí se solidarizaba conmigo.

O puede que me la estuvieran descuartizando los mulatos de turno, no sé.

—¿Estás bien? —le pregunté, por si acaso. Como siempre se estaba muriendo...

—Perfectamente, gracias.

Sí, Leng siempre estaba «perfectamente», pese a tener los pulmones en fase de derribo, una cadera rota, cierta tendencia a la hipocondría y setenta y cuatro años bien cumplidos. Lo de los pulmones le venía producto de medio siglo de aplicado tabaquismo, lo de la cadera de un percance que sufrió durante una de sus actuaciones en su época de transformista, lo de la hipocondría porque si no, no sería Leng, y lo de los setenta y cuatro años por haber nacido hace, exactamente, setenta y cuatro años.

A mí, al principio, Leng me confundía un poquito, lo confieso. Un poquito *bastante*. La conocí en el Sappho, y esto es muy gracioso, veréis, porque resulta que en el Sappho solo entran mujeres, y Leng, oficial y orgánicamente, no lo es. Sí, se dirige a sí misma en femenino (y aprecia que tú lo hagas a su vez. En realidad, no es tanto apreciarlo como ignorarte descaradamente si no es así) y sí, es una preciosidad de señora con traje de *lamé* dorado, tacones de seis centímetros y larga, sedosa y luminosa melena (en tonos castaño fundente, rubio platino, negro azabache, mechás neón, rubio fresa o rojo clásico con toques de cobre, dependiendo del día y la situación), pero, a fin de cuentas, ahí abajo sigue teniendo lo que sigue teniendo.

Pero Leng, al parecer, es la excepción a la regla en el Sappho, y ya os digo yo que es una regla bastante, pero bastante estricta. No pasa *minga* que se precie de la puerta, os lo aseguro. Me contaron que en cierta ocasión un insensato (debía de serlo, la discoteca tiene una capacidad para mil trescientas almas. Y mil trescientas almas cabreadas puede ser muchas almas) se coló durante la celebración de La Noche. La Noche es una fiesta que se celebra en el local cada día veintitrés que caiga en sábado y es una ocasión muy esperada por toda la fauna *bolleril*, porque la gerencia echa la casa por la ventana. Te invitan a las dos primeras copas y a un suministro ilimitado de cuadrantes de látex, dediles y lubricante, e incluye la posibilidad de hacerse con una serie de juguetes sexuales a través de un sorteo.

Os están entrando unas ganas locas de apuntaros a la próxima, ¿a que sí?

Bien, pues, aparte de todo eso, La Noche tiene una peculiaridad y es que hay que ir disfrazada. Y he aquí que un listillo pensó que era una ocasión ideal para colarse. Pobrecito. Él y su adorado *cilindrín*. Ambos salieron bastante

perjudicados. No sé qué sobre unos polvos picapica o algo así.

La cuestión es que hay que acostumbrarse a Leng, pero cuando le coges el tranquillo es un amor de mujer (con *cilindrín*). Sí, vale, se la pasa follando con chaperos (mulatos, por más señas), esnifando coca (esta tercera edad, qué mal va) y, básicamente, muriéndose de gusto, pero es una amiga. Una buena amiga. La conocí, como he dicho, en el Sappho, al poco de llegar a Océano. Yo estaba más perdida que... En fin, buscad la definición de perdida en el diccionario y donde ponga «Adjetivo. Que no tiene o no lleva destino determinado», ahí estaré yo.

Imaginaos el panorama: se me acababa de escurrir el corazón por las cloacas del desamor más sangrante, era nueva en la ciudad y mi único horizonte era un vaso lleno de cualquier alcohol con la suficiente graduación para hacerme perder de vista el desamor, la cloaca y la mierda flotando en ella. Un asco, vamos. Pero llegó Leng esa noche y se sentó a mi lado en la barra, donde servidora llevaba un par de horas ya atornillada y, al verme pedir mi quinto chupito en menos de diez minutos, me dijo, con esa peculiar voz suya que con el tiempo se me haría tan familiar, entre sibilante y cascada:

—Cariño, si lo que tratas es de hacerte una limpieza interior, una de dos, o no te lo han explicado bien o has malinterpretado las instrucciones. —Tocó con delicadeza el borde de mi vaso con un fino dedo rematado por una uña de perfecta manicura, color rojo chillón—. Para eso, fruta y verdura, que son los mejores desintoxicantes, querida.

La miré, sé que con toda la apatía del mundo, y le dije:

—Para el próximo pediré que me pongan una rodajita de limón.

Y ese fue nuestro principio. Con el tiempo, ya instalada como detective privada, continuamos nuestro trato, y Leng había acabado siendo para mí algo así como el teléfono de la esperanza: siempre podía contar con ella al otro lado del aparato (no la visitaba muy a menudo porque, en fin, como tres de cada cuatro veces la pillaba follando, me daba un poco de cosa estar ahí de mirona. Es que una cosa era la escucha periférica a través del teléfono y otra muy distinta la observación directa).

Pero, juegas aparte, Leng siempre estaba encantadoramente disponible. Era lenguaraz, incorrectísima y se conocía al dedillo todos los cotilleos y trapos sucios de la ciudad. A mí eso me venía muy bien, por mi nuevo oficio, y en ocasiones no solo recurría a ella por mis cuitas erótico-sentimentales o mis problemas con la comida sana, sino para obtener algo de información bajo

mano, de la que no sale en las páginas de papel cuché o en las notas de sociedad de la parroquia.

Aunque hoy más bien la llamaba por todo y por nada. Tal vez porque Helena se me había vuelto a meter muy adentro (aunque, en realidad, nunca había llegado a salir de mí). Tal vez porque me sentía sola. Tal vez porque la vida era una mierda.

O tal vez porque escuchar una voz amiga siempre era una alternativa aceptable al vaso de *whisky* o el sexo anónimo, cuando de lo uno y de lo otro ya te habías hartado.

Tal vez.

—Y tú, ¿cómo estás? —me preguntó ella, devolviéndome la cortesía—. Aparte de ladronas de exóticos lunares y dietas saludables, ¿hay algo más en tu agitada vida?

Mirad, Leng coño tal vez no tendría, pero os aseguro que sí un cerebro bastante femenino, con todo lo que ello comportaba. Me refiero, sobre todo, a la función intuitivo-empática, que la tenía, y bastante desarrollada, sobre todo conmigo. La pobre estaba acostumbrada a que le fuera lloriqueando con mis penurias, y aunque yo no le había contado nada sobre Helena específicamente, sí sabía lo básico: que estaba hecha una mierda por una ruptura sentimental y que bebía y follaba como una energúmena en un patético intento por superarla.

Y hoy no es que hubiera nada concreto, como he dicho, aparte de peces muertos y ladronas con lunares vaginales, pero la Cuestión H era tan transversal, tan absoluta, que atravesaba toda mi vida, provocando efectos colaterales día sí, día también. Cuando esos efectos eran tan dolorosos, tan ásperos e insistentes en su permanencia, que solo parpadear me dolía, recurría a los métodos A y B. Y funcionaba, al menos durante su tiempo de ejecución y desarrollo (que abarcaba desde los iniciales «Ponme una copa» y «¿Qué, follamos?» al crepuscular y resacoso «Maldito Johnny Walker» y el enjuague bucal del día siguiente).

Pero había ocasiones en que beber y follar no parecían ser verbos suficientes para rellenar los baches del áspero camino que había iniciado desde que dejé Illica atrás, así que me iba al manual de Lengua Avanzada, buscaba uno de emergencia (por ejemplo, por la ce, «conversar: del latín *conversare*, hablar con otra u otras personas») y, a ser posible, lo aplicaba con alguien que quisiera escucharme.

Así, cogía el teléfono en vez de una botella y una chica, y a veces me servía

igual.

—Pues que lo que se llevó la del lunar era mi bandolera —dije—. Y me jode, ¿sabes?

—Vaya, chochito, qué disgusto. ¿Llevabas algo de valor? ¿Dinero, tarjetas...?

—No, la cartera la suelo llevar siempre a mano, en el bolsillo del pantalón. Por ese lado no hay problema. En la bandolera solo había unas bragas limpias y poco más.

—Así me gusta, que seas una chica tan aseada como precavida.

—No tanto, al parecer —dije disgustada—. Me han dejado tirada y me han robado. Menuda precaución la mía.

—Mujer, es que bebiendo como bebes y socializando como lo haces...

—Ya, ya. No te pongas en modo regañina, por favor, que esa parte ya me la tragué el jueves.

—De acuerdo, no lo haré. Los de fresa, por favor.

—¿Qué?

—No era a ti, perdona. Preservativos de fresa. Me chiflan. Venga, dime cómo puedo ayudarte. ¿Quieres que ponga a mi legión de confidentes a buscar tu bandolera? Te garantizo objeto y perra ladrona en el mismo *pack*.

—No, gracias, no te preocupes. No sé ya si a estas alturas podré recuperarla, pero voy a ver si de algo me sirve mi flamante oficio de detective. Me pasaré por el Sappho, allí fue donde conocí a la del lunar.

—Ah, pues pregúntale a Mimí.

—¿Mimí?

—La camarera bajita con el pelo naranja, mi queridísima Catherine Simone. Es inconfundible.

—Ah, sí. Una de las que me sirven mi pócima mágica todas las semanas.

—Bien, pues pregúntale a ella. Te juro que esa chica tiene una plantilla Excel en la cabeza con datos de todas las parroquianas.

Noté como aguantaba la respiración y después la dejaba ir de forma prolongada y suave.

—Venga, ahora sí te dejo que sigas —dije—. Gracias por atenderme, como siempre.

—En realidad, las gracias te las doy yo a ti, querida. Eres una personita con un fondo inagotable de entretenimiento, ¿sabes?

—Ah, mira, y yo quejándome de tener una vida de mierda.

—No hay mal que por bien no venga.

—Pues nada —rezongué—, fundaré «Desmanteladas Sin Fronteras».

—No gruñas, que sabes que te quiero.

—¿Seguro?

—No lo dudes. Y, para demostrártelo, si no tienes suerte con la búsqueda de tu bandolera tengo unas braguitas preciosas para prestarte.

—¿Prestarme o darme, Leng?

—Agua a sesenta grados y una tacita de peróxido de hidrógeno de tres por ciento obra milagros con la ropa interior delicada.

—Dios mío, voy a olvidar que hemos tenido esta conversación —gemí—. Te lo agradezco, pero no será necesario. De bragas voy sobrada. En fin, como no siempre vuelvo a casa con ellas...

—Ay, Señor, de verdad, me encantas, Catherine Simone.

—Bueno, no todo el mundo compartiría esa valoración positiva, de conocerme.

—¿Y nosotras queremos ser como todo el mundo?

—¿No?

—No —dijo con rotundidad—. Hay más de siete mil millones de seres en el planeta que hacen siete mil millones de cosas del mismo modo. ¡Seamos nosotras los marcianos en la propia Tierra!

—A los marcianos, por norma general, se los cargan en cuanto asoman los tentáculos por aquí, Leng.

—Pero eso solo es porque se les ocurre plantar el platillo de buenas a primeras en EE.UU., y ya sabes cómo de belicosos se ponen esos cuando les tocas la patria. Si los extraterrestres empezaran a invadirnos por Océano, te aseguro que un par de mamadas y unas cervezas y habría hermanamiento interplanetario en menos que canta un gallo.

—Si tú lo dices...

—Lo digo y lo afirmo.

—Vale.

—Y yo te conozco —añadió—. Y me encantas.

Sonreí al teléfono. ¿Veis? No eran mimos de manual, pero tenían el mismo efecto.

—Y tú a mí, Leng —dije—. Venga, te dejo para que disfrutes.

—Oh, pienso hacerlo, te lo puedo asegurar. Procura hacer tú lo mismo, querida.

Y cortó la comunicación, no sin antes escucharse de fondo sus últimas palabras: «Tú y tú, adentro».

Me quedé mirando el móvil, sintiendo un leve pellizco de envidia. No por la disponibilidad aparentemente infinita que parecía tener Leng de mulatos (esos, la verdad, no me harían mucho apaño), sino por su capacidad de ponerse la vida por montera, de disfrutar cada instante. Vale, tal vez una perspectiva de maratones diarios de coca y chaperos no fuese precisamente lo que una pediría de pequeña para cuando fuese mayor, pero no me parecía una mala forma de ir despidiéndose de este asqueroso valle de lágrimas.

¿No creéis?

## Johnny, Bud, Brugal, José, Smirnoff, Tanqueray y Mimí

*Madrugada del sábado al domingo, 03:12 h.*

—¿Otra?

—Otra —confirmé, agitando mi vaso.

La camarera del Sappho, la bajita con el pelo naranja, Mimí, empezó a servirme la copa con diligencia. Era la tercera... no, cuarta. La cuarta vez que demostraba su presteza en tan noble arte. Me encanta la gente que hace bien su trabajo, ¿a vosotros no?

Mientras esperaba a que me sirviera perdí la mirada por el local. Era sábado noche, la madrugada ya estaba encarrilada y el Sappho empezaba a abarrotarse. Normalmente, a esas horas, en ese lugar, me habría dedicado a aplicar a conciencia mis consabidos métodos A y B (o B y A, el orden de los factores no alteraba el producto. Había chicas a las que les gustaba un restregón madrugador, previo a la tanda de copas, y a mí, la verdad, no me importaba alterar mi ritmo biológico para esas cuestiones). Pero esa noche había ido sobre todo con el propósito de encontrar mi bandolera y a la chica que se había quedado con ella y con mi dignidad.

Lo que pasa es que, vaya, se me había ido el santo al cielo de la forma más tonta, copa va, copa viene, y así seguía. Al principio había rastreado el local por si veía un rostro conocido que pudiera adjudicar a mi anónima ladrona, pero es que muchos me resultaban familiares. No sabría decir si porque me había tirado a sus propietarias o por ser estas clientela habitual, pero la cuestión era que, con la dificultad añadida de no poder recordar su cara, la búsqueda se me antojaba casi imposible, amén de titánica.

Así que decidí hacer caso a Leng y echar mano de la plantilla Excel de Mimí. Con esa intención me había sentado a la barra, pero ya iba por la cuarta copa y aún no le había preguntado nada, así que decidí que mejor me ponía ya a ello, antes de que la bebida nublara en exceso mi ya tambaleante percepción.

—Oye, perdona. ¿Sabes si el jueves apareció por aquí una bandolera? De piel, con cierre magnético de solapa y correa ajustable. Tiene un arañazo en la parte delantera con esta forma. —Tracé sobre la barra una línea imaginaria

que representaba el pico achatado de una montaña—. ¿Te suena?

Mimí puso cara de concentración.

—Hum, a ver. En el cuartito hay como una docena de bragas, varios sostenes, un par de camisetas, tres zapatos sueltos, cuatro chaquetas, dos carteras cuyas dueñas ya tenemos localizadas y un pantalón. —Sonrió divertida—. ¿Te lo puedes creer? ¿Quién porras sale de un sitio sin pantalones, a ver?

Compuse una expresión neutral. Zapatos y pantalón puede que no, pero no pondría la mano en el fuego por que algunas de esas bragas no fuesen mías.

—Si es que, bebemos y mira... —contemporicé, sacudiendo la cabeza—. Pero entonces, ¿bandolera no hay?

—No. Aparecieron un par de bolsos, pero sus dueñas los recogieron enseguida. Y no eran como el que tú me has descrito, lo siento. ¿Recuerdas más o menos dónde lo dejaste olvidado?

—Bueno, la cuestión es esa, que no sé si me lo dejé olvidado o alguien se lo quedó.

Una arruguita se formó en su frente.

—Vaya, no jodas. ¿Alguien te lo robó? —Compuso una expresión seria—. Eso ya son palabras mayores. A la jefa no le gusta la idea de que haya chicas de manos largas por aquí. Ya pillamos a una, y si uno de esos ejemplares ha vuelto tendré que avisar.

—Bueno, lo que pasa es que tampoco te puedo asegurar que haya sido eso, ni que haya ocurrido aquí, ¿sabes? En fin, sí, el jueves por la noche estuve tomando unas copas con una chica y tal, y nos fuimos y al día siguiente amanecí en la playa y había un cangrejo y una chaqueta que no era mía, pero mi bandolera no estaba y acabé pescando un pez gigantesco que tuve que limpiar y después comerme.

Mimí me lanzó una mirada de absoluta maravilla.

—*Guau*. Tú tienes una vida de lo más interesante, ¿no?

—Yo no la calificaría exactamente así —dije, haciendo una mueca.

—Bueno, la cuestión es que no sabes si te birlaron la bandolera ni si fue aquí, ¿correcto?

—Correcto.

—Eso aliviará a la jefa.

—A ella puede, pero yo sigo en las mismas. Que me la hubiese dejado olvidada era una de las posibilidades; que me la quitase esa chica, la otra. ¿Tú

no conocerás por casualidad a una con un lunar en el coño, verdad?

Esta pregunta, en cualquier otro sitio (por ejemplo, en un salón de té en plena reunión del Club de Ganchillo de las Alegres Septuagenarias Luteranas) podría resultar grosera, fuera de lugar o impertinente. Pero no aquí, no en el Sappho. De ninguna manera.

Ya os digo yo que no.

Mimí arrugó el entrecejo, pero solo como una nueva muestra de concentración. Como he dicho, esto es el Sappho.

—¿Tu sospechosa tenía uno?

—Ajá.

—Buena vista —se admiró.

—No tanto. Depilación integral.

—¿Localización?

—Pubis. Monte de Venus.

—¿Lado izquierdo o derecho?

—¿Según se mire como propietaria o como *cunilingüista*?

—*Cunilingüista*.

—Derecho, entonces.

—¿Grande? ¿Pequeño?

—Hermoso. Bastante visible, como te digo.

—¿Redondo? ¿Irregular? ¿Te recordaba alguna forma conocida?

—Redondito.

Se le iluminó la expresión.

—¿Brenda! Tiene que ser ella. Sarah tiene uno, pero en el coño propiamente dicho, en los labios mayores. Y Rachel también, pero más arriba, pegado al ombligo. Y están Amy, Eileen y Fiona, que tienen sendos lunares, pero en las tetas. Eso queda un poco alto, así que los descartamos.

Ahora, la mirada de maravilla fue mía. *¡Dios mío, que de verdad esta mujer tenía un archivo Excel en la cabeza!*

—¿Brenda, dices?

—Ajá.

—¿Y cómo es? —inquirí.

Tal vez me habría hecho a la idea de una rueda de reconocimiento, pero quizás fuera más factible preguntarle primero a la tal Brenda antes de pedirle que se bajara las bragas.

Mimí sonrió ampliamente. Tendría que habérmelo visto venir...

—Pues... ¡tiene un lunar en el coño! —dijo, antes de echarse a reír a mandíbula batiente.

Vale, se lo había puesto fácil.

—Perdona —dijo, apaciguando su risa—. ¿Entonces crees que esa chica se quedó con tu bandolera? —Una expresión de cautela asomó a su rostro—. Oye, pero no la buscarás para darle una paliza, ¿no? A la dirección, como que no le va mucho lo de la sangre en las paredes, ¿sabes?

—La dirección puede estar tranquila, no haré nada de eso. Si la encuentro, solo le preguntaré. Y, de paso —gruñí, echando un trago—, también por qué coño me dejó tirada en la playa.

—Ay, ¿hizo eso? Mujer, no se lo tengas en cuenta, es que es un poco despistadilla, ¿sabes?

—¡Joder, despistadilla dices! —exclamé—. ¡Que no se olvidó las llaves, coño, sino a mí! ¡A mí!

Y, oye, tal vez seré una ruina de persona, pero algo soy, ¿no? Una se olvida cosas, objetos, citas... ¡pero no seres humanos!

—Ya, ya. Si la cosa es fuerte, lo comprendo. Pero de verdad que es un desastre esa chica, te lo digo en serio. —Como puse cara de extrema incredulidad, añadió—: Bebió, ¿verdad? Mucho.

Me encogí de hombros, dudando. *¿Lo había hecho?* Recordaba subir tambaleante las escaleras hacia el cuarto oscuro, pero no podría precisar si era por mí, por mi acompañante o por ambas.

—Creo que sí. Yo lo hice, al menos. Supongo que ella también.

—Pues mira, es que a Brenda, cuando bebe, ¿sabes?, se le va la pinza. Pero a lo bestia, ¿eh? Tipo dejarse olvidado a alguien, por ejemplo.

—¿En serio?

—Te lo juro. ¿Tú has visto una *pele* de Kim Basinger con Bruce Willis en la que a la tía le sienta fatal el alcohol y se monta el caos padre? Pues algo así.

Bufé con fastidio.

—Vale, le daré el beneficio de la duda con eso, pero... ¿Y robarme? ¿Eh? ¿Se le va la pinza y se le alargan las manos, todo en uno?

—Bueno, tampoco estás segura de eso. Y mujer, digo yo que si se te va la olla, se te va para todo, ¿no?

—Ya —gruñí—. Pues perdona si te digo que tu amiga Brenda no es, precisamente, una de mis personas favoritas en estos momentos.

—Ah, no te preocupes. No es mi amiga.

—Pensé que como sabías lo de su lunar...

—Tú también, ¿no? ¿Y es tu amiga?

—No —reconocí.

—Pues eso.

La miré inquisitiva y ella sonrió.

—No, no me la he tirado, si es eso lo que estás pensando.

—Entonces, ¿cómo sabes lo del lunar?

Sonrió, al tiempo que extendía los brazos en cruz siguiendo la longitud de la barra y exclamaba:

—¡Bienvenida a mi castillo, diván de bolleras, rincón de confidencias, lupanar de cotilleos!

Claro, cómo no. Tú dale a un alma perdida una barra y una camarera y... *puf*. Le cuentas hasta la vez aquella que se te metió arena en el coño.

Si lo sabré yo.

—Confidencias de barra, ¿no?

Estaba claro que de ahí sacaba la bajita de pelo naranja el material para su archivo Excel.

—Mucha barra y muchas confidencias, te lo aseguro.

Una llamada desde el otro extremo requirió en ese momento su presencia y Mimí se alejó con paso rápido. Su Excel personal no me había arrojado mucha luz que dijéramos, aunque ahora ya podía partir de dos datos: característica física y nombre de pila.

No obstante, no iba a ser fácil, porque aunque el Sappho todavía no estuviese en pleno apogeo, era sábado noche y se notaba. Las cuatro barras que circundaban la pista de baile contaban ya con un buen número de sedientas pegadas a ellas, mientras otras tantas se dedicaban a moverse al ritmo de la música. Se me iba a hacer muy larga la noche si tenía que escanear el local con datos tan escasos como un nombre y un lunar público.

Eso, contando con que la tal Brenda repitiera salida esa noche, claro. Igual ni siquiera aparecía y me desgastaba buscándola entre un millar de bolleras. Y no, no iba a ser tan divertido como creéis. A ver, que en vez de la consabida pregunta de «¿Y tú, estudias o trabajas?» iba a tener que soltarles lo de «¿Tú no tendrás un lunar en el coño por casualidad, no?».

Las probabilidades de que lo que me soltaran a mí fuera un sopapo eran estremecedoramente altas, me temo.

—¡Eh, oye! —Había detectado de reojo la aproximación de un bulto

rematado con un manchurrón naranja, y esa solo podía ser Mimí. La camarera regresaba a por una botella y la detuve con un gesto antes de que desapareciera barra abajo de nuevo—. Sé que estás ocupada y perdona que te moleste otra vez, pero es que al final no me has dicho cómo es esa chica.

Ella compuso una expresión divertida.

—¿Es que tú no lo sabes?

Hum, vale. Esto no me iba a dejar en muy buen lugar. Pero, por otra parte, ella misma me había servido ya casi media docena de copas, así que...

Que sacara sus propias conclusiones.

—Ya —dijo sin esperar mi respuesta—. Tú también estabas un «poquitín» confundida esa noche, ¿no, encanto?

—Como varias copas confundida, sí —admití.

—O sea —dijo—, que Brenda no es la única señorita con lagunas de memoria aquí.

—Lo mío es más bien falta de concentración —me defendí.

—Pues bien que te fijaste en el lunar.

—Mujer, como para no verlo. Lo tuve a distancia cero de mi nariz. Pero oye, si acaso tienes alguna reticencia, te aseguro que no voy a montar ninguna bronca. Solo quiero saber qué fue de mi bandolera y, bueno, por qué me dejó sola en la playa.

—No, si yo no tengo por qué dudar de ti, mujer. Lo que pasa es que... —Cabeceó hacia la pista—. Mira. Como unas quinientas en estos momentos. Y yo te podría decir que es castaña con los ojos marrones y tal, pero castañas de ojos marrones debe de haber aquí, ahora mismo, no sé, como un par de centenares largos, ¿sabes?

—Ya —suspiré con desaliento.

—Pero vamos, que nadie ha dicho que no pueda ser divertido, ¿no? —Me lanzó una mirada llena de picardía—. Digo yo, lo de comprobar lo del lunar.

Hice una mueca.

—No te creas, ya había pensado en eso. —Me giré para echar una ojeada a la pista—. Pero como que se me iba a hacer eterno.

—Pues, si quieres, podemos hacer una cosa. Si no la encuentras podrías dejarme un número donde localizarte. Tal vez Brenda recuerde por obra y mano del Espíritu Santo y se deje caer por aquí preguntando por la morena de ojos verdes que se dejó olvidada en la playa.

—Y a la que le birló la bandolera —añadí.

—O no —puntualizó—, porque todo puede tener su explicación.

—Ya —suspíré—. Eso espero, de verdad. Follaba de maravilla, todo hay que decirlo.

—Ah, sí, es una escala siete. Pero lo de trinar como un pajarito... —Mimí alzó ambas cejas, divertida.

—¿También sabes eso?

—Como he dicho, diván de bolleras.

—Debe de ser un incordio, ¿no? Aguantarnos.

—Oh, no. Es entretenido. Y llevo ya anécdotas como para un libro. De los gordos. —Ladeó la cabeza en un gesto interrogante—. Entonces, ¿qué? ¿Hacemos lo del número de contacto? Soy de fiar, ¿eh? No voy a acosarte de madrugada con llamadas obscenas.

—No te creas, la mayoría de las veces hasta podría ser el mejor plan del día.

—Ay, encanto, no me digas que un bellezón como tú pasa hambre.

—Hambre, lo que se dice hambre, no.

Me miró con curiosidad.

—Ya, entiendo. Mucha bollería industrial y poca proteína sana, ¿no?

—Algo así.

—Bueno, pero quizás eso sea porque todavía no te ha llegado la que tiene que ser.

—Ya me llegó. Y pensé que se quedaría. Y lo hizo por un tiempo. Pero se fue. Y aquí estoy.

—Ay, lo siento, guapetona —se lamentó—. ¿Pena de amor, entonces?

—Perpetua.

—Pero no, mujer, eso pensamos todas. Pasaré, te lo aseguro. El tiempo todo lo cura.

—¿Tú crees? Porque yo cada día estoy peor.

—Mejorará, hazme caso. Ahora no lo ves, pero vendrán tiempos mejores. Dejarás todo eso atrás y volverás a sonreír. —Sacudió la cabeza con simpatía—. Ya decía yo que te veía mucho por aquí. Pero eres nueva, ¿no?

—Llegué hace poco a la ciudad.

—Ah, pues deja que te invite a una copa para darte la bienvenida.

Sacó un par de vasos y los llenó de la botella que llevaba en la mano. Levantó el suyo, sonriendo.

—A tu salud...

Dejó la frase en el aire, invitándome a completarla, al tiempo que me señalaba con la palma de la mano.

—Cate. Me llamo Cate —dije.

—A tu salud, Cate. —Se bebió de un trago el contenido del vaso. A continuación, elevándose sobre la barra, alargó la mano, ofreciéndomela—. Mimí, encantada.

—Sí, sé tu nombre. Me lo dijo Leng —dije, estrechando su mano.

La mirada se le iluminó.

—Oh, por Dios, esa mujer, qué encanto, de verdad.

—Ya lo creo.

—Bueno, pues nada, lo dicho —dijo sonriendo—. Bienvenida a Océano, bienvenida al Sappho, y que las vulvas te sean propicias.

—Amén, hermana —dije, alzando el chupito y vaciándolo también de un trago—. Te aseguro que me vas a ver mucho más por aquí.

—¿Ah, sí? Pues, ¿sabes, Cate? Presiento que este es el inicio de una gran amistad.

Y lo fue, vaya que sí. Una maravillosa, estupenda amistad, entre Mimí, servidora... y Johnny, Bud, Brugal, José, Smirnoff y Tanqueray.

Hasta el chupito y más allá.

## En busca del lunar en el coño perdido

*Madrugada del sábado al domingo, 04:01 h.*

—Olivia, nena, me llamo Olivia.

Saqué enseguida la cara de su coño, mirándola desconcertada.

—¿Olivia? —pregunté—. ¿Te llamas Olivia?

—Liv para ti —gimió, arqueándose. Su mano presionó con suavidad mi cabeza, invitándome a que volviera a enterrarla entre sus muslos—. Liv, Oli, Vi, como te dé la gana, pero dale de una vez, nena, dale.

Gimió, elevando la pelvis para restregar su pubis contra mi cara, y entiendo que la confusión fuera pertinente, pero es que no le andaba trasteando el coño para comérselo.

A ver cómo se lo explicaba yo.

—Ah —dije—, es que estoy buscando a una Brenda que tiene un...

—Nena, llámame como quieras —me interrumpió, jadeando y retorciéndose como un áspid, mientras sujetaba por las muñecas las dos manos anónimas que, desde otro lado, masajeaban sus pechos—. Pero chupa, tía, chupa.

La tal Olivia tenía razón en su demanda, yo había estado hurgando por salva sea su parte, tanto como me había acercado a la misma a tiro de lametón. Pero no llevaba ninguna intención gastronómica. Tan solo buscaba cierto lunar del que la creía propietaria.

Como así era. No sabría decir a ciencia cierta si el que estaba viendo era el que buscaba, pero a la vista de la réplica de su dueña, no parecía haber acertado.

—¿No te llamas Brenda, entonces?

—Que no, pero que me da igual, joder —suspiró impaciente—. Para ti lo seré, si es lo que te pone.

—Pero tienes un lunar en el coño.

*¿Es que al Excel de Mimí le faltaba información o qué?* Aunque, bueno, el error tampoco sería culpa suya, entraba dentro de la probabilidad estadística. Era imposible que pudiera llevar una relación exhaustiva de todo el mundo (y sus respectivos coños).

—Puedes chuparlo si eso te pone, y hasta hablarle como si tuviera vida —gimió Olivia/Liv/Oli/Vi, más con frustración que con placer—. Pero dale de una vez, joder. Que con la charla se me baja todo.

Suspiré contrariada. El método de ensayo y error que había escogido para llevar a cabo mi particular búsqueda de coño con lunar pintaba agotador, y no precisamente porque implicara largas vigiliias ni maratonianos seguimientos a pie. ¡Que si hacía caso a su petición sería la segunda mujer que me follaba esa noche!

Tras hablar con Mimí me había ido a dar una vuelta. Las únicas características físicas que tenía para identificar a la tal Brenda eran, en efecto y como pude comprobar, demasiado genéricas. Castañas con los ojos marrones las había por decenas, y después de un buen rato abordando a toda con la que me cruzaba con esos rasgos con la frase «Hola, perdona, ¿Brenda?» estaba empezando a cansarme.

Sobre todo cuando una de ellas, sin darme tiempo a reaccionar, me contestó con una comida de boca en toda regla. Así, tal cual. Yo apenas dije «Hola, perdona, ¿Br...?» y entonces ella se me echó al cuello, cubriendo mis labios con los suyos con un apetito tal que pensé que la pobre criatura, o bien acababa de llegar de una expedición planetaria de varios meses, o bien de abrir la lata de su lesbianismo. Porque ¡más que besarme me succionaba!

Y, claro, ahí me despisté un poquito, qué os voy a decir. Me despisté por el beso y, básicamente, porque me estaba metiendo mano de un modo espectacular.

—Vale, oye, espera... —balbuceé.

Mirad, una cosa os voy a decir y espero que me creáis: que te coman la boca e intentar hablar a la vez puede ser algo muy, pero que muy complicado. Sobre todo si también hay una mano metida en la cinturilla de tu pantalón enfilando la directa hacia tus bragas.

Por si no lo sabíais, vamos.

Juro que intenté detenerla. Lo juro. Con su boca sobre la mía y su mano sobre mi monte de Venus, me resistí. Y os digo yo que ni los doce trabajos de Hércules habrían precisado de mayor fuerza que a la que tuve que apelar para no dejarme llevar por el frenesí de la invasora lengua y la extrema pericia de los exploradores dedos de mi impetuosa atacante. ¡Si hasta se ganó a mis pezones, que se pusieron en mi contra irguiéndose con majestuosa rapidez!

Aun así, lo intenté. Y no fue fácil. Tenía a una chica con billete directo a mi

coño comiéndome la boca; estaban los atolondrados de mis pezones votando a mano alzada para sumarse a la alegría general, y a mi libido dando saltitos, más que alborozada. ¡Era demasiado! Y no es que me pareciera mal, no, a ver: si hay que ir, se va, claro. ¡Pero tenía que encontrar a la chica del lunar, joder! En otro momento tal vez habría aprovechado la circunstancia, pero debía centrarme en mi objetivo. Para follar, si eso, ya habría otra ocasión.

La pena, *ay*, es que me había dejado al yo centrado en Illica, y mi resistencia ya no obedecía tanto a la Catherine S. Maynes de entonces como a la Cate desarticulada, *loser* y rota de aquí y ahora. Y sí, yo solo quería saber de mi bandolera, pero claro, dadas las circunstancias era comprensible que a mi cuerpo le resultara más prioritario saludar personalmente al orgasmo que estaba empezando a formarse en mi vientre que a un pedazo de cuero con solapa y correa ajustable.

No, si tonto no es.

—Oye... —Traté de detener la avanzadilla de los dedos corazón e índice, pero se ve que la chica había enviado a sus mejores soldaditos, porque se defendieron con fiereza, escabulléndose de mi agarre—. ¡Oye!

Y ya está, hasta ahí llegó toda mi resistencia. No me dio para una siguiente palabra (al menos, coherente), porque si ya su lengua sometía a placer la mía, sus dedos parlamentaban con mi sexo y los cobardicas de mis pezones se habían entregado a las primeras de cambio, en ese momento rindieron plaza también mis piernas, exánimes ante la fuga del riego sanguíneo necesario para su sostén, derivado con urgencia hacia otras partes del cuerpo (y no digo yo que los pezones no se llevaran una buena parte). Para rematar, mi ávida asaltante me empujó contra la pared, cortando toda capacidad de maniobra, y entonces ya fue como: *¿para qué, no?*

Nada, si había que follar, pues se follaba y ya está.

Y es que, la verdad, creo que no había sido una idea muy acertada lo de subir al piso superior para extender mi búsqueda.

—Vale, guapa, esto ha sido estupendo —jadeé, cuando por fin Comebocas me soltó tras hacer que me corriera—. Pero ¿qué tal si ahora charlamos de lo de la playa y mi bandolera? —dije, invitándola con amabilidad a que sacara su mano de mis bragas.

Ella me miró con unos ojos en el límite entre el arrobamiento y la lujuria.

—¿Eh?

—Playa. Bandolera. Abandono.

Puso cara de total ignorancia.

—No sé de qué me hablas.

La miré con atención. Vale, su cara no me sonaba de nada, lo reconozco. Pero también me había ocurrido acostarme con alguna a la que creía conocer de nuevas en ese momento, para después resultar que no solo no era la primera vez que me lo montaba con ella, sino tampoco la segunda (*ay*).

Así que, para esta ocasión, lo mejor sería hacer la prueba del zapato. Si encajaba...

—¿Tú tienes un lunar en el coño? —pregunté.

Coño, zapatito de cristal, lo mismo era.

—Huy, no, ¿quieres que lo tenga? —replicó divertida.

—¿No te llamas Brenda?

—Pues no.

—¿Y por qué te has abalanzado sobre mí cuando te he preguntado?

—Es que en eso consiste el juego.

—¿Qué juego? —pregunté desconcertada.

—¿Cuál va a ser? ¡El del saludo caliente, mujer!

—¿El saludo caliente? ¿Qué saludo caliente?

—*Este* saludo caliente —dijo exultante, sacando una tarjetita del bolsillo delantero de su falda, junto con un lápiz de pequeño tamaño con el que hizo una cruz en una casilla. Me la mostró, ufana—. ¡Ya llevo tres!

—¿Tres, qué? —inquirí, cogiendo la cartulina rectangular. En ella, junto al logo del Sappho, había un cuadrado dividido en casillas, con la leyenda «Saludo caliente» impresa junto a la fecha de hoy. Tres de los cuadritos estaban marcados—. ¿Qué es esto?

—El juego de este sábado. —Giró la tarjeta para que leyera el texto de la parte trasera—. Si saludas diciendo esa frase, te follan.

Abrí los ojos, estupefacta. En efecto, había unas instrucciones que consistían, básicamente, en que las participantes follaban o eran folladas, según su apetencia. Si querían lo primero debían esperar a que alguien las abordara con una frase clave; si lo segundo, ser la que se acercara y pronunciarla.

—Pero aquí dice que la frase es «Hola, perdona, ¿te hace un número Pi elevado al cuadrado?» —objeté.

Ella se mordió el labio en un gesto de contricción.

—Ay, ya, lo sé. Pero es que estoy a mil y cuando voy así me pongo toda

burra y ya, como que no controlo, ¿sabes? Y estás tan buena y como empezaste a decirla...

—¡Joder, pero supongo que por eso han puesto una frase tan rara, para evitar confusiones!

—Hija, yo qué sé. ¡Como estás en el cuarto oscuro!

Bueno, eso era verdad. Quien evita la ocasión...

—Bueno, no pasa nada —mascullé, devolviéndole la tarjeta.

Aquí polvo y después gloria, ya está. A lo hecho, pecho (y pezones).

Intenté irme, pero ella me lo impidió bloqueándome el paso.

—¿Qué? —pregunté ante su intenso y silencioso escrutinio.

—Hola, perdona, ¿te hace un número Pi elevado al cuadrado? —dijo, pasándose la lengua por los labios y sonriendo.

¡Oh, venga! Si me ponía a follar no iba a terminar en toda la noche, joder.

—Pero es que yo, técnicamente, no participo en el juego... —intenté excusarme.

Su cara se contrajo de pura desilusión.

—Jo, ¿ni un poquito? Un minutito, ¿vale? Yo me corro rápido, te lo aseguro. Y ni siquiera hace falta que me metas la mano. Por encima de la falda, ¿te hace? —suspiró—. Es que eres tan guapa...

Ay, mira que me pierden a mí las buenas causas, ¿eh?

—Vale, venga —cedí.

«Fornicadoras Sin Fronteras», esa era la otra ONG que iba a fundar. «Desmanteladas y Fornicadoras Sin Fronteras».

Todo sea por la causa.

Y por la causa me la follé y después ella, agradecida, me dio una información valiosísima:

—Si estás buscando a una tía con un lunar en el coño —dijo—, en la cama redonda hay una. —Señaló el inmenso lecho que presidía el cuarto oscuro—. O al menos la había hace diez minutos. —Sonrió con satisfacción—. Fue el segundo cuadrado.

—Ah, estupendo. Gracias. ¿Sabes si era castaña con ojos marrones?

Se encogió de hombros.

—Ni idea, solo le vi el chocho. Aproveché que se había quedado libre. Es que hay una *melé* hoy que no veas...

—Ya. Gracias de todos modos.

—Jo, a ti, maja —dijo, con tanta gratitud como entusiasmo—. Ya nos vemos

por aquí, ¿vale?

*Eso seguro*, pensé, girándome hacia la cama, donde había una buen número de mujeres, sobre y alrededor. Parecía haber tantas mironas como participantes. Esperaba que Si Bemol (si es que era ella, claro) todavía anduviese por ahí.

Me acerqué al tumulto, intentando ver por encima de la línea de *voyeurs*, pero estaba claro que iba a tener que hacer uso de mis dotes persuasivas (en algún manual lo denominan «codazos») para acceder a la cama, en la que un número de mujeres que oscilaba entre ¿ocho?, ¿once? se lo estaban pasando pipa.

Veréis, esto no es lo habitual. Lo de las *melés* orgiásticas lésbicas. Eso, lo del sexo anónimo, casual y de cuarto de hora, es más propio de los hombres gais (y de los heteros, vaya, que parece que aquí solo los de la acera de enfrente seamos las alegres comadre de Windsor. Daos si no una vuelta por aseos de discotecas, *pubs* y similares, o por aparcamientos y descampados, y veremos quién folla más. Y con qué nivel de compromiso. Lo que pasa es que los gais fueron más listos e inventaron los cuartos oscuros. A cubierto, a mano y con total disponibilidad, ¿qué más se puede pedir?).

Nosotras, no. O mayoritariamente no, vamos. Las bolleras somos más del tándem «Hola, ¿estudias o trabajas?» y camión de mudanzas en la puerta a los dos días. Pero mira, se ve que Océano tiene cierto aire inspirador que iluminó a la dirección del local en el afán de añadir un apéndice al Manual De Cosas De Lesbianas (capítulo 23): «Sí, nosotras también tenemos sexo anónimo y casual» (que va justito después del 22: «No somos amigas, nos comemos el coño»), y de ahí surgió la maravilla del Sappho.

La cuestión es que el cuarto oscuro no era solo algo inédito en el costumbrismo lésbico, sino también en su aplicación práctica. De estructura elíptica, ocupaba prácticamente toda la planta superior, teniendo como núcleo una amplia estancia donde se ubicaba el lecho que había mencionado doña Comebocas, la Cama Redonda Más Grande Del Mundo (lo era, lo juro). A su alrededor, circundando la elipse, se distribuían una serie de habitaciones decoradas con distintos ambientes, que iban desde salas grandes y espaciosas aptas para fanáticas de las multitudes, a pequeños cuartitos personales para las que gustaban de intimidad.

Pero a mí el ambiente que me interesaba en ese momento era el de la cama. Gracias a mis persuasivos codos pude colocarme en primera fila. En el

enorme lecho comprobé que había cerca de una docena de mujeres, distribuidas en parejas, tríos y algo que parecía un intento de sexteto (aunque no tenía muy clara la interrelación de las participantes). Las había vestidas, semidesnudas y prácticamente desnudas, y si bien la oscuridad no era total (para eso estaban los cuartos número 1 y 2), no me iba a resultar nada fácil dar con Brenda, al menos a simple vista (y como las participantes se hallaban inmersas en un lubricado frenesí, lo de preguntar a voz en grito me parecía tarea poco menos que inútil).

O sea, que tocaba plan B: practicar la inmersión cultural.

Ahorraré los detalles, pero solo sabed que el refrán que reza aquello de «más difícil de encontrar que una aguja en un pajar» era de lo más acertado. Pero la encontré, la aguja (en mi caso, lunar). O creía haberlo hecho, porque cuando, tras inspeccionar un par de coños y encontrar en el tercero el bendito lunar, su propietaria, ante mi interpelación de «Hey, Brenda», había replicado:

—Olivia, nena, me llamo Olivia.

Y se empecinaba en que servidora culminara lo que ella había creído deseo sexual y que, en realidad, no había sido más que un concienzudo escrutinio por mi parte. Con el chasco que me llevé, la cuestión es que no me apetecía nada comérselo y como me sabía mal que se le bajara el calentón, le pedí a una chica que había justo al lado que se encargase ella, algo que hizo con notable rapidez y entusiasmo.

A Olivia, ni le importó.

Frustrada, salí del cuarto oscuro y me dispuse a bajar al piso inferior. Empezaba a dolerme la cabeza (*again*), así que ya daba por perdida la noche (y mi bandolera), pero últimamente estoy cada vez más convencida de que debe de haber alguna diosecita por ahí que vela por las imbéciles, porque cuando ya enfilaba las escaleras para bajar, alguien las subía directa hacia mí.

—¡Joder, menos mal! —me saludó una chica con mucho entusiasmo, interceptándome—. ¡Qué bien que te haya encontrado!

—¿Ah, sí? ¿Y para qué me buscabas... *ehm*...?

Dejé la frase en el aire para que ella la completara, a ser posible identificándose, porque la verdad es que no tenía ni pajolera idea de quién se trataba.

—Brenda —explicó—. No te apures, Mimí también ha tenido que recordarme tu nombre.

¿Brenda? ¿Mi Brenda? ¿La del lunar a un coño pegado? La miré bien:

castaña, ojos marrones. Vale, dos de tres, nombre y aspecto. Pero ya me había llevado un par de chascos y, desde luego, yo follar no follaba más, que me dolía la cabeza, joder.

—¿Tienes un lunar en el coño? —inquirí con desconfianza.

¿Os acordáis de lo que os había dicho acerca de ciertas preguntas pertinentes en ciertos lugares pertinentes? Bueno, pues ahí iba otro ejemplo (no lo intentéis con las chicas del Club de Ganchillo).

—Esa soy yo —confirmó con entusiasmo—. He hablado con Mimí y sé que me estabas buscando. Pero en realidad yo te estaba buscando a ti. Te quedaste con mi chaqueta.

¡Anda, esta sí que era buena! Me robaba y era ella la que me reclamaba a mí.

—Pues tú con mi bandolera —contraataqué—. Y tu chaqueta no es que me la quedara. Te la dejaste tú.

—¿Yo te dejé la chaqueta? ¿Y dónde, si puede saberse?

—¿Dónde va a ser? En la playa en la que me dejaste tirada.

—¿Cómo que yo te dejé tirada? ¡Tú me dejaste tirada a mí!

—¡Yo a ti?! No, guapa. Fui yo la que amaneció con el *chichi* lleno de arena, más sola que la una y rodeada de cangrejos carnívoros.

—Ay, ¿pero qué dices? ¿Y de qué cangrejos carnívoros me hablas?

—Eso no viene al caso. La cuestión es que *tú* me dejaste a *mí* tirada en una playa y, de paso, te llevaste *mi* bandolera. —Punteé cada posesivo y pronombre señalando con un dedo índice de lo más pasivo-agresivo.

—Ah, no, nada de eso —replicó ella, desenfundando a su vez su índice—. *Tú a mí. Mi chaqueta.*

—¡Pero que no!

—¡Pero que sí!

—Espera, que así no llegamos a ninguna parte —resoplé. Mi dolor de cabeza no necesitaba demasiados estímulos para dispararse a cotas insoportables y no era una perspectiva que me resultara especialmente deseable, no sin una buena dosis de paracetamol a mano—. A ver si nos aclaramos. Tú y yo nos vimos aquí el jueves por la noche, ¿cierto? —Ella asintió—. Y, bueno, tuvimos un par de encuentros muy interesantes y después me llevaste a la playa para seguir encontrándonos del mismo modo interesante. —Ella frunció el ceño en un gesto de incompreensión—. Que follamos, Brenda, coño, que follamos —aclaré.

—Ah, sí. Recuerdo follar aquí con alguien. —Sonrió encantada—. ¿Fue contigo, entonces?

Puse los ojos en blanco. *Dios mío, ¿había alguien peor que yo en el universo!*

—¿No lo recuerdas? Aquí y en el aparcamiento, en tu coche. Y después dijiste eso de ir a la playa «para follar bajo la luz de la luna».

—¿Eso dije?

—Pues sí.

—¿Y a ti te pareció bien?

—Pues mal, lo que se dice mal, no, a ver.

—¡Lo digo porque cómo se te ocurrió dejarme conducir estando borracha, mujer! —me reprochó.

—¡Y a mí qué me cuentas, si yo lo estaba más que tú! —repliqué en el mismo tono.

Mala idea. Me lo hizo saber el punzante dolor que abarcaba ya parte de mi cráneo y amenazaba con expandirse por el resto de mi cabeza.

—Vamos a calmarnos, ¿vale? —pedí.

—Sí, será lo mejor —convino ella.

—A ver, ¿tú qué recuerdas? ¿Por qué dices que te dejé tirada yo?

—Pues porque me desperté sola, hostias. Y haciendo un esfuerzo recordé que estaba con alguien, pero ese alguien no aparecía por ninguna parte.

—¿No estaba contigo cuando despertaste?

—Pues no, y no veas qué cabreo pillé.

—No mucho mayor que el mío cuando vi que me habías dejado tirada.

—¡Me habías dejado sola!

—¡Tú me dejaste sola a mí!

Alcé la mano, pidiendo una nueva tregua. Un elevación de tono más y ya podía ir despidiéndome de la parte superior de mi cuerpo.

—Pero es que no fue así —dijo ella, más calmada—. Tía, yo qué sé. Me desperté y no vi a nadie por ningún lado, así que pensé que te habías largado y me fui yo a mi vez.

—Joder, ya podías haberme buscado un poquito, ¿no? ¡Podría haberme ahogado!

—¿Y tú por qué te bañaste, mujer?

Resoplé con impaciencia.

—No lo hice, te lo comentaba como una posibilidad.

—Coño, no me líes. Oye, mira, lo siento, pero son cosas que pasan, ¿vale? Las dos bebimos y a las dos se nos fue la cabeza. No le demos más vueltas.

—Ya, claro, pero la que se quedó tirada fui yo. Fuimos en tu coche, ¿recuerdas? No tenía otro modo de volver.

—Ay, joder, lo siento. ¡Si no hubieras desaparecido!

—Y dale. Que yo no desaparecí, fuiste tú la que...

Pero no terminé la frase. *Mierda*, pensé. *Mi-er-da*. Cerré los ojos. *No, no fue ella, Catherine Simone*, dijo una vocecita dentro de mi cabeza. *No fue ella la que se largó dejándote sola*.

Acababa de recordarlo todo.

—La Osa... —musité, abriendo los ojos.

—¿Osa? —inquirió ella con un gesto de extrañeza.

La miré, esbozando un gesto de disculpa.

—Joder, lo siento. Acabo de acordarme de algo y...

—Y fuiste tú la que me dejó tirada a mí, ¿no?

—Algo así —admití.

—¿Te fuiste con una úrsula <sup>[1]</sup>? —preguntó extrañada—. ¿Me estás diciendo que te encontraste una osa en la puta playa?

—No, no *ese* tipo de osa —dije—. La Mayor. La Osa Mayor.

Ella sacudió la cabeza, desconcertada.

—No entiendo nada, tía.

Hice un gesto vago con la mano.

—Cosas mías. —Tomé aire y lo expulsé con lentitud, presionando mi frente con cuidado—. Oye, lo siento mucho. Me desperté, me fui a dar un paseo y después me quedé frita.

—Con mi chaqueta.

—Con tu chaqueta, sí. La cogí porque tenía frío. Lo siento.

Ella chasqueó los labios.

—No pasa nada. Es comprensible. Se ve que eres de las mías. A mí es que el alcohol me sienta fatal, ¿sabes? Y después tengo cada laguna...

—A quién se lo dices.

—Bueno, pues nada, aclarado. Tú solo dame la chaqueta y ya está.

—La tengo en casa. ¿Quedamos mañana y te la doy?

—¿Por la mañana? —Hizo una mueca, no muy convencida.

Sonreí, señalando mi reloj.

—*Ya es* por la mañana. No, mejor por la tarde. ¿Podrías llevarme la bandolera, por favor?

—¿Qué bandolera?

—Mi bandolera.

—No había ninguna donde me desperté.

—No jodas. ¿Y en el coche?

—Tampoco.

Fruncí el ceño, contrariada.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo registré para ver si encontraba la chaqueta. —Se encogió de hombros—. Quizás te la dejaste en la playa.

—¿Tú recuerdas si la llevaba al subir al coche?

Sus cejas se elevaron en un gesto que parecía decir: «Por favor, si ni recordaba que te había follado...».

—Vale —me limité a decir.

—Quizás te la dejaste aquí.

—No. Le he preguntado a Mimí. O, al menos, si la dejé aquí, nadie la ha devuelto.

—¿Crees que alguien te la mangó?

—A saber.

—Qué putada. ¿Llevabas algo de valor?

No, no tenía nada de valor, como ya le había dicho a Leng. No se trataba del contenido, sino del continente, y ni todo el contenido del mundo podría superar el valor sentimental de la propia bandolera.

Pero quizás su pérdida era una señal.

Otra cosa más que dejaba atrás.

Mi casa, mi corazón, mi futuro.

Se había acabado. Todo. Mi búsqueda, la bandolera, la puta Osa Mayor.

Abatida, me despedí de Brenda después de concretar la cita. Ya no tenía nada que hacer allí. Solo quería irme a casa, enterrarme bajo las sábanas, diluirme, convertirme en una ínfima partícula; ser nada. En la nada no hay corazón, ni memoria, pérdidas o dolor. Un malestar sordo estaba empezando a expandirse por todo mi cuerpo, como lo haría la infección de un virus conquistando la sangre de mis venas, y no tenía nada que ver con el malestar de mi cabeza. El recuerdo me había procurado un nuevo zarpazo, y la desazón estaba empezando a extenderse sobre mí como lo haría un vertido de petróleo

en el mar.

Densa, oscura, dolorosa.

## Chuletas, chuminos y galletas de canela

*Domingo, 13:42 h.*

—Pero entonces, ¿quieres poner una denuncia por lo de la bandolera? ¿Por unas bragas y una camiseta?

Geppo me puso una enorme chuleta de cerdo en el plato. La miré espantada. *¿Es que ahora vendían brontosaurio en el súper o qué?*

—No, hombre —dije, haciendo malabarismos con el plato y el botellín de cerveza—. Solo te lo contaba.

—Pero es que todavía no entiendo lo de la Osa Mayor —dijo, dándole la vuelta a lo que parecía el costillar de un diplodocus.

Vale, eso era culpa mía. Le había contado la peripecia de mi perdida bandolera, pero había omitido cierta información vital y el pobre Geppo había acabado haciéndose un lío entre los cangrejos carnívoros, las mulas con escamas y los *chichis* llenos de arena.

Normal.

—Una larga historia —dije, quitándole importancia.

Y la era, tan larga como dolorosa. Pero no quería ahondar en el asunto. No quería porque no podía permitírmelo. Bastantes pedazos de corazón me había dejado ya en el camino y cada uno dolía como mil. Había ido allí a comer como una cerda, no a revolcarme como una ídem en mi particular fango emocional. Solo había sacado el tema por dar algo de conversación, contándole mi reciente peripecia por encima, sin entrar en detalles. Mi asistencia a la barbacoa estaba confirmada desde hacía días y aunque el alba me había pillado todavía con los ojos abiertos, había decidido ir. A veces, el alimento del cuerpo le viene bien al alma y si algo no faltaba nunca en casa de Geppo era comida, casi siempre en cantidades industriales. Mantener en marcha los organismos de tres seres en pleno crecimiento debía de suponer una ingente y continua inversión alimentaria y el hogar Trull era de los que aplicaban la máxima de donde comían diez, comían cien. Me vendría bien eso, atiborrarme de grasas y cerveza después de una noche en blanco. Tras volver del Sappho no pude conciliar el sueño, asaltada, exaltada y aplastada por los

recuerdos, y comerme un brontosaurio me parecía el mejor de los planes después de los días de mierda que llevaba a la espalda. Con un poco de suerte, el colapso en mis venas llegaría a mi corazón, distrayéndolo de otras cuitas más emocionales.

De la Osa Mayor, por ejemplo. Eso que no le había explicado a Geppo. No le había contado que esa noche de jueves desperté enredada entre los brazos de Brenda, bastante desubicada por el alcohol, y que lo primero que había visto al abrir los ojos, tumbada boca arriba, había sido la constelación de estrellas. La noche parecía haberse despejado de los nubarrones que la habían cubierto al inicio, y brillando en el negro firmamento, como lo llevaba haciendo desde hacía millones de años, como seguiría haciéndolo cuando esta breve vida de apenas unas décadas llegara a su fin, ahí estaba ella: la puta Osa Mayor.

Fue cuando empecé a llorar. Cuando las lágrimas se deslizaron desde mis párpados, cayendo sobre la arena. Cuando ese llanto silencioso, arrítmico, que provocaba pequeños espasmos en mi pecho, me sacudió mientras me cubría la cara con los antebrazos en un intento de cegar, estúpidamente, el recuerdo.

No, no podía contarle eso a Geppo. De haberlo hecho, tendría que explicarle la razón, y no quería. Como tampoco quise esa noche tener que dar ninguna explicación a mi ocasional compañera de lecho de arena si acaso despertaba y me encontraba llorando como una magdalena.

Así que lo que hice fue levantarme, recoger de forma apresurada la ropa, entre la que incluí la chaqueta, y echar a andar, con la mirada borrosa por las lágrimas y tambaleándome. No sé por cuánto tiempo lo hice, ni si pretendía algún destino. Solo recordaba que al final de una larga y errática caminata me dejé caer, agotada, y que el llanto que no me había abandonado durante todo el camino redobló entonces sus espasmos, quemando mi pecho y mi garganta, de la cual ya no acertaban a salir más que roncos gemidos.

Y que cuando, arrodillada sobre la arena, levanté una mirada desvanecida por las lágrimas, la Osa Mayor seguía allí.

Qué absurdo pretender huir de lo que llevas dentro.

—Tú y tus historias, cortas o largas —dijo Geppo, mirándome con gesto crítico—. No deberías beber tanto, mira que te lo digo siempre —añadió, supongo que concluyendo que mis excesos con la bebida eran los causantes del extravío de mi relato.

Que también, claro.

—Sí, *páter* —suspiré.

Él me devolvió una mirada ceñuda.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames así? Me haces parecer más viejo.

—¿Y acercarse a los cuarenta no es envejecer?

—Y a los treinta decaer, no te jode —gruñó.

—No sé dónde he leído que los treinta son la mejor etapa —di-je.

—Para destrozarse el hígado, desde luego.

—Déjate de sermones, ¿quieres? La parte voz de la conciencia ya la tengo cubierta, gracias. A ti te toca la de coleguita.

—Pues mal colega sería si no velara por ti, ¿no crees?

—Puedes hacerlo, pero no darme la tabarra.

—Puedo, pero ¿dónde está la diversión?

—Tienes tres hijos preadolescentes, ¿te parece poca?

—Eso, tú da donde más duele.

—Ah, haber elegido muerte.

—Que te zurzan —masculló, pinchando con saña el diplodocus que terminaba de asarse sobre la parrilla.

—Desde luego, cada día estoy más contenta de haberte salvado la vida, coño —rezongué.

—¡Eh! Nada de palabrotas delante de los niños.

Arqueé una ceja.

—¿Niños? ¿A esos larguiruchos protobarbudos los llamas niños? Joder, que los «niños» ya son algo mayorcitos, ¿no crees? Te apuesto lo que quieras a que son capaces de recitar de corrido toda clase de guarradas. Y para tu información —añadí—, coño no es ninguna palabrota. Bien bonita que es. La palabra y el susodicho.

—Si no te digo que no, pero ¿no podrías usar un sinónimo?

—¿Un sinónimo? Oh, sí, quedaría de maravilla. Imagínate qué tajante en un atraco: «¡Todo el mundo al suelo, chumino!».

—Yo solo digo...

—Oh, oh, espera, este es mejor: «Me suda la parte pudenda femenina lo que me digas».

—Vale, lo pillo. ¿Has terminado?

—No. Vulva, conejo, panocha, almeja, chirri...

—Vale ya.

—Chucha, chirla, concha, papo, cuca, seta, papaya...

—Oye, *stop*, ¿vale? Lo digo por tu bien, te estás jugando el postre. A Alice no le gusta que los chicos escuchen según qué expresiones.

Ay, pobres reproductores, la vida era una carrera de obstáculos infinita para ellos. Si yo no pudiera decir la palabra coño, reventaría.

Y no digo ya si no pudiera comérmelo.

—O sea, que tu Ali tiene ahí abajo una dulce e inocente galletita de canela, ¿no?

—Toma y calla —gruñó, bajando el tono de voz para añadir—: *Hostiaputacoñoya*.

A continuación añadió a mi plato media patata asada, dos salchichas, un filete de lomo y varias rodajas de algo que parecía berenjena o calabacín, no sabría especificar cuál de las dos porquerías.

La muñeca casi se me dobló por el peso.

—Eh, oye —dije, mirando con desconfianza las intrusas rodajas de verdura—, sabes que solo estoy yo aquí, ¿no? Quiero decir, que no va a venir mi gemela tragaldabas a acabar con esta montaña.

—Eso díselo a la de la dulce galletita —replicó, agitando la pinza de acero cromado en dirección a Alice, que en esos momentos dirigía a los trillizos, Jarpo, Grousho y Theppo, en la tarea de preparar la mesa—. Si quieres llegar al postre, antes tienes que pasar por el resto de la pirámide nutricional.

—Pero es que aquí hay comida para un regimiento —me quejé.

Me miró con atención.

—Eres como un palillito. Y tienes ojeras. Y estás pálida. Seguro que ayer te pegaste una buena juerga y más seguro aún que no has desayunado.

—Pero estoy aquí —dije.

Ahí tenía que reconocerme el mérito. Me encantaban las barbacoas *trullinianas*, pero su horario a veces no casaba bien con los hábitos de una desbaratada de la vida como yo.

—Punto para el palillo con patas —aceptó—. Pero el de Alice te lo vas a tener que ganar con un poquito más de esfuerzo.

—Es que voy a reventar —susurré espantada, mirando el plato—. ¿Por qué coñ... pototo no tenéis perro, joder?

—Tenemos tres preadolescentes. ¿Te parece poco?

—¿Y se comerán mi comida si se la lanzo por debajo de la mesa?

—Grousho seguramente sí. Se comería lo que le lanzaras, aunque fuese una

zapatilla apestosa —dijo riéndose.

Por favor, qué poca empatía con su propia prole demostraba este hombre, hay que ver. Pero sí, no andaba desencaminado. Grousho seguro que sería más que capaz, aunque le lanzara un *currusquillo* de los pies. El chaval, *¡ay!*, parecía haberse enamorado de mí.

Pues lo llevaba claro la criatura...

—Joder, Geppo, échame un cable —pedí—. Quítame las cosas verdes, al menos.

—Si Alice ve que tu ración no incluye verdura, tampoco habrá galletas.

—¡Pero si voy a comerme la patata!

—Joder, Cate, que eso no es verdura.

—Pues bien que sale de la tierra —gruñí—. ¿No sirve igual?

—No, no sirve. Y si tienes alguna queja, a Ali. Yo me limito al abastecimiento.

—Lo que yo diga, joder —mascullé—. Contentísima de haberte salvado, oye.

—Que te quedas sin galletas para los restos, cabeza de chorlito —me advirtió.

Mierda, no podía arriesgarme. Con lo que me gustaban las galletas de esa mujer. Desde que las probé concluí que haber sido madre de trillizos debía de ser compensado de algún modo por la vida, y en su caso parecía haberlo sido otorgándole una mano divina para la repostería. Siempre que visitaba el hogar Trull volvía a casa con un buen cargamento y no me importaba haber alcanzado tal privilegio por recibir una bala en el culo en lugar de Geppo.

Pero lo de comer verdura... ¡Joder, lo de comer verdura era excesivo! ¡Peces muertos y verdura! *¿Cuándo, Señor, cuándo se acabará esta semana horribilis?*

—Ponte a mi lado y te voy pasando algo —supliqué en un susurro.

—¿Estás loca? —replicó él en el mismo tono—. Alice tiene visión periférica. Una cosa es que tú te quedes sin galletas y otra muy distinta que yo sin mojar esta noche.

—Pues pienso morirme del atracón y os pesará sobre la conciencia.

—Pues vale.

Geppo pareció dar por zanjada la cuestión y yo me resigné a la perspectiva de un empacho dominical. Sabía que Alice me tenía cariño y que se preocupaba por mi bienestar (la pobre aspiraba a verme emparejada y

estable), pero a veces preferiría que sus desvelos no llegaran hasta mi estómago. No, al menos, en otra forma que no fuese una masa horneada de harina, mantequilla, azúcar, leche y canela.

—Pero oye, cuéntame al menos cómo terminó lo de la tía del lunar —pidió Geppo, volviendo a sus tareas de chef prehistórico.

—Esta tarde he quedado para devolverle la chaqueta.

—¿Y ya está?

—Pues sí, ¿qué más quieres? ¿Que le ponga un lacito?

—Trozo de corcho, me refiero a que si anoche aprovechaste la coyuntura.

Anda, mira, que ahora a follar se le llamaba así.

—No, no aproveché ni coyunturas ni nada. Me fui a casa, me dolía la cabeza.

—Tú y tus resacas...

—No era resaca; no exactamente aún. No estaba de humor, ya está.

Me miró con curiosidad.

—Te ha afectado lo de tu bandolera, ¿verdad? ¿Llevabas algo de valor?

Joder, esa parecía la pregunta del año.

—No.

—¿Entonces?

Me encogí de hombros.

—Era un recuerdo —dije con vaguedad.

—¿Le tenías mucho cariño?

*Muchísimo, pensé. Pese a todo.* Pero no se lo dije, como tampoco el porqué del protagonismo de la Osa Mayor en el asunto.

Tal vez había sido lo mejor. Perderla. No había sido capaz de dejarla en Illica, pero ahora el destino parecía haber decidido por mí. De acuerdo, aceptaba azar. Era evidente que no necesitaba un recordatorio perenne colgado del hombro, ya tenía que cargar con el estropeado de mi corazón y era toda una suerte que mediara una capa de piel, sangre, carne y toda una cavidad torácica entre él y yo, porque si tuviera que vérmelo todos los días acabaría arrancándomelo y no podía ni imaginar el disgusto que se llevaría el resto de mi soporte orgánico vital de ocurrir algo así.

Así que, a partir de ahora, la bandolera pasaba de mi hombro a mi hipocampo cerebral. Solo un recuerdo. Punto. Era domingo, tenía que comerme un bicharraco enorme para conseguir mis galletas y esquivar al mismo tiempo los ojos de cordero degollado de un púber enamorado.

Suficiente tarea para alguien como yo, que aspiraba a simple organismo unicelular.

—No —dije—. Solo era una bandolera. Ya me compraré otra.

*Y otro corazón*, añadí para mí. *Y otra vida. Y, de paso, otros recuerdos*. Los recuerdos eran lo que más trabajo les daba a mis enzimas hepáticas (malditas conexiones sinápticas neuronales de las narices).

—Ah, entonces ya sé qué regalarte en Navidad —dijo Geppo, ajeno a mis tribulaciones internas—. Un bolsito para la señora.

—No hace falta, gracias. Ya compraré cualquier cosa con asas donde quepan unas bragas, varias cajas de paracetamol y una Glock.

—Desde luego, eres el ideal de feminidad.

—El ideal de feminidad me lo paso yo por el felpudo —dije. Él me miró con un gesto de duda pintado en su rostro—. Sí, otro sinónimo de coñ...

—¡Hey, enano! —me cortó, haciendo un gesto hacia mi espalda.

Me giré. Grousho, con la cara tan colorada como las brasas de la barbacoa, se acercaba, vacilante. Su huidiza mirada parecía hacer un intrincado recorrido, intuía que tratando de evitar fijarla en mí. Suelo, barbacoa, saco de carbón, su padre, las (húmedas) palmas de sus propias manos y vuelta al suelo de nuevo.

Criaturita, qué mala es la adolescencia.

—¿Qué hay, Grou? —lo saludé, sonriendo con generosidad.

Vale, eso era puro ensañamiento. El pobre ya tenía bastante con lidiar con sus revolucionadas hormonas como para que su particular diosa del amor se aviniera a azuzarlas con su obsequiosa actitud.

Pero es que no podía resistirme. ¡Se ponía tan adorablemente bobito!

—¿Qué, ya está preparada la mesa? —le preguntó Geppo.

El frenético balanceo de su cabeza dijo «Sí», pero de sus labios no salió ni un solo sonido. Creo que si en ese momento yo dijera «¡Plas!», el trillizo número dos (sus padres los etiquetaron por orden de llegada: Jarpo era el número uno y Theppo el tres) dejaría caer a plomo sus cuartos traseros, agitando con entusiasmo el culo mientras una mirada bovina se adueñaba de sus ojos.

Desde luego, pasar un embarazo de mierda, ser abierta en canal, tragarte varios años de cacas, mocos y llantos, y todo para que uno de tus hijos acabe desembocando en un flan de hormonas con la capacidad intelectual de una hormiga obrera.

Putada.

Ojalá se le pasara pronto, ya no solo por mí, sino porque no me gusta ver sufrir a los animalitos. Aunque me venía muy bien, por otra parte, toda esa irracional adoración. ¡Al menos había alguien para quien era una *top ten*! Solo esperaba que cuando sus hormonas dejaran de hacerle jugarretas me reservara cierto cariño. Es una enorme responsabilidad formar parte de la memoria sentimental de alguien, sobre todo en una fase vital tan delicada. Y yo podría ser un desastre en mi día a día, pero mi intención, como mínimo, era quedar como una tía postiza decente.

Ya que otra cosa no iba a ser. O, al menos, no lo sería con quien había soñado serlo. Porque había soñado con ello. Con ser madre. De mis hijos, de los de Helena.

Lo teníamos todo planeado. Tres, cinco o diez. Esos serían los que tendríamos. O tres, o cinco, o diez. Que fuesen más o menos dependía de nuestro presupuesto y de las opciones de las clínicas de fertilidad. Por supuesto, escogeríamos de premios Nobel para arriba. A un donante con el color exacto de los ojos de Helena si me tocaba gestar a mí. A uno que tuviera entre sus aficiones hacer senderismo, cuando le tocara a ella. Si la cosa nos alcanzaba para tres, las votaciones nunca acabarían en empate técnico. Eso era bueno. Si cinco, confiábamos en que el más pequeño saliera astuto y marrullero. La supervivencia estaba garantizada. Si llegábamos a diez, entonces cerraríamos los ojos y confiaríamos en la selección natural. Cuidar de unas ancianas madres requería de los genes más capacitados.

Cerrar los pactos había sido lo más divertido de la planificación.

Yo sería la madre divertida y enrollada y ella la que les reñiría. Pero también al revés. Puede que los martes me tocara a mí y a ella los jueves. El resto de días, según nos pillara el cuerpo (los domingos, tal vez y solo tal vez, se los daríamos libres. Territorio libre de regañinas. Aunque todo dependería del grado de salvajismo que desarrollaran).

Al principio acordamos que yo sería la que les contaría cuentos antes de dormir y ella la que les arrullaría con nanas, actividades que, como en las reprimendas, alternaríamos. Pero después nos dimos cuenta de que no sería una buena idea. Queríamos que los niños durmieran de un tirón y sin pesadillas, así que yo quedé descartada para el sector de actuaciones a capela en una segunda votación. Ya tendría otras ocasiones de provocarles traumas, si eso.

Los embarazos, por supuesto, serían alternos. Uno ella, uno yo, uno ella, uno yo (el impar lo echaríamos a suertes).

Nunca faltaría el zumo de naranja en el desayuno, y nos las apañaríamos para que ninguno nos saliera con intolerancia a la lactosa. A los niños les educaríamos en el respeto y a las niñas a hacerse respetar. Y viceversa. Y a unas y a otros, a ser las mejores personas posible.

Todos los sábados escogeríamos una película, haríamos palomitas y nos sentaríamos en el sofá a disfrutar de una y otras (pero ni muertas les daríamos refrescos). Haríamos excursiones los domingos. Los días libres. En vacaciones. Las tardes de verano, las de primavera y las de invierno indulgentes. Iríamos al monte, al lago, a la playa. Por la ciudad, por toda ella, nos la patearíamos entera: sus barrios, sus calles, sus edificios, plazas y rincones. Estudiaríamos las leyendas urbanas y crearíamos las nuestras. Probaríamos restaurantes, chocolaterías, librerías, y todos, sin excepción, tendrían carnet de biblioteca. A los tres años. A los dos. ¡En cuanto supieran distinguir una letra de un trozo de patata!

Les dejaríamos expresarse con total libertad, aunque ello significara pasarse toda una mañana limpiando los garabatos de la pared del pasillo (probablemente, también de varias habitaciones).

Les enseñaríamos a ser consecuentes con sus acciones y decisiones (y a manejarse con un estropajo).

Si alguno viniese con una herida en la rodilla, yo me pondría cardíaca, pero Helena aguantaría el tipo (como una buena profesional) y se encargaría de las tiritas y el yodo. Servidora se encargaría de la parte apoyo moral, soplido de heridas y sostenimiento de manos. Después, ya fuera de la vista de los niños, haría lo mismo con Helena, porque su fachada ya se habría derrumbado.

La cláusula más peliaguda de pactar fue la del apartado de los nombres. Yo quería ponérselos en orden alfabético, empezando por una letra escogida al azar. Helena no estaba muy por la labor. Estaba de acuerdo, sí, con el factor azar, pero no sobre el alfabeto. Su propuesta de método fue la de coger un libro a ciegas e inspirarnos en sus páginas. El ejemplo no estuvo muy acertado: a sus manos fue a parar un tratado de filosofía presocrática. Yo le dije que si les hacíamos esa putada a los niños, el día de mañana, o Filolao, o Heraclito, o Demócrito, Anaxímenes, Empédocles, Critias, Parménides o Jenófanes mismo (o todos a la vez, que era lo más probable) nos lo iban a hacer pagar. Y con creces. Además, había que pensar en el sector niñas y no

parecía haber muchas pensadoras femeninas entre los presocráticos. Para rematar, lo íbamos a tener crudo en el barrio cuando los llamáramos para que fuesen a merendar. Por todo ello, al final convinimos que aplicaríamos la máxima de «nosotras parimos, nosotras decidimos»: la candidata a desgarró vaginal escogería nombre en su turno correspondiente.

Pero teníamos aún algunos años por delante para terminar de tomar decisiones. Éramos muy jóvenes y estaban nuestras respectivas profesiones, que nos absorbían. La carretilla de niños estaba programada para iniciarse más adelante, e íbamos a ser la mejor familia del mundo. La más cuca, la más feliz, perfecta. Helena, los niños, yo.

Y fui y le reventé la cabeza al puto *tito* Romus. ¡*Bang!*, y adiós al zumo de naranja, los paseos hasta el lago, el cuento del conejito Bam Bam y las fotos para el carnet de la biblioteca.

Menuda mierda.

—Ni se te ocurra crecer, ¿de acuerdo? —le dije abruptamente a Grousho, señalándolo con el dedo—. Y si lo haces, procura al menos que no se te quede el corazón como un higo, maldita sea.

Pobre crío. Como no tuvo oportunidad de estar al tanto del atormentado periplo interior por mis ilusiones rotas, su consecuencia le provocó un patatús terrible y un sobresalto tal, que a punto estuvo de descacharrarse en pedacitos allí mismo. No era mi intención abrumarlo, pero era el proyecto de ser humano que tenía más a mano y en alguien debía verter toda esta sabiduría que arrastraba, ¿no? Dejar de crecer me parecía en ese momento la mejor de las soluciones para no joderse la vida. Quedarse en la eterna edad del amor, la curiosidad y las dudas, aunque acabaras metiéndote una dosis de Prozac. Mejor eso que alcohol de cuarenta y cinco grados. Que descubrir la cara amarga del amor. Que tu curiosidad te acabe arrastrando a una vida rota, y las dudas a no desear abrir los ojos a un nuevo día.

Quizás exageraba, lo sé. Todos teníamos derecho a nuestra oportunidad. A mí me había salido mal, puede que a Número Dos le fuese mejor. Que este ahora atolondrado preadolescente que temblaba como un flan ante el objeto de su adoración tuviera una vida plena, un corazón palpitante de amor correspondido y una vejez con mecedora doble en el porche.

Esperaba que sí. Por ahora me bastaba con lograr que no estallara de pura turbación. El pobre no tenía la culpa de mi zozobra emocional, así que, más calmada, le alargué mi plato, que él, como buen esclavo de amor, cogió sin

rechistar.

—Pero mientras tanto, ¿puedes llevar esto a la mesa, por favor? —le pedí, suavizando mi tono y acompañando mi petición con un casto besito en su frente.

Jamás he visto un tono carmesí tan rabioso en un ser humano, ni a una piel lograr ese color con tanta celeridad. Estoy segura de que su temperatura alcanzaría los 451 grados Fahrenheit en menos de cero coma dos segundos, así como que esa frente no vería una pastilla de jabón en mucho, mucho tiempo.

Qué poco cuesta hacer reventar de amor a alguien. Seguramente, Grousho no entendía nada. Pero el amor no necesita de la razón para someterse. Lo hace con tanta entrega y fervor como falta de cuestionamiento. ¿Que tu adorado amor te decía que no crecieras? Pues a frenar las hormonas del crecimiento, qué coño. ¿Ahora, que le llevaras el plato a la mesa? Pues se lo llevabas, sin problema. Detengo mi ciclo vital, cargo con un plato de brontosaurio asado, lo que tercié.

Cuando nos quedamos a solas, la mirada de Geppo era tan interrogante como perpleja.

—¿A qué ha venido eso, cabeza de chorlito?

Me encogí de hombros.

—No sé. Un poquito de sabiduría vital antes de comer.

—¿Sabiduría? —bufó, agachándose un momento para soplar las brasas—. Haz el favor de no volvérmelo más tarumba de lo que ya está, ¿vale? ¡Y no le digas que no crezca, joder! Sueño con el día que se larguen de casa desde que nacieron, no me fastidies el plan.

—Sí, triple *páter*.

Su gruñido fue escuchado varios metros más allá, donde el resto de la familia nos esperaba para acabar con la pantagruélica comida.

Al final, no fue un mal domingo. Quiero decir, no para ser el día que cerraba una semana asquerosa. Pese a las borracheras, los dolores de cabeza, los coños llenos de arena, los recuerdos que te arrancaban el aliento y la pérdida de la bandolera, tuvo un final más o menos decente: volví a casa con una buena remesa de galletas de canela. Hay que saber encontrar la felicidad en las pequeñas cosas. Y tampoco lo son tanto, pequeñas, al menos en significado. Porque las galletas de Alice iban más allá de un mero detalle de cortesía. Significaban que me tenía presente hasta el punto de dedicar parte de su, estoy segura, valiosísimo tiempo en hacerlas para mí. No sé si me las gané

por flacucha, por decir chumino en vez de coño o por aguantar toda la comida sin estampar mi ojerosa cara contra la chuleta de brontosaurio (la pobre Alice, ¡una vez más!, creyó la versión de la noche de vigilia por trabajo), pero la cuestión es que esos, en apariencia, simples dulces lograron darle a la semana un broche más cordial que áspero, y cuánto lo agradecí.

Sentaba bien saberse querida. Aunque en ese amor se mezclasen las regañinas, los peces muertos, la guarnición de verdura, la censura dialéctica y los púberes enamoriscados.

La vida, más o menos, también podía ser eso.

Pero esa vida me tenía reservada aún una sorpresa, la verdadera guinda a la semana. No hay paz para las desintegradas, ¿sabéis?

Al poco de regresar a casa recibí un mensaje de Caroline, las letras perfilándose con nitidez sobre el fondo de la pantalla del móvil. Un puñado de frases que me devolvieron de golpe al abismo emocional que había logrado encubrir bajo una montaña de chuletas descomunales y un puñado de canela azucarada:

*Imbécil de mis entretelas, ¿cuándo te vas a pasar a recoger tu bandolera?  
Te la dejaste aquí el jueves.*

*Dime que no llevas desde entonces sin cambiarte de bragas, POR FAVOR.*

Y entonces me eché a llorar.

## Siempre no es siempre siempre

*Varios meses atrás*

Sus manos cubren mis ojos. Qué bien huelen. Qué suaves. Qué bonitas.

Las manos suaves y bonitas descienden hacia mi cuello y la voz de su dueña, igualmente bonita y suave, me susurra, entre risas, que no se me ocurra abrir los ojos.

—No hagas trampa, ¿eh?

No pienso hacerla. Si ella me dice que no haga algo, no lo hago, claro que no. Me tengo por una chica medianamente lista y si el amor de mi vida me dice cosas como «Ven aquí», yo voy. Si es «Bésame», la beso. Si «Date la vuelta», me la doy.

Hoy cumplo veintiséis años y, aunque no fuese mi cumpleaños, si Helena me dice «Ven, bésame, date la vuelta», yo voy, la beso y me giro.

Y con eso ya sería un gran día.

Pero es mi cumpleaños y creo que Helena tiene algo más para mí que besos y caricias. Así que, obediente, me quedo con los ojos cerrados mientras sus manos continúan sin prisa su camino explorador, que solo se detiene cuando llega al nacimiento de mi garganta.

Ahí es cuando doy vía libre a mis escalofríos, que echan a correr sobre mi piel como tortuguitas recién nacidas en busca del mar. Me estremezco de anticipación cuando pregunto:

—¿Este es mi regalo?

La primera vez que Helena me tocó, pensé: *Joder*. Una mierda de pensamiento, lo sé, pero es que fue lo único que pudo procesar mi cerebro, sobrepasado por la avalancha de sensuales descargas que le llegaban de todas partes: de la piel, del cuero cabelludo, del estómago, la nuca, el pecho.

De ese punto específico, *ese*, de mi vientre.

Y eso que solo tocó el dorso de mi mano. Con la punta de los dedos. Helena rozó apenas mi piel con las yemas de sus dedos y yo pensé «Joder», mientras me deshacía por dentro y me electrizaba por fuera.

—¿Qué regalo sería ese? —replica ella en un susurro, acariciando el hueco

de mi garganta.

—Pues tú —digo, y me sale un tono que señala descaradamente: «¡Esta chica se está poniendo a cien, amigas y amigos!».

Es lo que pasa cuando te toca el amor de tu vida. Te fundes. Mueres. Renaces. Vives.

Eres.

Porque si ella fuera el regalo, si lo fueran sus besos, sus manos sobre mi piel, sería un gran, gran regalo; el mejor. Y aunque los tengo todos los días, sus labios, las yemas de sus dedos, nunca es suficiente. Jamás. Soy helenoadicta desde hace años, la drogodependiente más feliz sobre la Tierra, con la camello más generosa del planeta. Nunca me falta mi dosis diaria.

Mi narcotraficante particular se ríe. Sus manos también lo hacen cuando acarician la piel sobre el nacimiento de mi pecho.

—No, no soy yo, tonta —dice—. A mí me puedes tener cuando quieras —añade, deslizando un dedo en el canal entre mis senos.

—Prométemelo —suspiro, arqueándome ante su tacto—. Prométeme que será así.

Yo conocí a Helena con veinte años y tardé uno en convencerla de que tal vez estaría bien que pasara los siguientes sesenta o setenta conmigo. U ochenta, ya que nos poníamos. Aceptó. Desde entonces, besos, caricias, éxtasis, paseos, mañanas de cafés compartidos, alguna que otra pelea y reconciliaciones en las que estaban implicados gran parte de esos besos, caricias y éxtasis, es con lo que hemos estado ocupando los días.

Aún no lo sé, porque todavía no me lo ha dado, pero mi regalo para mi vigésimo sexto cumpleaños será una bandolera de piel con correa ajustable, cierre magnético de solapa y bolsillo interior. La misma bandolera de la que yo me había quedado prendada durante un viaje a Terracota un par de meses atrás. Esa que habíamos visto en un mercadillo de segunda mano y que tenía un arañazo en la solapa que reproducía con exactitud el trazo de la línea imaginaria entre Alioth, Alcor y Mizar y Alkaid, las estrellas que forman la cola de la constelación de la Osa Mayor.

La misma disposición, calcadita, que forman tres lunares en el brazo izquierdo de Helena.

—Alioth. Alcor y Mizar. Alkaid.

Le chifla que le recite los nombres de las estrellas cuando recorro con mis dedos las marcas en su piel. Que me incline sobre ella, toque el primer lunar,

susurre «Alioth», y la bese. Que toque el segundo, «Alcor y Mizar», y vuelva a besarla.

Cuando llego a Alkaid, es ella la que me besa a mí.

Yo me emocionaré ese día, cuando me dé mi regalo envuelto en papel de celulosa azul. Se me llenarán los ojos de lágrimas, a mí, la *poli*, la chica supuestamente dura. Se anegarán, y no tendrá nada que ver con el valor económico del objeto, en absoluto.

Lloraré porque Helena no solo se escabulló durante aquel viaje para volver al mercadillo y hacerse con la bandolera. No solo porque se las apañara para mantenerla oculta hasta el día de mi cumpleaños. No lloraré solo por eso. Lo haré, sobre todo, porque ese día de mis recién inaugurados veintiséis había algo más en su bolsillo interior.

Una nota de su puño y letra, que decía: «Sí, quiero».

—Pero si todavía no te he hecho la pregunta —le diré yo, entre lágrimas y risas.

Y ella sonreirá y dirá:

—Sea cual sea esa pregunta, sea cuando sea que me la hagas, esa será mi respuesta.

—¿Sea cual sea?

—Sea cual sea.

Y entonces yo la besaré, me lanzaré a su cuello y rodaremos por el suelo, y la bandolera quedará aplastada bajo nuestros cuerpos y habrá más besos, más caricias y más éxtasis.

Pero eso será después de que ella me dé su regalo.

—¿Que te prometa que será así, el qué? —pregunta, la premura en su respiración ya adivinándose tras las sílabas arrastradas.

Oh, sí. Mi Helena será mi droga, pero tal vez yo también tengo algún que otro efecto devastador sobre ella.

—Que siempre te tendré —digo, ahogando un gemido cuando la curva de su palma se llena con uno de mis pechos.

Noto la sonrisa en sus labios rozando mi nuca, al tiempo que lleva las manos alrededor de mi cintura y me cobija entre sus brazos.

—Claro que siempre me tendrás, Cat —susurra la chica de la Osa Mayor, estrechándome con fuerza entre sus brazos—. Siempre, siempre, siempre.

Pero no será así.

Y yo nunca llegaré a hacerle esa pregunta



## EL CAMINO DE SU PIEL. VERSIÓN EXTENDIDA

Era ella.

Y el mundo se detuvo. Dejé de escuchar los sonidos, de captar la luz mortecina del alumbrado, de sentir la brisa del mar sobre el que se mecía la vieja madera del embarcadero que sostenía mis ahora vacilantes pasos. Solo llegué a dar un par más antes de detenerme, paralizada, del mismo modo que habían quedado los sonidos, la luz, la brisa y el resto de sensaciones a mi alrededor. Sentí frío, brusco, pesado, nacido de una gélida ola que tomó el centro de mi pecho como punto de origen, expandiéndose por él en una serie de ondas concéntricas que llegaron hasta el último centímetro de mi ser.

Por el contrario, ella no parecía preocupada o en alerta, ni asustada. Solo esperaba a que yo me acercara, la espalda recostada indolente contra la valla de madera, los brazos cruzados, la mirada fija en mí y una socarrona sonrisa dibujada en su rostro.

Cuando lo hice, cuando me planté frente a ella y la miré a esos desconocidos ojos azules, no supe entonces si pegarle o besarla.

\*\*

*Tres meses atrás*

Debería hacerle caso a Caroline, la prudente y sapientísima Caroline, hacerle caso todas y cada una de las veces que se planta, con ojos cargados de reproche, ante el despojo que demasiado a menudo es servidora. Atender a su «Disponer de un solo hígado debería darte una pista de hasta qué punto puedes machacártelo, ¿no crees?», y evitar la renovación del #ModoResiduoOn en el que tanto empeño y dedicación estoy poniendo desde que abandoné Illica con el corazón en una maleta.

Pero, por supuesto, sus palabras apenas llegan a rozar la parte más racional de mi cerebro, parcela a la que cada vez le otorgo un lugar menos importante en mi vida. De todas formas, ¿qué sabrá ella? Al fin y al cabo, yo solo estoy poniendo a prueba la recién descubierta faceta milagrosa de mis órganos

vitales. Ya me habían partido el corazón y, sin embargo, seguía latiendo. ¿Qué importancia tendría, pues, reventarme el hígado?

Pero ni mi segregador de bilis ni el recuerdo de las reprimendas de Caroline eran, exactamente, la razón de mis preocupaciones esa mañana. Lo era, y de qué modo, una pelirroja de metro setenta, cuerpo de diosa y ojos verdes como el jade, que se empeñaba en poner a prueba mi igualmente prodigiosa capacidad de supervivencia a mi querida y puntual resaca. ¡Ay, cómo lamentaba ahora esa última docena y media (larga) de copas de la noche anterior! Definitivamente, debí haberle hecho caso a Mimí y volver a casa antes de empezar a confundir los taburetes con enanitos del bosque (que, en fin, creo que lo hice. Es más, me mortifica recordar que hubo un intento, bastante cerril por mi parte, de entablar conversación con uno de ellos. A las desmanteladas de la vida no deberían dejarnos salir solas de casa, cada vez lo tengo más claro).

Pero lo que también estaba claro era que, si hacía caso a todas las confidentes penales de mi vida (básicamente, y en un altísimo porcentaje, todas ellas encarnadas en forma de propietarias de tascas o camareras), no iba a hacer carrera como fracasada y, la verdad, todavía no estaba dispuesta a abandonar la mierda en la que se había convertido mi vida, con lo que me había costado arruinármela. Faltaría más.

Así, me aguantaría la resaca lo mejor que pudiera, a la vez que pondría todo mi empeño en convertir en procesos mentales razonables el confuso galimatías que salía de los, por otro lado, hermosos y turgentes labios de aquella pelirroja de cuerpo divino...

—Y aquí estoy. No sabía a quién acudir.

... cuya consulta estaba empezando con mal pie porque la detective privada que debía hacerse cargo de la misma, resacosa a más no poder, no tenía ni pajolera idea de qué coño iba.

No obstante, el moratón hábilmente disimulado con maquillaje que trataba de ocultar en su mejilla derecha bien podría darme una pista, junto a, por qué no, las palabras «novio» y «agresivo» que había llegado a captar en su exposición. Era una pena que no hubiera logrado quedarme también con su nombre, solo con sus piernas de infarto, así que carraspeé y me hice con el bloc de notas y un bolígrafo, adoptando un tono, esperaba, profesional.

—Empecemos por el principio, si no le importa —dije, dando golpecitos en el papel con la punta del bolígrafo—. Para valorar si me hago cargo de su

consulta debo tener todos los detalles, por pequeños que sean. ¿Le importa? —Ella, pobrecita mía, me lanzó un confiado gesto de conformidad—. ¿Nombre completo, por favor? —pedí, mientras pensaba que debía aumentar, desde ya y ad infinitum, la dosis de paracetamol.

Una chica como yo nunca tiene suficiente de esas cosas redonditas en su vida.

\*\*

Abrí una pizza congelada de espinacas y la metí en el horno. Mientras esperaba a que el culmen de mi pirámide nutricional estuviera listo, repasé las notas que había reunido de mi recientísima nueva consulta. Ojitos De Jade (con extra de Piernas De Infarto) había abandonado esa mañana mi despacho llevándose bajo el brazo el contrato que le aseguraba los servicios de Catherine S. Maynes, flamante detective privada de Océano, chica-con-pistola-para-todo y escolta. Y era esta última faceta, precisamente, cuyo servicio requería la pelirroja/ojitos/piernas en cuestión.

Una vez dejé atrás las brumas de la resaca y la fascinante conversación íntima con mi hígado pude por fin centrarme en la petición de mi nueva clienta. Su nombre era Antígona James, tenía veinticinco años y un novio la mar de bruto que confundía amor con dominación y romanticismo con sumisión (pero de los chungos, nada de un buen BDSM consensuado). A Antígona le había costado todo un año darse cuenta de que un puñetazo no era precisamente sinónimo de pasión, aunque en tamaño descubrimiento vital tuviera que ver (mucho y sobre todo) que la última paliza la hubiera enviado directa al hospital. Con esos datos en la mano (y en un par de sus costillas), Antígona había decidido por fin acabar con la relación.

El problema, al parecer, era que su ex no estaba nada de acuerdo con la unilateralidad de la decisión y andaba amenazándola. Y ahí era donde Catherine S. Maynes, flamante detective privada de Océano, chica-con-pistola-para-todo y escolta, entraba en escena. La señorita James buscaba alguien que la protegiera. Cuestión aparte de que la pobre hubiera ido a dar con alguien como yo, la pregunta era obligada:

—¿Ha acudido a la policía? ¿Ha pedido protección?

Sus cejas se contrajeron en un gesto incómodo.

—No voy a denunciarlo.

—¿Por qué?

«Miedo», dijo su mirada antes de que sus labios lo verbalizaran. Ahí estaba, trazado como una huella indeleble en el iris de sus ojos, en su huidiza trayectoria. Y, junto a él, su eterna compañera, la derrota. La capitulación. Y la comprendía, claro que la comprendía. A ella, a su miedo y a su derrota. Si eres mujer, si has tomado un mínimo de conciencia, sabes de cuántas formas este mundo te hace perder. Lo hace, por ejemplo, con cada una de las órdenes de alejamiento que se convierten en papel mojado, con cada fracaso de unos medios legales siempre insuficientes, desoladoramente frustrantes. Con cada víctima que se convierte en un frío número dentro de una aséptica estadística.

Sentí una instantánea pena por ella, teñida de empatía. Las perdedoras somos así de solidarias, que nadie diga nunca lo contrario.

—Joseph es... —vaciló—. Peligroso.

—Razón de más para denunciarlo —repliqué con suavidad.

Serían imperfectas, frustrantes e insuficientes, pero las armas que ofrecía la legalidad siempre eran preferibles a las del calibre cuarenta de la Glock de una escolta. Yo solo era una solución temporal y creía que la señorita James necesitaba pensar a largo plazo.

—No. —El miedo se intensificó en sus ojos y, casi al instante, el dolor lo substituyó—. Lo hice en una ocasión, lo denuncié. No sirvió de nada. Solo —bajó la voz y la mirada— para que me diera una nueva paliza y me advirtiera de que la próxima vez... —Dejó la conclusión en el aire y sacudió la cabeza, para a continuación mirarme con una fiereza más producto de la impotencia que de la rabia—. La ley no lo detendrá. ¿Cuánto tiempo cree que estará encerrado por una denuncia por agresión? ¿Y después? —Se inclinó, acercando su rostro al mío—. Irá a por mí. Y esta vez no serán un par de patadas. —Suspirando, regresó a su posición original, al tiempo que esbozaba un gesto huidizo—. Mire, sé que no está bien, pero solo quiero olvidarme de todo esto. Dejarlo atrás. Me voy de Océano, un amigo me ha encontrado trabajo en Terracota. Solo quiero empezar de nuevo en otra parte.

Ah, eso me sonaba. Era exactamente lo que yo había hecho tan solo hacía unos meses. Al parecer, Antígona y servidora teníamos algo más en común que haber sacado los dados perdedores: también habíamos optado por dejar atrás la vida que conocíamos, obligadas por las circunstancias. En su caso, por un cabrón cobarde que la trataba a patadas. En el mío, por uno al que le metí una bala en la cabeza. Pequeño detalle diferenciador sin importancia, salvo por el

hecho de que, realmente, mi cabrón cobarde particular no había tenido tanto que ver en mi huida hacia delante como la actitud de una mujer, Helena, que eligió la sangre de sus venas, sangre De Sants, por encima de la que hacía latir su corazón.

Partiéndome el mío con ello.

Pero no iba a sacar la caja de pañuelos para que Antígona y yo echáramos unas solidarias lágrimas de mujeres vapuleadas. No estaba del todo convencida con la opción que había elegido, pero tampoco iba a ejercer de voz de la conciencia de nadie. Antígona tenía derecho a gestionar su vida del modo que le pareciera y yo no tenía mucho que decir al respecto. Supongo que intuyó mis reticencias porque, adelantando una mano por encima de la mesa, atrapó la mía, al tiempo que sus ojos se humedecieron con las lágrimas que no parecía dispuesta a derramar.

—Por favor —susurró—. Quiero dejar todo esto atrás, empezar una nueva vida. Solo necesito protección hasta entonces. —Se mordió el labio inferior y la angustia se reflejó en su mirada—. ¿Me ayudarás? —preguntó, tuteándome.

La súplica en su tono no fue tan convincente como la aceptación por mi parte de que esa mujer tenía derecho a hacer lo que iba a hacer. En mi época de policía había conocido demasiados casos de mujeres muertas o malheridas a manos de sus maltratadores, y ni denuncias ni protección alguna habían podido evitarlo. Ella quería otra oportunidad.

¿Por qué no ayudarle a tenerla?

\*\*

Lo primero que hice cuando mi nueva clienta se marchó del despacho fue recopilar información sobre el ex. Habíamos quedado en que, además de acompañarla en sus salidas, pasaría también las noches en su casa. A Antígona le aterraba la idea de quedarse sola, ante la idea de que Joseph pudiera asaltarla allí y, desde luego, no era la única que contemplaba esa posibilidad. ¿Lo haría? ¿Llegaría hasta ese punto?

Para aclarar en lo posible esa duda eché mano de Gepponías Trull, un policía al que, fijate tú por dónde, le salvé la vida (por pura casualidad, pero eso no hacía falta que lo supiera. Con lo que a mí me gustaban no solo los perpetuos agradecidos sino las galletas de canela de sus igualmente agradecidas mujeres). Mi particular deudor vital me venía de perlas a la hora

de conseguir información. En este caso, averiguar hasta qué punto era un peligro el ex de Antígona.

—Hola, Geppo —dije en cuanto se puso al teléfono.

—¡Cabeza de chorlito! —replicó él—. ¿Cómo estás?

—Voy tirando.

—Ya veo. ¿Sigues empeñada en comprobar la teoría de la conservación de los cuerpos en vodka de cuarenta y cinco grados?

Salvarle la vida a alguien tiene estas cosas. Se asume la inherente amistad que algo así conlleva y los amigos, ya se sabe, piensan que tienen una especie de patente de corso para meter las narices donde habitualmente no lo haría un extraño. La próxima vez que tuviera la tentación de salvarle la vida a alguien me lo iba a pensar dos veces, lo juro. Aunque, en fin, Geppo no era excesivamente indiscreto. Sí, tenía conocimiento de mi «inclinación» por la copita de más, pero sus desvelos nunca pasaban de lo estrictamente superficial. Creo que intuía que una cosa era que servidora le hubiera salvado la vida y otra muy distinta que ello le permitiera entrar en la mía hasta el punto de interferir en mi autodestrucción. Geppo no lo aprobaba, pero sabía que debía darme cancha si no quería ver mi espalda corriendo en dirección contraria a su nariz.

—Mi particular legado a la ciencia, ya sabes —dije, zanjando el asunto—. Oye, tengo un nombre para ti. Un *comemierda* que se dedica a pegar a las mujeres. A una, en concreto.

—Pásamelo y veré qué encuentro.

Así de fácil, así de agradecido era el hombre. Acción, reacción.

Cuando tuve el informe en mi poder comprendí el miedo de Antígona. Joseph Nsar, veintinueve años, metro ochenta, pelirrojo, nariz aguileña, cicatriz en forma de media luna en la mejilla derecha, sin oficio conocido y con un historial kilométrico para tan tierna edad: hurto, allanamiento de morada, robo con violencia, conducción en estado de embriaguez, alteración del orden público, proxenetismo, narcotráfico y un largo, largo etcétera.

Coño, el yerno ideal de Cruella De Vil.

Al parecer, Nsar era un tipejo de la peor calaña, un chulito de playa que había ido escalando posiciones entre la morralla de los barrios bajos hasta hacerse con un puesto en el Clan de los Sinno, una poderosa organización criminal que se dedicaba a menesteres tan edificantes como el tráfico de drogas o el ajuste de cuentas, pasando por una ración de trata de blancas y una

pizca de blanqueo de dinero.

No era de extrañar que Antígona quisiera poner tierra de por medio, ni siquiera que no quisiera denunciarlo. Los Sinno tenían tentáculos en todo el país y más allá, y era probable que una nueva denuncia instigara al esbirro a darle una lección a su ex, estuviera donde estuviese.

*En fin, Cate, me dije, tras repasar toda la información y mientras sacaba del horno mi nutritiva pizza de espinacas. Será cuestión de andar con mucho cuidado.*

Y, sobre todo, con una ración extra del calibre cuarenta.

Por si acaso.

\*\*

No sé hasta qué punto me conocéis y, de hacerlo, cuántos de vosotros habréis apostado por que acabaría follando con la señorita James. Vale, supongo que todos o, en su defecto, una abrumadora mayoría. Lo sé, mi fama me precede. Es realmente terrible cumplir las expectativas, según sean estas, ¿verdad? Quiero decir, la niña se doctora en Neurocirugía porque mami y abuelita lo son y, oye, qué bonito, qué adecuado. La niña se folla a su clienta porque desde hace meses se tira a todo lo que se menea, menos. Menos bonito, menos adecuado.

Qué le vamos a hacer.

Pero yo no sé si un espectador ajeno también podría haber llegado a intuir que las cosas acabarían como lo hicieron. Me refiero a sin tener en cuenta la variable catemaynesiana de la querencia por la horizontalidad. Si ese extraño, con los datos en la mano (dos mujeres que se pasaban el día juntas, la una vapuleada emocional y físicamente, la otra, esencialmente descuadernada), podría haber anticipado que el resultado sería que acabarían consolándose la una a la otra del modo más básico que viene conociendo la Humanidad desde que se le ocurrió comprobar qué coño había al pie del árbol.

Sí, también lo sé. Estaba allí como profesional y esa debería haber sido la única vía en mi trato con Antígona. Sé que cualquier otra opción no solo era éticamente reprobable, sino también inaceptable, y lo contrario solo haría que me deslizara un peldaño más por la pendiente de mi desmantelamiento.

Que fue, justo, lo que ocurrió.

Ya ni siquiera sé por qué me molesto en aferrarme a espejismos pasados, la

verdad, porque servidora bastante asumido tiene que de la policía rigurosa, ética y decente que había sido hasta unos meses antes ya no quedaba ni rastro. Pero es lo que pasa, al parecer, cuando te meten la mano por el esófago y te arrancan las entrañas. Curiosamente, cambias. En mi caso, a mal. O, por expresarlo en palabras de Caroline, a imbécil de marca mayor (pronúnciese con cuatro emes, be mayúscula y ele en cursiva, por favor). Repito, qué le vamos a hacer. Sea como fuere, ella estaba allí, yo también, una cosa llevó a otra, una copa a dos, tres, a confidencias al abrigo de la noche, a vidas rotas y a la cama de Antígona, su piel, mi deseo, el suyo.

Nada que no fuese la pauta habitual en la Cate Maynes pos-Illica.

Había sido esa una noche como las anteriores. Las jornadas se habían caracterizado sobre todo por el tedio. Antígona no quería salir mucho de la casa porque temía encontrarse con su ex y nos pasábamos casi todo el día allí, ella a la espera de cerrar su vida en Océano y yo a la de no tener que hacer uso de la ración extra de balas y paracetamol que había metido en mi inseparable bandolera. El primer día no fue un problema, ya sabéis, el tiempo se pasa volando tratando de averiguar cuál de las misteriosas puertas dará acceso al baño y en qué armario de la cocina guarda el café tu anfitriona. Pero a partir de la hora veinticinco se cae en el riesgo de sucumbir ante una agónica falta de estímulos que, en mi caso, se agravaban, a) por no tener la preceptiva dosis de alcohol que llevarme a los labios y, b) por idéntica ausencia de mujeres para llevármelas al mismo sitio.

Y es que una se habitúa enseguida a las nuevas costumbres y la bella Océano me mostró desde un principio las inestimables ventajas de formar parte de su censo de habitantes. La ciudad tenía sus buenos sitios donde anclarse a una barra, sí, pero sobre todo, contaba con uno de los locales de ambiente para chicas (el Sappho, bendito sea su nombre) más fascinante y completo que había conocido, y cuyo mayor atractivo residía (nutrida y variopinta clientela bollera aparte) en la particularidad de su piso superior, que albergaba el que probablemente era el único cuarto oscuro para mujeres del país, del planeta y de la galaxia entera.

Sí, también lo sé. Convertir un local bollo en el epicentro de mi vida social dice tanto de mí como tan poco. Pero eso lo hace con la Cate que ahora soy, la Cate desmantelada, perdida y desolada. Para la de antes, la enamorada, feliz, estable y confiada, a la que aún no le habían arrancado las entrañas en forma de abandono, algo así solo habría orbitado en una esfera periférica, como una

espectadora ajena, un rumor lejano.

Pero la Cate de antes tenía a Helena. Y ella era todo su mundo. Perdido este, perdido todo. Lo que había pasado en Illica no solo me había roto el corazón, quebrado mi naturaleza y arrojado mi futuro al incierto abismo, sino que también me había hecho resurgir como un ser esencialmente adicto a las reparaciones exprés. ¿Que me moría de pena porque el recuerdo de la que había sido mi vida me ahogaba? *No problem*: un buen desatascador en forma de líquido ambarino envejecido en barrica de roble y, ¡zas!, agujero negro cubierto. ¿Que la nostalgia por la piel de Helena amenazaba con arrancarme la mía a tiras? Ahí estaba el maravilloso cuarto oscuro del Sappho para cubrir con un cuerpo desconocido el angustioso vacío que me había dejado aquel que una vez tuvo un único nombre para mí. ¿Que me habían contratado para proteger a una pobre mujer aterrada y debería limitarme a hacer mi trabajo y desaparecer? ¡*No problem*, hermana! Me acostaba con ella, me implicaba emocionalmente y Caroline añadía una eme más a su particular immmmBécil catemaynesiano.

Así que, ¿por qué no? Contábamos con lo necesario: ella, yo, el lugar, la ocasión. A falta de otros estímulos pasábamos el tiempo hablando, algo que no era tan normal en mí, que había experimentado en esos meses una especie de metamorfosis de animal social a animal a secas, con gruñidos incluidos. Pero Antígona tenía algo que lograba sacar de mi interior el ser humano con un futuro que una vez fui. Claro que, tal vez, tuviese algo que ver (o mucho. Sí, definitivamente, mucho) el *whisky* con el que empezamos a regar nuestras conversaciones.

Sí, lo sé, lo sé. Si no debería follarme a mi trabajo, tampoco debería beber mientras lo desempeño. Pero oye, si a eso vamos, tampoco mi corazón debería seguir latiendo y ahí estaba el muy hideputa, bombeando sangre tan campante. Pero bueno, la cuestión es que durante esos largos días (y noches) Antígona y yo establecimos una especie de puente emocional que cualquier espectador ajeno con un poco de intuición habría sabido que en breve pasaría a ser también físico (con conocimiento o no de mis lubricados hábitos).

No sé cuál de las dos empezó, lo juro, solo que una cosa llevó a la otra, la vida rota de Antígona se cruzó con la mía, su dolor con el de servidora y, de repente, tenía su boca sobre la mía.

No supe, no pude o no quise detenerme.

Ese primer beso me supo a pérdida. Su piel, a un camino sin destino. Y, sin

embargo, me adentré en él. Como venía sucediendo desde hacía meses, el mañana no existía, solo el ahora. Y el ahora era Antígona y su piel de terciopelo y sus cálidos labios y su deseo por mí.

Respondí a su beso devorando esa boca sin futuro como si no fuese a conocer ninguna más. Antígona gimió y durante un instante me aterró la posibilidad de hacerle daño, de una u otra forma, pero ella, tal vez intuyendo mi indecisión, me despojó de mi último átomo de conciencia respondiendo al beso con igual apetito, acercando mi cuerpo al suyo, tocándome con desesperación. Fue ese segundo beso el que deshizo cualquier reticencia, esas caricias las que me borraron del mundo. Yo ya no tenía pasado, ni un turbulento presente y ni pensar en un futuro con el que, de todos modos, hacía meses que ya no especulaba. La miré a los ojos y solo vi deseo, deseo y deseo. A veces, la vida puede ser muy simple. Sujeté, entonces, sus manos y las aparté de mi cuerpo, llevándolas a su espalda, mientras nos movía a ambas hacia el sofá.

Antígona se dejó caer en él, arrastrándome con ella. Caímos en un enredo de piernas y brazos, de anhelo desatado. En un momento dado ella tomó la iniciativa y maniobró para tumbarme boca arriba. Ahora era yo la que estaba a su merced. Regresé a sus ojos. Brillantes, sin miedo, por completo rendidos al deseo. Si algún rastro de duda quedaba en mí, se evaporó en ese instante. La insté a quitarse la camiseta y nos desnudamos entre besos y caricias desabridas, en el forcejeo de someternos la una a la otra como si solo hubiésemos esperado a ese momento para desterrar de nuestro interior todo aquello que lo lastraba.

En el instante en el que mi piel tocó la suya, perdí definitivamente de vista la realidad.

Me incorporé para llegar a su boca, pero ella tenía otros planes. Con un empujón volvió a tirarme sobre el sofá y se colocó sobre mí, apresando mis caderas entre sus piernas, al tiempo que retenía mis manos por encima de mi cabeza. Noté la cálida humedad de su sexo mojar mi vientre y gemí. Mi reacción provocó una sonrisa depredadora en su rostro, antes de empezar a beber de mis labios como si arrastrara una sed inextinguible. Su lengua pidió un permiso innecesario para explorar y mis gemidos se convirtieron en jadeos prisioneros de su boca. Elevé mi cuerpo para tratar de conseguir el mayor contacto posible, pero ella se movió para impedírmelo. Frustrada, la miré, y ella me devolvió una mirada tan cruda, tan hambrienta, que hizo que mi deseo

se disparara hasta lo imposible.

—Sí —fue lo único que dije, con voz estrangulada.

Antígona liberó entonces mis manos para sujetar mi cara y profundizar en un beso que se antojaba eterno, al tiempo que empezaba a mecerse sobre mi vientre. Intenté llevar una de mis manos a su sexo, pero ella me la apartó y, en el mismo movimiento, se desplazó y colocó la suya en el mío.

Oh, vaya si esa mujer sabía qué hacerle a una mujer, *vaya si sabía*. Tras una serie de caricias agónicas se inclinó sobre mí para apoderarse de nuevo de mi boca, al tiempo que hundía dos dedos en mi interior con muchísima delicadeza. A veces, es infinitamente mejor sin preaviso. Jadeé, arqueándome y perdiendo un par de aspiraciones, y ella, sin dejar de besarme, empezó a entrar y salir de mí, con un ritmo irregular, utilizando el talón de la mano para asegurarse mi excitación. Cuando ya me tenía a punto liberó mi boca y dobló los dedos dentro de mí, haciendo que la explosión se precipitara, sacudiéndome como un muñeco inarticulado, obligándome a jadear en busca de un oxígeno que me faltaba.

—Antígona... —susurré.

Ella se tomó un par de segundos para besar mis labios y después se echó junto a mí, con un hondo suspiro y, me di cuenta, temblando.

Eso encendió todas mis alarmas.

—¿Estás bien? —pregunté con un hilo de voz tan estremecido como falto de aliento.

De acuerdo, el polvo había sido explosivo y, aunque no tenía muy claro quién había empezado el juego de seducción, sí lo tenía de que había sido ella la que había dado el primer paso con su beso, pero, Catherine de las narices, immmmmBécil de marca mayor, coño con patas, borrachuza a una barra de bar adosada, Antígona también era una mujer con la autoestima probablemente por los suelos, recién salida de una relación plagada de abusos físicos y emocionales y con la confianza hecha trizas. ¡Y yo iba y me la tiraba! Bueno, estrictamente hablando, había sido ella la que se me había follado, pero vamos, que la situación no admitía paños calientes. De súbito, la realidad de lo que había ocurrido me golpeó de lleno. ¿Cómo no reconocer un comportamiento que a mí debería resultarme tan familiar como la imagen que me devolvía el espejo cada mañana? ¿Cómo no saber que, quizás, lo que estaba haciendo Antígona era buscar consuelo en el sexo, como yo misma llevaba haciendo desde hacía meses? Peor aún, ¿había sido ese sexo una

especie de ofrenda de gratitud a la persona que no solo la había escuchado sino que la protegía? ¿Habíamos tenido una especie de sexo terapéutico? La idea me revolvió el estómago. ¡Ay, madre!, pensé angustiada. ¡Que acabo de ser psicofollada! En vez de en un diván de piel con remaches de cobre había sido en un sofá de chenilla con pespuntos blancos, pero el polvo podría haber sido igualmente balsámico.

Puede que os parezca que tampoco había para tanto. A ver, follarse a todo el mundo, por mil y una razones, pero es que a mí me estaba entrando el remordimiento (tardío, sí, vale) por los condicionantes del asunto. Que yo supiera, Antígona era heterosexual (o, como mínimo, acababa de salir de una relación hetero), y ahora resulta que le echaba dedos a una mujer que no solo se había convertido en su única compañía en una situación de alto estrés sino que, para más inri, era su protectora. Evidentemente, Antígona debía de tener un lío emocional de espanto y ahí estábamos mi descerebrado coño y yo para enredarlo todo aún más.

Gemí, dándome una cachetada mental en toda regla. ¿Cómo podía haber cometido ese error? ¿Cómo había permitido que esa mujer añadiera una muesca más a su lista de errores? Maldije mi vida rota. Yo no debería ser así; esta que ahora soy no era la persona que tenía planeado ser. La Cate íntegra, vital, había dado paso a esta Cate errónea, insensata, hecha añicos. Y, probablemente, iba a terminar haciéndole daño a una persona que no se lo merecía.

¡Ay, como Caroline se enterara me iba a retirar la mayonesa de por vida!

—Perfectamente —susurró entonces ella, respondiendo a mi preocupación mientras pasaba un dedo por el hueco de mi garganta, al tiempo que buscaba mi cuello con sus labios.

Lo sé. No hace falta que me lo digáis ni que pongáis esa cara de reproche. Soy muy, pero que *muy* fácil. Lo reconozco. Desde que había dejado atrás la parte de persona íntegra y cabal, qué queréis que os diga, se me ponían los pezones como escarpas con cualquier cosita de nada. Una mujer excitada que acababa de follarme, un dedito en avanzadilla, unos labios que iban dejando una huella de pasión a su paso... Un horror, ¿eh? Así que, en efecto, ahí se acabaron todas mis cavilaciones, todos mis remordimientos, mis cachetadas mentales y demás gilipolleces. Cuando ese dedo encontró la areola de mi pecho y esos labios mi palpitante yugular; cuando el temblor del cuerpo de Antígona se convirtió en un susurro de lujuria y su piel en una ardiente ascua;

cuando la obligué a mirarme a los ojos y no vi en ellos más pérdida que los segundos que se desperdiciaban sin estar dentro de mí, y cuando asumí que todo mi galimatías interior no era más que eso, mi extraviada visión, y lo acepté, puede que probablemente me estuviera engañando (y, con ello, a ella también), pero, como ya he dicho, la vida a veces puede no solo parecer muy simple, sino serlo de verdad.

Me apoderé de su dedo, de sus labios, de su cuerpo, de su inmediato futuro entre esas cuatro paredes, y la hice mía con pasión, con ternura, con ganas, en silencio y gimiendo.

Fuese cual fuese la muesca que todo ello dejaría, ya era demasiado tarde.

Para ella. Para mí.

\*\*

A esa primera vez le siguieron muchas más. Qué os voy a contar. Había días que no salíamos para nada de la casa. Pedíamos comida a domicilio y yo llegué a batir el récord de llamadas perdidas de Carol en mi móvil. Entre aquella nube de sexo y deseo que nos mantenía desgajadas de la realidad me asaltaban ocasionales destellos de lucidez que me gritaban que debía detenerme, que no estaba bien, que ese no era el modo de hacer las cosas. Intenté decírselo, intenté desprenderme de sus besos, de su deseo, del mío. Decirle que en mí no había nada que ofrecer, que la palabra «mañana» no estaba prevista en el párrafo siguiente, que el mundo no se limitaba a esas cuatro paredes, y que no desaparecería por mucho que cerráramos los ojos.

Pero ella acallaba mis palabras con una mirada herida que me partía el alma. ¿Qué esperaba de mí? Sabía que hacía días que debería haberse ido a Terracota, todos sus asuntos en Océano debían de estar ya cerrados. Pero ella seguía aquí. ¿Por mí?

*Que no sea por mí*, rogaba. Pese a que había acabado por aceptar aquella confusa relación, y con ello todas las implicaciones emocionales resultantes, no perdía de vista que a Antígona ya le habían hecho daño suficiente. Yo había recalado en Océano con un lastre demasiado pesado como para volver a echarme a la mar sin ataduras y tampoco es que lo contemplara. Así, por muchas cosas que me unieran a esa mujer, yo no era su futuro ni ella el mío.

Pero siempre que intentaba sacar el tema, ella me miraba y mi alma salía volando por la ventana.

Hasta que una noche pronunció las palabras que no sabía si temía yo, ella o ambas, pero que estaban destinadas a ser pronunciadas.

—Me marcho pasado mañana —me dijo, acariciando mi cintura, abrazadas en la cama—. Y quiero hacer algo antes.

La miré. En el fondo de sus ojos leí el dolor, pero también la aceptación. Había tomado una decisión y era definitiva. Lo que yo sintiera al respecto sabía que no importaría. Así había sido desde un principio y no me costó demasiado asumirlo.

Quizás es que me estaba acostumbrando a dejar atrás cada vez más pedacitos de mí.

—Dime —le dije, intentando no hacer de aquello el drama al que podría estar abocado.

Antígona perfiló mi mandíbula con un dedo y una nube de pena cruzó su mirada.

—Antes quiero decirte que esto ha sido...

No la dejé continuar. ¿Para qué? Cogí su dedo y lo llevé a mis labios, besándolo. Me incliné e hice lo mismo con sus párpados. Y su boca. Y su cuello.

Yo no quería oírlo y ella no necesitaba decirlo.

—Está bien —susurré, zanjando la cuestión.

Besé de nuevo sus labios, besos marcados con el adiós que había estado siempre presente entre nosotras, y acaricié su mejilla antes de colocarme la coraza que nunca tendría que haberme quitado.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté, tratando de ocultar el estúpido temblor que timbraba mi voz.

Ella se mantuvo en silencio unos segundos, mirándome como si quisiera tallarme entre los pliegues de su iris. Esbozó a continuación una triste sonrisa y lo aceptó. Lo supe cuando cerró los ojos un instante y, al abrirlos, vi que llevaba en ellos su propia armadura.

—Voy a denunciarle —dijo con firmeza—. Voy a denunciar a ese cabrón.

—¿Estás segura? —inquirí, cogiendo su mano.

—Completamente —afirmó, mirándome sin vacilar.

Asentí. Una mujer que levantaba las rodillas del suelo. *Bien por ti, señorita James.*

—Conozco a un *poli* en la calle Pizco —dije sonriendo.

\*\*

La última vez que nos acostamos fue diferente, muy diferente. La Antígona que me folló esa ocasión no tenía casi nada que ver con la mujer cuya piel me había aprendido de memoria durante todos esos días. Y creo saber por qué. Habíamos estado por la mañana en la Comisaría, con Geppo, dando curso a la denuncia. Él se encargaría, además, de buscarle protección en Terracota. Aquello sería otro eslabón en la cadena que acabaría atrapando al mierdoso de Joseph. Antígona estaba feliz, creo que se había quitado un peso de encima, como si con ese paso recuperara parte de la dignidad que los golpes de ese cabrón le habían quitado. Estaba exultante, pero al mismo tiempo notaba en ella una corriente de pesadumbre por la inminente despedida. Habíamos pasado casi dos semanas juntas, prácticamente a solas, evadiéndonos a conciencia de un mundo que nos negábamos a que se colara entre las rendijas de la realidad, reconociéndonos no solo en nuestros cuerpos, sino en nuestras pérdidas. La conexión había ido más allá de lo puramente físico, pero ambas éramos conscientes de que se había acabado. Esa noche sería la última. Al día siguiente, Antígona se iría de Océano.

Los primeros pasos de esa despedida los dimos, ya con la noche caída, bebiendo, tras una frugal cena en la que nos habíamos tragado los adioses y las palabras solemnes. Una velada cargada de miradas y palabras no pronunciadas, aunque tampoco hacían falta. Había sido lo que había sido y ella se iría. No había nada más que decir.

Yo acababa de hacer la ronda habitual para asegurarme de que todo estuviera en orden. Sabía que tenía bastante que reprocharme a nivel profesional, pero por mucho que el alcohol o la lujuria calentaran mi sangre, había procurado mantener fuera de la ecuación el factor sorpresa. Gracias a Geppo sabía que Joseph no estaba en la ciudad, pero siempre existía la posibilidad de que decidiera regresar de modo inesperado para hacer visitas tan indeseadas como desagradables. Cuando le llegara la denuncia se iba a cabrear lo suyo, pero para entonces Antígona estaría lejos y bajo protección. Esa parte de su vida quedaría atrás y a la puerta cerrada tras su marcha solo le quedaba un último adiós. El nuestro.

Lo hicimos utilizando el lenguaje que nos había servido como interlocutor durante esos días. En un silencio tan cargado de palabras no pronunciadas como asumidas, la mano de Antígona rodeó mi cintura y me atrajo hacia ella.

Su beso fue lento, cálido, eterno. Se apropió de mis labios como lo haría toda buena conquistadora: convenciendo antes que venciendo.

Eran, lo sabía, besos con cuenta atrás. Un beso más, un segundo menos.

También sabía que tardaría en olvidarlos. Desde que había recalado en Océano me había acostado con tantas mujeres como mi libido y la ocasión me habían permitido. Todas habían sido sexo de una noche, en pareja, en grupo, anónimo o a cara descubierta. Con todas ellas apenas había intercambiado las palabras necesarias para certificar nuestra libre disposición e intención, y a todas ellas las había olvidado al día siguiente.

Con Antígona sabía que no sería así. Que podría querer olvidarla, pero que nunca lo lograría del todo. Que, pese a no haber llegado a rozar la parte más hundida de mi corazón, sí había dejado la huella suficiente como para que su sombra regresara a mí en el futuro.

Así pues, me rendí a ella, a su adiós y al espectro de su futuro recuerdo.

Cuando me liberó del beso se echó hacia atrás, alcanzando los vasos de *whisky* que habían sido rellenados en más de una ocasión esa noche, y me ofreció uno, al tiempo que levantaba el otro en una especie de brindis de despedida. Mirándonos a los ojos, los vaciamos hasta el fondo. Perdí de vista su mirada un instante, el lapso de tiempo que requirió dejar nuestros vasos sobre la mesa, y, cuando sus ojos volvieron a mí, lo vi. El brillo delator, el dolor del adiós agazapado en ellos. Quise decir algo, pero entonces ella volvió a besarme. Y cómo lo hizo. Su intensidad alcanzó todos mis sentidos, otorgándoles un nombre propio a cada uno, haciéndolos suyos. Fue como caer en una maraña de sensualidad pura. Sus besos y sus caricias me envolvieron en una desfallecida pesadez, que relajó tanto mis músculos como embotó mi razón.

Tal vez demasiado. Me sentía tan relajada, tan rendida, que tardé más de la cuenta en procesar el diminuto punto de alarma que se había activado en una zona remota de mi cerebro. Ese puntito tuvo que hacer un esfuerzo extra para entregar su mensaje, que empezaba a clarificarse en mi distraída cabeza como las líneas lacónicas y precisas de un telegrama: «Ruido apagado. Leve roce. Lugar indeterminado. ¿Dentro de la casa?». Esto último fue lo que hizo que mis ojos se abrieran de golpe y mi boca abandonara abruptamente el cálido refugio de la de Antígona.

—¿Qué? —me preguntó ella, echándose hacia atrás con una leve sombra de alarma en su mirada, probablemente producto de la que vibraba en la mía.

—He oído algo —dije con un repunte de autorreproche en mi voz, haciendo ademán de levantarme.

Con qué facilidad se me olvidaba a veces que en mi tarjeta ponía «Detective privada» y no «Entusiasta fornicadora», joder.

Antígona sonrió y me detuvo, colocando su mano sobre mi brazo.

—Gato —se limitó a decir.

—¿Gato? —repetí como una idiota, frunciendo el ceño.

—Gato —aseguró—. Le he oído maullar —explicó, atrapando mi barbilla para girar mi cabeza y obtener así toda mi atención.

Cuando usó la lengua para asegurársela, ni todos los gatos rondadores del mundo podrían haberme movido del sitio, os lo aseguro. Vale, soy una mierda de profesional, pero, ¡eh!, ¿no os lo había dicho ya?: Catherine S. Maynes, detective de segunda división, esa soy yo. Pero bueno, no era tanto eso como la información que tenía acerca de la ausencia de Joseph y... está bien, el *whisky* que ya llevaba en mis venas, que estaba empezando a afectarme de más, y el calentón en todo mi cuerpo. Lo admito. Soy lo que soy, lo que la vida ha hecho de mí. O, más bien, lo que yo le he permitido hacerme. Vale. Pero ni iba a cambiar eso esa noche ni, desde luego, filosofar sobre ello. Solo quería dejarme ir.

Los aplicados besos de Antígona me permitieron hacerlo, arrojaron mi dejadez, me dejé hacer, me permití un momento de autocompasión con esa Cate en la que me había convertido (y que a veces odiaba) y me rendí a la pleitesía del deseo de otra mujer, con la vana esperanza de que sirviera de bálsamo a mis propias heridas. Tal vez solo las curaría durante unas horas, pero me había acostumbrado a tener un futuro de tan solo un día como expectativa máxima. Hoy, aquí, ahora, Antígona era el nombre de ese bálsamo, así que todo estaría bien. Al menos, hoy. Aquí. Y ahora.

Ella me tocó sin dejar de mirarme a los ojos y con cada caricia, con cada movimiento, yo empecé a sentir que me ahogaba, que me perdía, que me fundía. Que podría haber amado a esa mujer si me lo hubiera podido permitir. Sus manos fueron luz sobre mi cuerpo y fue tan, tan delicada, que el orgasmo me llegó sin darme cuenta. El placer me sacudió de arriba abajo, me puso del revés, incineró mi sangre y mis sentidos y me dejó exhausta, postrada, perdida. Cuando rendí mi cabeza sobre su hombro Antígona me cobijó, llevando su mano a mi nuca para acariciarme. Besando mi sien, atemperó mi deriva con un débil susurro:

—Todo estará bien, Cate.

Quise creerla. Por ella y por mí. Quizás, egoístamente, sobre todo por mí. Otra mujer en mi vida que se me iba. Puede que yo jugara al sexo sin ataduras, pero creo que algo dentro de mí deseaba más.

Solo que todavía no podía permitírmelo y no sabía aún si algún día podría. Antígona tal vez intuyó esa necesidad, esa carencia, y quiso cubrirla con ternura y silencio. Me arropó entre sus brazos y besó mi cabeza. Me sentí cobijada, segura, y quizás solo durara el tiempo de ese abrazo, pero ese era todo el futuro que necesitaba en ese momento.

Aquí, ahora.

\*\*

Desperté con sus dedos dentro de mí. A ver, no iba a quejarme, desde luego. Pero a partir de ese momento iba a ver a otra Antígona. Durante esa última parte de la noche esa mujer dejó atrás la lenta danza de los besos agónicos, las miradas intensas y la ternura sexual. Hasta ese momento, en nuestra relación física no es que se hubiera mostrado tímida o pasiva, pero al parecer sí había estado sujetando algo que solo en esas horas iba a liberar por fin. Intuí la razón. *Esta es la Antígona*, parecía clamar su actitud, *que deberías haber conocido*. No la mujer derrotada por la infamia y la violencia, sino la libre y vital que era antes de eso. La mujer que nunca debería haber cambiado.

Sabía que detrás de esa liberación estaba el paso que había dado denunciando a su maltratador. Algo dentro de ella había echado a volar y eso no podrían quitárselo jamás.

No tuve mucho tiempo más para pensar en ello. Ella no me dejó, mostrando tanta disposición como ventaja a la hora de desviar mi atención a cuestiones más físicas. Mi cabeza todavía andaba transitando por ese impreciso umbral entre la vigilia y la plena consciencia. Normalmente no suelo ser tan desconsiderada con mis compañeras de cama, pero era más que evidente que me había quedado dormida entre sus brazos (*whisky* de malta, mal hecho, amigo) y lo más probable es que la pobre Antígona tuviera ciertas necesidades que precisara cubrir de forma inmediata. Por su forma de besarme y acariciarme antes de ser arropada por sus brazos, deduje que su índice de calentamiento global debía de estar ya en sus valores máximos, así que no era difícil hacerse a la idea de que el tiempo de descanso había acabado y tocaba

saltar al campo de nuevo. Me estaba costando despejarme, el alcohol me había afectado más de lo que creía, pero eso nunca había sido un impedimento para esta Cate que ahora era. Tocaba calzarse las botas. Estas últimas horas nos pertenecían y no estaba dispuesta a que nada interfiriera.

Ella, por lo que vi, tampoco. No se detuvo hasta que me corrí. No fue exactamente brusca, pero sí intransigente con su pretensión. Y a mí, a veces, qué queréis que os diga, me pierde el vicio de contemporizar con mis amados conciudadanos (muchísimo más en el caso de la variante femenina de los mismos, huelga decir). Esta en concreto no buscaba mi conformidad con un diagnóstico meteorológico mientras compartíamos fugaz encierro en un ascensor, sino que más bien iba por lo de «Qué buen orgasmo hace hoy, ¿eh?» y a mí, como he dicho, no me costaba nada darle la razón.

Benditos los pueblos que hallan la paz en el camino del entendimiento y la comprensión.

Pero era la segunda vez que Antígona me follaba y yo, ante todo, creía en la paridad. Así que traté de desembarazarme de mi embotamiento para practicar la igualdad entre los sexos. Concretamente, entre el suyo y el mío.

La desnudé. Se dejó hacer, impaciente, ansiosa. Su mirada era como la de una diosa que exige a su creación que le demuestre que ha merecido la pena invertir su divino tiempo en ella. De ningún modo quería decepcionarla. La acaricié. Mi boca simuló que jamás había saboreado sus pechos y se mostró muy convincente, porque enseguida arranqué un maravillado gemido de su dueña. Mordisqueé sus pezones con exquisito cuidado y ella empezó a buscarme, pero lo impedí obligándola a que se tumbara sobre el sofá. La cama, desde luego, habría sido más cómoda, pero tenía prisa por igualar el marcador, así que hice caso omiso a sus intentos y encajé una pierna entre sus muslos, maniobra que la contuvo los segundos necesarios para meter mi mano entre el encaje de nuestra carne, acariciándola. Lo hice hasta que se hizo agua entre mis dedos, que a continuación entraron en ella, tan dóciles como bienvenidos. Antígona se arqueó al recibirlos, clavando los suyos en mis brazos, al tiempo que un hondo gemido arrancaba desde su garganta para morir en la frontera de sus labios. Casi lo vi caer de su boca. Sus manos subieron entonces extraviadas hasta mi nuca, tirando de mí para que la besara. Detuve todo movimiento mientras lo hacía, pero ella empezó a balancearse, reclamando atención. Me eché hacia atrás, quebrando el beso, y me apliqué en follarla. No me gusta estar en deuda con nadie, ¿sabéis? Los Maynes somos

cumplidores por naturaleza.

La miré a los ojos mientras tanteaba su entrada con dos dedos más y ella asintió antes de cerrarlos y arquear el cuello en un ángulo imposible. Entré de nuevo en ella y Antígona llevó una mano a mi muñeca, aferrándomela, instándome a moverla con mayor rapidez. Cuánta impaciencia. Me detuve y, con la mano libre, aparté la suya, llevándola por encima de su cabeza. Me incliné y recorrí sus labios con mi lengua, antes de urgirle en un susurro:

—Las dos.

Obedeció. Llevó su otra mano atrás y apresé ambas con la mía. La besé y empecé a balancearme, muy suavemente, apenas un leve vaivén, dejando que mis dedos la llenaran. Mejor así, la prisa siempre es mala consejera. Su pecho empezó a henchirse con mayor plenitud cada vez, mientras gemía y acoplaba el movimiento de sus caderas al mío. Se mordió el labio inferior, mientras el arco de su cuello se tensaba cada vez más. Sonreí y aceleré mis movimientos. Éramos la cresta y el valle de una ola. Yo daba y ella recibía en un acoplamiento perfecto, maravilloso. Sentía que yo misma estaba a punto de correrme y solo esperaba aguantar hasta que ella lo hiciera primero, porque un tres a cero me parecía ya una total descortesía por mi parte. Así que precipité su orgasmo colocando el pulgar sobre su clítoris, masajeándolo, primero en círculos y después en rápidas caricias. Antígona, buena chica, se corrió con un prolongado gemido que precipitó mi propia liberación, derramándose como un bálsamo y uniéndose a la suya.

Satisfecha, me dejé caer sobre ella mientras escuchaba el acelerado latido de su corazón bombeando en mi oído, mezclándose con el mío. No duró mucho la tregua. Antígona parecía tener hambre y yo estar allí para saciarla.

Fue el principio de una noche agotadora, en la que Antígona pareció redescubrir mi cuerpo tanto como el suyo. Devorándolo a placer y ofreciéndolo en la misma medida.

Pero con la sombra del adiós en cada beso, caricia y gemido.

\*\*

Desperté a la mañana siguiente por el sonido de un fuerte golpe y haciendo exactamente lo mismo que cuando la noche acabó por rendirme: gemir. Pero en esta ocasión no era mi bendito coño el que me hacía clamar, sino la antipática de mi cabeza. Resacosa me he levantado, a ver, en los últimos meses... Bueno,

casi cada día (para qué perder el tiempo echando cuentas).

Aquella mañana no iba a ser menos.

De lo primero que fui consciente es de que saludaba al nuevo día con un sopor extraviado que mitigaba en parte el terrible dolor de cabeza producto de mi vieja amiga la resaca (si tuviera un perfil en Facebook, sería de esas que te agregan a su grupo sin pedirte permiso). Lo segundo, que una boca árida y seca como un desierto había venido a sustituir a la que había estado usando las dos primeras décadas y pico de mi vida, haciendo que la proyección de un simple vaso de agua superara en prodigio al «Veo cosas maravillosas» de Howard Carter ante la tumba de Tutankamón.

Lo tercero, que Antígona no estaba conmigo en la cama.

Ay, *Antígona*, pensé, haciendo un repaso a mi vapuleada anatomía. Había sido una noche intensísima, a veces tanteadora en cuanto a los límites, con una Antígona libre de cualquiera que fuese la atadura que la había estado reteniendo hasta entonces. Que me escociera el coño era (aparte de constituir mi cuarto descubrimiento del día) una nimiedad en comparación con lo que podría haber sido, dado lo que esa mujer me había hecho. Ni siquiera sabía cómo narices había llegado hasta la cama, porque lo último que recordaba era un sofá, una mujer desnuda sobre él y yo mi vez sobre ella.

Pero esta cuarta cosa en el inventario de Todo De Lo Que Cate Maynes Estaba Siendo Consciente Al Despertar no tenía ni punto de comparación con la que sabía aguardaba en algún puesto de esa lista. El adiós de Antígona. Hoy era el día en el que dejaría atrás Océano. Y a mí con la ciudad. Nada que objetar, no era en absoluto un final inesperado. Pero me levanté escocida, dolorida, resacosa y, sí, apesadumbrada. Antígona, para bien o para mal, me dejaría un rastro que, aunque por mi pasado podría ser como huella de pato en una de dinosaurio, sabía que siempre estaría ahí. Esperaba que la vida le sonriera y no pusiera más cabrones al alcance de sus huesos, pero algo me decía que la Antígona segura, directa y agresiva que se me mostró la noche anterior no iba a permitirlo.

Solo que no tendría ocasión de demostrárselo al mundo, porque la quinta y definitiva cosa de la que fui consciente esa maldita mañana de su adiós fue su cuerpo destripado sobre el suelo de la cocina.

\*\*

Fue como la peor de las pesadillas universales haciéndose realidad para convertirse en la peor de las pesadillas particulares. Durante mucho, mucho tiempo, recreé de forma obsesiva la secuencia que me llevó al espantoso descubrimiento, como si el hecho de reconstruirla al milímetro obrara el milagro de que el Tiempo revirtiera su paso y, con ello, los hechos acontecidos:

Despertar.

Ubicar.

Resaca.

Boca pastosa.

Beber.

Cocina.

*Horror.*

Y vuelta a empezar. El golpe que me había despertado, ¿acaso fue su cuerpo, cayendo a plomo? ¿Fue, durante el tiempo que perdí batallando entre una resaca y un adiós anunciado, que el atacante se ensañó con ella? ¿Malgasté un tiempo precioso, el tiempo de una vida?

Ni siquiera pude gritar. Ante la visión del cadáver perdí la voz, atrapada en un bucle de espantada incredulidad y, finalmente, pánico. Tardé un par de segundos en reaccionar y, cuando lo hice, solo sirvió para que, en mi desesperada precipitación por acercarme, resbalara con la sangre que empapaba el suelo. Caí de bruces sobre ella y, arrodillada, me acerqué, mientras en mi cabeza un deseo mudo nacía para saberse imposible. El cuerpo de Antígona, el hermoso cuerpo de esa mujer, yacía ensangrentado boca arriba y la impúdica apertura del salto de cama dejaba ver una horrible escisión en su vientre por la que asomaban los intestinos. Gemí, sintiendo una arcada, y busqué su rostro, sus ojos de jade ahora cubiertos por unos párpados teñidos de sangre. Empecé a sollozar, adelantando las manos para tocarla.

Y entonces mi cabeza estalló en un pozo de dolor y la oscuridad me tragó.

\*\*

—¿Catherine?

La voz me llegó desde lejos, desde muy, muy lejos. Yo era Catherine. Eso lo tenía claro. Yo era Catherine y a Catherine le dolía algo mucho. ¿*La cabeza*? Sí, la cabeza era parte de aquello que tanto le dolía a Catherine.

Pero dentro de ella había también algo que le dolía infinitamente más, un dolor sin base física.

Intenté concentrarme, pero la consciencia me esquivaba. *¿Estaba dormida?* Volví a escuchar mi nombre, esta vez pronunciado con un tono más perentorio. Intenté centrarme en esa voz. Había dicho «Catherine». La única persona que me llamaba así era Leng, pero siempre solía ir precedido del preceptivo «Mi queridísima» y jamás se olvidaba del Simone, por lo que la voz que insistía en sacarme del lugar al que se había ido mi consciencia no parecía ser la suya y no solo por eso, sino sobre todo porque esta en concreto no tenía nada que ver con la sibilante y cazallera de mi querida Leng.

—¿Catherine? Quiero que te despiertes.

*Lo intento*, quise decirle a Voz No Identificada. Pero mi cabeza parecía pesar un quintal. Y estaba todo ese dolor. Y esa furtiva sombra agazapada tras él, que me inquietaba. *¿Qué era, Cate?* No sabía la razón, pero intuía que mi consciencia tenía razones de peso para no regresar. Quizás, chica lista, no le apetecía nada encontrarse con lo que le aguardaba si lo hacía, si aceptaba salir a la luz, sacando con ello de la sombra aquello que tanto me inquietaba.

Una extraña caricia cortó todos mis pensamientos. No, no era una caricia. Lo que sentía estaba más cerca de un toqueo tentativo. El movimiento era tan cuidadoso como exploratorio. Y había algo raro en él. El tacto. Una extraña textura sobre mi piel. Conocía ese material. Látex. Alguien me estaba palpando cuidadosamente con unos guantes de goma. Parpadeé, la lucidez regresando a mí poco a poco.

Todo lo contrario de cómo lo hicieron, junto a ella, el dolor, la angustia y el horror.

—¡Antígona! —exclamé, abriendo bruscamente los ojos.

Encontré otro par, marrones, que acogieron mi doloroso despertar. Una desconocida de rostro serio me observaba con fijeza y cierta preocupación no exenta de amabilidad. Gemí cuando un foco de dolor instalado en la base de mi cráneo me recordó que esa parte de mi anatomía había sido golpeada.

—Tendrás que ir al hospital a que te hagan un chequeo —dijo Amable Ojos Marrones—. No parece grave, pero hay que asegurarse, sobre todo por la pérdida de conocimiento. —Hizo una pausa y aplicó un ritmo deliberadamente lento a sus siguientes palabras—. *¿Estás entendiendo lo que digo, Catherine?*

Cerré los ojos. Volví a abrirlos. Reprimí una arcada. La mujer de ojos color tierra era una paramédica y yo, no sabía por qué, estaba en el exterior de la

casa, tirada en el suelo, boca arriba. Hacía un sol radiante, sin una sola nube en el cielo. Un bonito día para pasear o sentarse en un banco del parque.

Pero no para morir.

Angustiada, miré a la mujer, que me colocaba con cuidado un collarín.

—¿Y Antígona? —susurré.

Ella me miró sin dejar de hacer su trabajo. Las guedejas castañas de su pelo rozaban sus hombros. Tenía una pequeña cicatriz en el labio superior. Es curioso cómo tu mente, en un estado de *shock*, es capaz de entretenerse con detalles tan nimios. Cicatrices diminutas. Cielos limpios.

Supervivencia pura, creo que le llaman. Mecanismos para solapar el dolor.

Debe de ser de las pocas ventajas de ser una especie racional.

—¿Quién es Antígona? —preguntó ella.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Una resbaló por mi rostro, cayendo sobre la tierra cobriza.

—¿Cate?

El cuerpo acuclillado de Geppo, con una expresión de intenso alivio en ese cuadrado rostro suyo, entró en ese momento en mi campo de visión.

—Geppo —musité, redoblando mis lágrimas.

—Tranquila. Te pondrás bien. —Posó una mano sobre el hombro de la paramédica—. Cara se encargará de ti.

Un manto de angustia se expandió por todo mi pecho, arrancándome un sonido mezcla de sollozo y gemido. Intenté incorporarme, pero la paramédica me lo impidió colocando con suavidad una mano sobre mí.

—Quédate tumbada. Voy a pedir la camilla —dijo, alejándose.

Geppo ocupó su lugar, observándome con cautela.

—Sé que debes de encontrarte fatal, Cate —dijo—, pero necesito saber qué ha pasado.

Volví a intentar incorporarme, pero él me lo impidió.

—Yo no desobedecería a Cara. Te han dado un buen golpe.

—¿Por qué estoy fuera?

—¿Fuera?

—De la casa.

Él se encogió de hombros.

—Te hemos encontrado aquí.

No recordaba haber salido. Me llevé una mano a la cabeza. La sentía como si alguien la estuviera aplastando, como si fuese un marinero dentro de un

submarino que hubiera descendido a demasiada profundidad. Hacía un día radiante y a Antígona la habían destripado. Empecé a sollozar.

Geppo me acarició el brazo y cogió mi mano.

—Eh, cabeza de chorlito, venga. —Me dio unos golpecitos en el dorso de la mano con las yemas de los dedos—. Te pondrás bien.

Dios, qué torpe era el pobre. Pero agradecí su buena voluntad, pese al escaso consuelo. Redoblé mi llanto. Los espasmos agitaron mi cuerpo y sentí arcadas cuando el movimiento activó un agudo dolor en mi cabeza. Geppo siguió dándome palmaditas de ánimo, como si fuese la nonagenaria matriarca de un clan repartiendo sosiego antes de pedir las sales. Un par de técnicos de ambulancia se acercaron con una camilla y empecé a percibir con mayor claridad lo que había a mi alrededor. Mujeres y hombres de uniforme moviéndose de aquí para allá. Vehículos de emergencia. Cintas amarillas delimitando la zona. Curiosos móviles en mano agolpados tras ellas.

—Antígona... —musité.

—¿Antígona? —preguntó Geppo, frunciendo el ceño—. ¿Antígona James, tu cliente? ¿Qué pasa con ella?

Le miré, estupefacta, liberando mi mano de sus dedos.

—Joder, ¿qué coño va a pasar? —dije, apretando los dientes y cerrando los ojos.

—Un momento. —Escuché que pedía, seguramente deteniendo la maniobra de subirme a la camilla—. Cate, ¿estaba Antígona en la casa? —preguntó con calma, si bien teñida de intensidad.

*¿Por qué coño me hacía esa pregunta?*

—El cuerpo... —balbuceé, abriendo de nuevo los ojos.

—¿Qué cuerpo?

—Antígona.

Geppo me miró con cara de circunstancias.

—No hay ningún cuerpo, Cate.

\*\*

El cadáver de Antígona había desaparecido. Cuando Geppo y la primera ambulancia llegaron no había cuerpo, solo un inmenso charco de sangre y un reguero que evidenciaba que algo había sido arrastrado. Yo estaba inconsciente en el suelo, fuera de la casa, con el móvil todavía en la mano y

manchada de la sangre de Antígona. Al parecer, había recobrado el conocimiento el tiempo suficiente para llamar a Geppo y balbucear unas incoherentes palabras que incluían los vocablos «asesinato» y «*joderGeppojoder*», antes de alcanzar el exterior y volver a caer redonda.

Ahora llevaba toda la mañana en el hospital, ingresada a la espera de que la hinchazón de mi cráneo remitiese; dolorida, mareada y hundida anímicamente, espantada por la brutalidad del asesinato de Antígona y aturdida por el descubrimiento de la desaparición de su cuerpo. Geppo, que me acompañaba, me había interrogado, pero solo pude decirle lo que sabía, que la última vez que había visto a la desdichada Antígona estaba tirada en el suelo de la cocina abierta en canal, y lo que intuía, que había sido Joseph Nsar, el pelirrojo hideputa de la cicatriz en forma de media luna.

—¿Y si todavía estaba viva, Geppo? —Sabía que era prácticamente imposible, dada la gravedad de la herida, pero mi angustia y desesperación eran superiores a mi raciocinio.

Él me miró con compasión.

—El forense ha dicho que la cantidad de sangre encontrada es incompatible con la vida, Cate.

—¿Cómo coño pudo saber que ella le había denunciado? —inquirí, tan llena de rabia como de desesperación, los dos ángulos, junto al dolor, sobre los que pivotaba mi ánimo desde que había recobrado el conocimiento—. ¡Estuvimos ayer en Comisaría! No hubo tiempo material a que le llegara la notificación. —Geppo, a mi lado, torció el gesto, pero permaneció en silencio—. ¿Puedes explicar eso? ¿Eh? ¿Cómo lo supo?

—No lo sé, Cate.

—Alguien tuvo que darle el aviso de forma extraoficial.

—No saquemos conclusiones precipitadas —replicó él muy serio.

—¿Precipitadas? Alguien de dentro tiene que haberle avisado, Geppo, es la única explicación.

La comisura de su boca se curvó en un gesto de desagrado.

—Eso que dices es muy grave.

—¡Y tanto que lo es, joder! Tiene a alguien dentro, maldita sea —insistí con rabia.

Me llevé las manos a la cabeza. Tanta agitación no le estaba sentando nada bien a mi contusión craneal.

—Eso no lo sabes. La denuncia entró en el sistema y no hay forma de saber

en qué eslabón de la cadena pudo estar el fallo. De existir, claro —puntualizó.

Le miré, tan derrotada como perdida, y dejé caer los brazos, sintiéndome súbitamente débil.

—¿Qué más da? —musité—. La culpa es mía y solo mía. ¡Tenía que protegerla y estaba durmiendo la mona! —Me cubrí la cara con las manos y empecé a sollozar—. ¿Qué he hecho, Geppo? —me lamenté.

—Tú, nada —replicó—. Esto no es culpa tuya. No lo es en absoluto.

—¿No? —Palmeé con furia la cama en la que me hallaba postrada—. ¡Yo debía protegerla, Geppo, protegerla! ¡Confió en mí!

Jamás podría volver a mirar a la cara a nadie. Nunca. En mi vida volvería a sentirme decente, limpia, a pensar que algún día todo volvería a merecer la pena. Antígona estaba muerta, yo la había matado. Durante todas esas horas la idea se había enquistado dentro de mí, supurando reproches y amargura. El ruido que había escuchado, el leve roce, lo que Antígona había dicho que era un gato, ¿sería...?

Pero no, era absurdo, porque si se hubiese tratado de Joseph, ¿por qué esperar, por qué no hacerlo en ese momento? ¿Mi presencia le había obligado a ser cauto? ¿Se había pasado el resto de la noche escondido dentro de la casa esperando atacar a Antígona? ¿Y por qué hacerlo estando despierta? Si había estado allí toda la noche, ¿por qué no aprovechar que estaba dormida y agredirla en su habitación?

No tenía ningún sentido. Sin embargo, yo estaba ya más allá de toda lógica o racionalidad. Es más, empezaba a deslizarme hacia el lado más oscuro. Cuando se rompe a una mujer rota no hay pedazos suficientes para recomponer la figura, y te duelen todos y cada uno de ellos. La oleada de autodesprecio que sentía repuntó con tanta fuerza que empecé a temblar de forma violenta.

Geppo, con un rictus de preocupación, se precipitó a sujetarme.

—Cate, vas a hacerte daño. Cálmate, por favor.

Pero no podía. La culpa es tan incommovible como imparabile cuando decide presentarse. Y tanto como era ambas cosas lo era también en su grado de enajenación. Con un brusco tirón me libré del agarre de Geppo, al tiempo que, arrancando la vía clavada en el dorso de mi mano, saltaba de la cama. Con un grito de rabia, pateé la mesilla que había junto a ella.

No fue una buena idea. El pie descalzo impactó contra el metal, e inmediatamente una corriente de dolor recorrió el resto de mi cuerpo. Eso retroalimentó mi furia, y si Geppo no llega a detenerme, encerrándome en el

cercos de sus brazos, creo que habría empezado a golpear la pared.

—¡Cate! ¡Cálmate!

No lo hice, todo lo contrario. Agitándome sin control, le exigí a gritos que me soltara.

—¿Qué ocurre aquí?

Reconocí la voz antes que a su dueña. Era Cara, la paramédica que me había atendido en el lugar del crimen. Debía de estar acostumbrada a ver cosas así, porque ni se inmutó. Haciéndose cargo de la situación con rapidez, salió de la habitación en silencio, regresando al poco con una jeringuilla cargada con un líquido cristalino.

—¡Si me tocas, te mato! —la amenacé, revolviéndome cuando se acercó para cogerme el brazo.

Y de verdad os juro que si Geppo no me hubiese tenido atrapada como un conejo en un cepo de carne habría pateado a esa pobre mujer sin pestañear.

—Tranquila, Catherine —replicó ella con calma, haciéndose con mi brazo e inyectándose con celeridad el contenido de la jeringuilla.

No sé qué coño llevaría eso, pero su efecto fue inmediato. Mis rodillas se hicieron de gelatina y Geppo reconvirtió la cárcel de sus brazos en un lecho, en el que me recogió para a continuación meterme de nuevo en la cama.

Me deslicé casi al instante en un bendito pozo de nada.

\*\*

—¿Estás despierta?

Abrí los ojos con dificultad. Estaba oscuro, salvo por la tenue luz de la lamparilla adosada a la pared sobre la cabecera de la cama. Tardé varios segundos en recordar dónde estaba. Por qué. Pero menos en hacerlo con la dueña de la silueta que se recortaba sobre la débil luz, sentada en el sillón junto a la cama. *Mira, pensé. Me deben de haber rifado y le ha tocado a la castaña de la cicatriz. Qué suerte la suya.*

Carraspeé con dificultad. Sentía la boca pastosa y la garganta seca.

—¿Quieres beber? —preguntó Cara.

Me acercó un vaso de agua, del que bebí con ganas. Dejé caer de nuevo la cabeza sobre la almohada y miré a mi acompañante. Debía de rondar los treinta y pocos y junto a ese pelo castaño y la pequeña cicatriz en la barbilla había una expresión de preocupada solicitud.

—¿Qué coño haces aquí? —grazné.

Ah, sí. Mi madre crio a un dechado de educación y saber estar, como comprobaréis. Sin embargo, a ella no pareció molestarle mi insolencia.

Desde luego, esa mujer parecía estar hecha a prueba de gilipollas.

—Conozco a Geppo, y antes de irse me ha pedido que te echara un vistazo de vez en cuando.

—Una buena samaritana, estupendo —rezongué—. Pues te libero de tus obligaciones, hermana. Puedes marchar en paz.

—Como quieras. —Se levantó con tranquilidad, colocándose la chaqueta del uniforme—. Te has roto dos dedos del pie —me informó, con tanta calma como parecía aceptar que la echara con cajas destempladas.

—Me importa una mierda —dije.

Ella detuvo sus movimientos, lanzándome una mirada que no supe si era de reproche o lástima.

Probablemente, las dos cosas.

—Oye —dijo con suavidad, acercándose y colocando una mano sobre mi brazo. Hasta yo me sorprendí de no quitársela de ahí de un mordisco—. Sé que hoy has tenido un día terrible y lo lamento, pero hay gente que se preocupa por ti. Geppo me llama cada poco preguntando.

—Cree que le salvé la vida, se siente agradecido —mascullé.

—Ah, tú eres la de la bala en el culo. —Sonrió—. La heroína de los trillizos.

—No soy nada de eso —musité, notando una súbita bola de congoja creciendo en mi pecho.

Oh, mierda, iba a llorar otra vez. Joder, qué frágil se te pone el alma cuando estás hundida, dolorida y unos ojos verdes te miran fijamente desde alguna parte dentro de ti. Yo no había sido una puta heroína para Antígona, maldita sea, no lo había sido. Todo lo contrario. Probablemente había muerto por mi culpa, porque no hice bien mi trabajo, porque soy un despojo, un asco de detective, de chica-con-pistola-para-todo, de escolta y de ser humano.

*¡Mierda!* Los sollozos empezaron a agitarme, y antes de darme cuenta estaba llorando como una cría.

—Está bien, Catherine —susurró Cara, sentándose en la cama y abrazándome—. Está bien.

\*\*

Cinco semanas después, todo había acabado. No mi cólera ni mis remordimientos, que seguían bien presentes, sino en lo que concernía al caso de Antígona.

Joseph Nsar salió impune de su asesinato. Pese a todas las sospechas, el *comemierda* hideputa se iba a librar. No había ni una sola prueba física en el escenario que lo implicara. La única que se había hallado (la huella de un zapato de la talla cuarenta y seis, el número que calzaba Joseph, impresa en el rastro de sangre que dejó el cuerpo al ser arrastrado) no había sido concluyente. No había fibras ni huellas dactilares ni ningún otro resto que le señalara. La principal fuente de pruebas que podría haber sido el cuerpo había desaparecido y, además, tenía coartada: se encontraba fuera de la ciudad en el momento del crimen. Sus testigos, sus fiables camaradas del Clan.

—Eso no es más que una completa mierda, Geppo —dije, apretando los dientes cuando me convocó en Pizco para decirme que el caso pasaba a estar en *stand by*—. Tú sabes y yo sé que ese cabrón la mató.

—Puede, Cate. Pero sin pruebas... —Cerró la frase con un encogimiento de hombros.

Me llevé las manos a la cara, frustrada. Durante esas cinco semanas había mantenido una férrea disciplina en todo lo que implicara hundirme en mi particular pozo de remordimientos. Recordar a Antígona viva. Recordarla muerta. Beber. Beber. Beber. Recordar a Antígona viva. Recordarla muerta. Beber. Beber. Beber...

Jamás me perdonaría lo que había ocurrido y solo aguantaba más o menos en pie porque tenía un objetivo metido entre ceja y ceja.

—Voy a cogerle. Quiero ver a ese cabrón pagando por lo que le hizo.

Geppo sacudió la cabeza con desánimo.

—Cate, de verdad que lo siento, pero... —Con un suspiro de frustración abrió el expediente del caso—. Las huellas de neumáticos no se corresponden con ningún vehículo a su nombre. No he encontrado otras denuncias de Antígona contra él, ni nada que la relacione mínimamente con ese tío. ¡Ni siquiera he encontrado partes de agresiones!

Le miré con fijeza, colocando la mano sobre el expediente.

—Los médicos de Urgencias están obligados a denunciar cualquier sospecha de agresión y tú lo sabes, Geppo, es el protocolo —dije, apretando los dientes.

Él me miró a su vez. Había tanta pena como preocupación en su mirada. Yo había perdido peso durante esas semanas, oscuras bolsas bajo mis ojos evidenciaban mi recurrente insomnio, y en mi alimentación había bajado escandalosamente el porcentaje de sólidos, prácticamente subsistiendo a base de líquidos de alta graduación.

No sé si alguna vez os habéis sentido mal por algo, tal vez por dejar morir la planta que un amigo dejó a vuestro cargo o porque atropellasteis por error al cachorro de vuestra sobrina favorita. Pero ni todas las plantas mustias del mundo ni todos los *microchuchos* en el paraíso perruno tenían comparación con saberse culpable de la muerte de otro ser humano. De la persona que confió en ti para que la protegieras. De alguien, además, de quien tuviste sus besos, acarició tu piel y sentiste su corazón latir acelerado al compás del tuyo.

Pero por mucho sentimiento de culpa que arrastrara, no era suficiente para hacer brotar de la nada las pruebas que condujeran a la detención que podría haber mitigado mi dolor y mi remordimiento. Geppo sabía muy bien hacia dónde apuntaban mis sospechas.

—Cate, ya le hemos dado mil vueltas a eso —bajó el tono de voz—. No tenemos pruebas de que haya un soplón en la Comisaría.

—Pero encaja, Geppo, joder, encaja —insistí—. El topo avisó a Joseph y también hizo desaparecer los partes de los hospitales y otras denuncias, para evitar que hubiera algo que lo relacionara con ella.

—Para ya con eso, Cate. Lo siento mucho, el caso no está todavía cerrado, pero si no aparecen nuevas pistas no hay nada que hacer. Yo también quiero coger a ese cerdo, nada me gustaría más. —Su puño se cerró en un gesto de crispación—. ¿Sabes cuál fue su reacción cuando le mencionamos a Antígona? Primero negó conocer a nadie con ese nombre y cuando le planté su fotografía, la miró y, sonriendo, dijo: «Una pelirroja de ojos verdes preciosa». Ya está. No dijo nada más. Era todo lo que tenía que decir al respecto y lo sabía. Sabía que no teníamos nada firme contra él.

Me masajé la cara, sintiendo el vacío de la desesperación. Hasta en eso iba a fallarle a Antígona. Alargué la mano y cogí el informe, sacando la copia de la fotografía del carné de conducir. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Era la única imagen que tenía de ella, en la casa no quedaba ningún rastro suyo, ya lo había empaquetado y enviado todo a Terracota.

—¿Puedo quedármelo unos días? —pedí, señalando la carpeta.

Él se mostró reticente.

—Cate, esto no te está haciendo ningún bien. Ya no se puede hacer nada. Intenta olvidarlo, por favor. Tienes que pasar página.

Eso era como pedirle al sol que hiciera el favor de no iluminar. ¿No sabía este hombre quién era yo? Cate *Arrastrapenas* Maynes, ni más ni menos.

Pasé el pulgar por la cara de Antígona.

—Por favor —pedí en voz baja.

Él resopló, asintiendo, aunque a regañadientes, no tanto convencido como cauteloso, temiendo activar el explosivo botoncito rojo cuya existencia había estado mostrando al resto del mundo desde que todo había ocurrido. Desde entonces se me había puesto el alma en modo perro, me había convertido en alguien prácticamente intratable, dedicándome a morder la mano de todo el que osara ponerla al alcance de mi desolación disfrazada de rabia. Nada ni nadie me procuraba consuelo. Me había alejado de todas las personas que conocía, incluso de la pobre Caroline, que solo me había ofrecido su cariño. Un par de semanas atrás habíamos tenido una agria discusión por el tema de mi querencia a ahogar penas en alcohol (algo que se había hiperbolizado por el asesinato de Antígona) y desde entonces no nos habíamos vuelto a ver.

No fue la única que desapareció de mi radar. Había decidido cortar todo contacto, porque no soportaba mirarles a la cara. Una persona, una mujer joven y preciosa, había muerto por mi culpa. Estaba avergonzada, desquiciada y me despreciaba todavía más por el hecho de no saber hallar otra reacción que recurrir al alcohol.

Pero yo era como una rata en un laberinto sin queso. No hacía más que dar vueltas y vueltas en el mismo sitio, sin encontrar respuesta ni salida.

—A veces desearía que ese cabrón me hubiese matado a mí también —musité, mirándole—. ¿Por qué no lo hizo?

Él tocó mi mano con la punta de los dedos en un gesto de consuelo. Como empezase con las palmaditas...

—No digas eso, por favor. Mira, ¿por qué no te vienes unos días a casa? Alice y los niños estarán encantados de tenerte por allí.

Fruncí los labios. Ah, no, la autocompasión era una cosa, y otra muy distinta la ajena. Eso era algo que llevaba fatal. Desde que mi vida había saltado por los aires había sido incapaz de pedir ayuda, pero es que, cuando me la ofrecían, la rechazaba sin más. Buena era yo para hacer las cosas medianamente bien, vamos.

—¿De verdad quieres que tus hijos traten conmigo? —dije, levantándome

con brusquedad y metiendo el informe en la bandolera.

—Cate, por favor, quítate ya de la cabeza ese sentimiento de culpa. No es fácil, pero así solo conseguirás darte de cabezazos contra la pared, sin llegar a ninguna parte. Y tienes que cuidarte un poquito más, ¿vale? Sé que has estado bebiendo más de lo habitual y...

—No necesito ninguna jodida niñera —le espeté con crudeza—. ¿Por qué no me dejáis todos en paz de una vez?

—Porque te queremos —replicó con suavidad.

*Joder.* Si no aceptaba la compasión, muchísimo menos el cariño. Ya no sabía qué hacer con él. Prefería mil veces una patada en el hígado, contra eso sí podía defenderme.

Así que reaccioné del único modo que sabía desde que me había dejado el corazón a mil quinientos kilómetros de distancia.

—No necesito el puto amor de nadie. Por mí os lo podéis meter donde os quepa.

Y así, toda elegancia y saber estar, salí de la Comisaría, dejando atrás a la única persona en Océano con la que todavía no había cortado amarras en mi angustiada huida hacia la nada.

\*\*

Pero hasta en eso me equivocaba. Sí, había logrado poner distancia entre la cáscara colérica y errante que era yo desde la muerte de Antígona y el resto de la Humanidad, pero solo lo había logrado, al parecer, con aquellos con los que servidora ya tenía cierto rodaje. Y digo al parecer porque, según todos los indicios, con los semidesconocidos el asunto parecía no ir con ellos.

Como bien pude comprobar esa misma noche. Creía haber encontrado el peor barucho de mala muerte al que ir a ahogar mis penas de forma anónima y discreta, pero estaba claro que una ya no podía ser una ruina humana sin que viniera alguien a meter las narices en tu podredumbre, maldita sea la puñetera aldea global.

—Catherine.

—Mierda —gruñí, captando de reojo la figura castaña y esbelta que se acomodaba a mi lado en la barra.

Me bebí de golpe el contenido del vaso, ron, a palo seco. Inútil, la figura castaña y esbelta no desapareció. No lo intentéis en vuestras casas. No

funciona una puta mierda.

—Buen saque —dijo Cara.

—Déjame en paz —repliqué, arrastrando la zeta, mientras le hacía una seña al camarero para que me sirviera otra ronda. Me giré hacia ella—. ¿Se puede saber qué coño haces aquí? —Guiñé los ojos, indecisa—. ¿O eres una alucinación?

—Si sigues bebiendo así —replicó, observando la copa vacía—, no me extrañaría que las tuvieras.

La miré con curiosidad. Era guapa, a su manera. Una belleza más basada en la personalidad que irradiaba que en lo puramente físico. No la había vuelto a ver desde aquel día en el hospital, pero había estado pensando en ella. Sí, incluso derrumbada por dentro y por fuera, me daba por pensar en mujeres. Imperativo público, lo llamaba yo.

—¿Eso quiere decir que te vas a largar y a dejarme beber en paz?

Vale, por mucho imperativo que me corriera por las venas, a una mujer nunca se le debería molestar en su fase ADPEA (Ahogamiento De Penas En Alcohol).

—Casi. Vas a beber todo lo que quieras, pero no me voy a ir.

—¿Por qué?

—Porque si intento obligarte, no funcionará.

—No me refiero a eso, joder. Te pregunto que por qué coño no te vas a ir. Y, además, ¿cómo coño me has encontrado? ¿Y qué coño haces aquí?

—Bueno, eso son muchos coños, pero trataré de ir en orden. Primero, no me voy porque alguien tendrá que llevarte a casa cuando termines de beberte tu pena. —Intenté protestar, pero ella me calló con un gesto—. Segundo, hace mucho que tu coche está aparcado ahí fuera. Lo he visto este mediodía mientras cubría un servicio con la ambulancia —explicó—. Y, tercero, estoy aquí porque quiero.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres? —Esbocé una sonrisa que pretendía ser lujuriosa, pero que a buen seguro debió de resultar patética. Adelanté una mano y reseguí su pecho con un tembloroso dedo—. No me digas que eres lesbiana. —Agité las pestañas en un remedo de entusiasmo, pero probablemente la cosa debía de parecerse más a un tic de zombi en descomposición—. Alabada sea la diosa de la Creación, resulta que he ido a parar a la ciudad más bollera del país.

—No, no soy lesbiana. No busco eso.

—No importa, igualmente puedo dártelo.

Me trabé con el «dártelo», creo que sonó a algo así como «dratlo». Pero bueno, Cara parecía una chica lista, seguro que lo traducía correctamente.

Retiró con gentileza mi mano de su pecho.

—Gracias pero no. Solo me caes bien y no me gusta que la gente que me cae bien se haga según qué cosas.

—¿Autodestruirse? —bufé, centrando mi atención en la flamante copa depositada frente a mí por el diligente camarero. Dios, cómo los amo a todos, hombres o mujeres. En eso soy muy bisexual yo—. Lo que me faltaba, una buena samaritana, no bollera, altruista y con una misión en la vida —dije, resoplando—. No me malinterpretes, no veo ningún mal en ello. —La miré—. Salvo la parte de no bollera porque, la verdad, admito que te follaría hasta dejarte sin aliento.

Ella arqueó una ceja.

—No vas a impresionarme con eso.

—Qué lástima, no suele fallarme.

Aquí creo que dije «ffflrme». Pero lo que contaba era la intención, ¿no?

—¿Y si te acompaño a casa? —preguntó, tocando mi antebrazo.

—Eh, ¿dónde ha quedado eso de dejarme beber hasta que quisiera? —me quejé—. Qué poca palabra tenéis las buenas samaritanas, hay que ver.

Ella sacudió la cabeza, curvando su boca en un gesto indulgente.

—Ni siquiera he entendido la mitad de lo que acabas de decir. Y deberías admitir que ya ni siquiera vas a poder tenerte en pie de un momento a otro. Te tiene que haber dado tiempo a beberte el cupo entero de un mes, tu coche lleva ahí fuera horas.

Entorné los ojos con suspicacia.

—¿Cómo coño sabías que era mi coche?

Su tono se tiñó de paciencia. Job y ella, primos hermanos.

—Yo iba en la primera ambulancia que llegó al escenario del crimen, aquel día —explicó—. Geppo había dado el aviso, él llegó prácticamente al mismo tiempo y salió del coche señalando un vehículo y diciendo que era el tuyo. Estaba asustado, aunque trataba de disimularlo. Tenía miedo por ti, sobre todo cuando te vimos tirada en el suelo, llena de sangre.

—Yo no pido que nadie se asuste por mí.

—Pero lo hacen —replicó con suavidad.

*Pues que no lo hagan, coño*, quise decirle. No quiero deberle nada a nadie,

no quiero que nadie se me acerque, ¡no quiero formar parte de un todo, mierda! Cuantas más personas formen parte de tu vida, más probabilidades de que alguna de ellas te duela o te haga daño.

Sabía que no solo estaba pensando en la pobre Antígona, sino en todo lo que había dejado atrás, en lo que había ocurrido para convertirme en la patética borracha acodada sobre la pringosa barra de ese barucho que era en ese instante. La pena, la desazón, la autocompasión, la rabia y el alcohol habían decidido asociarse en una sociedad ilimitada y parecían más que dispuestos a celebrar una Junta de Accionistas. Y yo, aunque me negara a admitirlo, hacía tiempo que había sobrepasado en mucho mi límite, y solo me quedaba en aquel bar porque no era capaz de procesar los pasos necesarios para levantarme del taburete, pagar la cuenta e irme.

—De acuerdo, me rindo. Me voy. Y tú vas a llevarme. —Y tal vez estuviera zarandeada por la pena, la desazón, la autocompasión y la rabia, pero fue el alcohol, ese estúpido consejero, el que se hizo con la dirección de la Junta y lanzó una OPA hostil. Mirando a Cara, henchida de insolencia beoda, añadí—: Estoy segura de que conseguiré meterte en mi cama en cuanto entremos por la puerta de casa.

Cate Maynes, *forever and ever* Cate Maynes.

\*\*

Lo logré. Hurra por mí. Pero creo que no como yo había planeado. *Buh* por mí. Sí, Cara me llevó a casa y a mi habitación, pero cuando me echó sobre la cama y servidora intentó meterle mano (¡oh, refinada conquistadora!), ella rechazó amable pero firmemente todos mis intentos. Al menos, al principio y hasta donde yo recordaba. Porque, tras los primeros intentos de mis elegantes magreos, no recordaba más que una bruma absoluta. No sería la primera vez que me tiraba alguien y después no lo recordaba, pero me daba muchísima rabia cuando sucedía, sobre todo con una que parecía merecer la pena. Me quedaba después un magro material para mis pajas y eso era toda una contrariedad.

La cuestión es que, al día siguiente, una espléndida resaca y una semidesconocida samaritana, no bollera y altruista me esperaban, junto a un día lluvioso y bronco que lamía los cristales de la ventana como lo haría un cocker spaniel pasado de *tripis*.

Cara estaba tumbada a mi lado (esa era la parte que había conseguido, meterla en mi cama) y se despertó cuando me moví.

—Estás despierta —dijo, asomando su mirada de tierra a través de la enredada maraña de su cabellera.

—¿Qué coño haces aquí? —le espeté con un graznido.

Lo sé, suelo caer en groserías de forma recurrente, amén de muy poco originales. Ya sabéis la buena hija que crio mi madre...

—De verdad, Catherine —replicó ella amagando un bostezo—, no sé de qué parte del país eres, pero tienes un modo muy extraño de dar los buenos días.

Esa mujer, definitivamente, parecía inasequible al desaliento en lo que concernía a mi recurrente impertinencia. Pero en realidad no era tanto una muestra de lo borde que podía llegar a ser de buena mañana como, de verdad, desconocimiento por mi parte acerca de cómo había llegado Cara a mi cama. No recordaba mucho de la noche anterior. En realidad, hay muchas «noches anteriores» que no recuerdo, para mi desgracia. Y eso es una verdadera lástima, os lo aseguro. Como la ocasión de hoy. *Joder, ¿podría ser que me hubiese tirado a esta espléndida mujer y no lo recordara?*

*¡Ay!*

—Mi altruista alma y mis conocimientos médicos —añadió la espléndida mujer—. Temía que te ahogaras con tu propio vómito y decidí quedarme.

Bueno, premisa romántica, lo que se dice romántica, no parece que hubo.

—Me va a estallar la cabeza —me quejé—. Au —añadí muy bajito.

—Ayer vi que tenías un buen surtido de paracetamol por toda la casa. Te traeré un par de pastillas.

Se levantó, acomodándose la ropa. Fruncí el ceño, algo decepcionada. *¿Solo llegamos a cabalgar por la llanura o qué?*

—¿Has dormido vestida? —pregunté, al tiempo que descubría que yo también lo había hecho.

La pregunta provocó un más que comprensible gesto de extrañeza en su rostro.

—Veo que te da por la obiedad a primera hora de la mañana —se limitó a decir, elevando una ceja socarrona antes de salir de la habitación.

—Mira, hoy me he encontrado a una graciosa en la cama, qué suerte —refunfuñé, atisbando los primeros síntomas de malhumor mañanero posresaca.

Cara regresó al poco con un par de pastillas y un vaso de agua.

—Toma —dijo, tendiéndomelo todo.

—Gracias —gruñí.

No era descortesía, sino distracción. ¡Es que no lograba recordar nada de la noche anterior! A ver, *¿ni siquiera le había quitado la ropa?* ¡Venga ya!

Ella correspondió a mi enfurruñada réplica con una leve sonrisa.

—No hay de qué, Catherine.

—No me llames así, prefiero Cate —dije, tragándome las pastillas—. Así solo lo hace Leng y se lo consiento por la única razón de que me educaron en el respeto a los mayores.

—¿Leng?

—Alguien que conozco.

—¿Un amigo?

—Digamos que sí.

Me miró con curiosidad.

—¿Siempre eres así de desapegada? No debes de serlo porque, sin ir más lejos, Geppo parece tenerte en mucha estima.

—El haber visto la muerte de cerca le tiene trastornado el entendimiento —dije con tono burlón.

Ella sonrió de forma indulgente.

—No se te puede decir nada bonito, ¿eh? Te revuelves al mínimo atisbo de halago.

—Me llevo mejor con los reproches. Esos puedo rebatirlos.

—Los halagos dan menos trabajo, mujer. Solo tienes que aceptarlos.

—Lo que tú digas —volví a gruñir.

—Te van a hacer falta —continuó, sentándose en la cama—. Buenos amigos.

—¿Para qué? —repliqué torciendo el gesto—. Tengo a mi buena samaritana particular, que se materializa en los sitios más insospechados para cuidar de mí. ¿Quién los necesita?

—Tú. Porque la buena samaritana no siempre va a estar aquí.

—Oh, ¿no? Vaya, ahora que empezabas a hacer juego con las toallas del baño.

—Estoy segura de que tienes más personas en tu vida que pueden hacer ese papel. Y que lo hacen muy gustosamente.

—¿Qué sabrás tú? —rezongué, molesta.

*Vale, bonita. Puede que anoche hubiera entre nosotras restregón o vete tú a saber, pero, desde luego, eso no te da permiso para inmiscuirte en mis*

*asuntos personales.* Trasladé mi malhumor a mis ojos, pero ella no se amilanó. Estos paramédicos están hechos a todo. Desde que se les llene la ambulancia de piezas dentales a rebotes de borrachuzas desnortadas, picajosas y desagradecidas.

Pero después recapacité. *Venga, Cate,* me dije. *Que esta mujer, te la follaras o no, fuese o no un nuevo triunfo atribuible a la heterocuriosidad, ha velado para impedir tu muerte por asfixia.* Eso me hizo sentir una leve punzada de incomodidad. Era toda una desagradecida, y esa idea empezó a remover algo dentro de mí. Algo que tenía que ver con el modo en que me había distanciado de las personas que solo querían quererme. Culpabilidad y servidora, uña y carne (no sirvo para hideputa, de verdad; me puede la conciencia).

Pero como no me gustaba ni la conversación ni los derroteros por los que me llevaba, decidí cortarla por lo sano.

—Anoche me dijiste que no eras bollera, ¿verdad?

Ella pareció encajar con naturalidad el abrupto giro.

—Lo dije, sí.

—Ajá. ¿Y hubo...? Ya sabes. —Agité la mano para abarcarnos a ambas y la cama—. Temita.

—¿Temita? —Sonrió de forma expansiva, emitiendo una breve carcajada. Era bonita, su risa. Fresca—. Eres adorable, ¿lo sabes?

—Dios, no digas eso, por favor —bufé—. ¿Te has tragado un unicornio o qué? Los únicos seres humanos adorables son los bebés.

—Algún que otro adulto también —rebatí—. A mí tú me lo pareces. Pero si quieres, te lo cambio por querible.

—¿Querible? ¿Qué coño significa eso? —protesté—. ¿Y por qué, vamos a ver? Quiero decir, estás aquí, has pasado la noche en casa de una desconocida (que no se ha portado precisamente bien contigo, no sé si te has dado cuenta), soy básicamente insoportable y, aun así, repito, estás aquí. ¿Acaso te has comido a la Madre Teresa junto al unicornio?

—No hay un porqué.

—Oh, sí. Debe haberlo. Vaya si debe.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque nadie hace las cosas porque sí, coño!

—Pues yo sí.

—¿Y por qué?

—¿Y por qué no?

—¡Coño, porque no! Nadie es tan bueno. Eso es raro, sospechoso y desconcertante. ¡No puedes ir por ahí desconcertando a la gente de esa manera!

—¿A la gente o a ti?

Alzó las cejas, divertida, y yo la miré con resquemor.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Creo que no, pero tal vez quieras comprobar que no te he robado nada ni te he dejado sin riñón para venderlo en el mercado negro.

—¡Dios, de verdad! —exclamé, llevándome las manos a la cara—. Dime al menos que te comí el coño, por favor. Que algo de todo esto merezca la pena, joder.

Ya os lo he dicho, ¿verdad?, que esta mujer no parecía inmutarse por nada. Pues era irritantemente sólida en su personalidad, porque sonriendo dijo, obviando mi grosería:

—Desde luego, qué mal lo hemos hecho como civilización si hasta la bondad es sospechosa. —Sacudió la cabeza—. ¿Sabes que ayer el grado de alcohol en tu sangre debía de ser tan alto como para reventar un alcoholímetro?

—Si lo dices porque así no podría habértelo hecho, *¡ja!*, no me conoces. Y no estábamos hablando de eso, sino de si hubo algo entre nosotras.

Ella soltó una breve carcajada. Sí, definitivamente, tenía una risa bonita.

—Supongo que podrás vivir sin saberlo. —Se levantó con una sonrisa bailándole en la comisura de los labios—. Y creo que debemos dejar aquí esta interesante conversación.

—¡Oh, venga! —protesté.

—¿Un beso de despedida, Catherine? —se limitó a decir.

Pero qué mujer más escurridiza, por favor. A ver qué le costaba contármelo. Recordarlo tal vez no pudiera, pero soy muy buena recreando. Buenísima, de hecho. Y Cara era, en fin, muy recreable. Sobre todo si la escena la incluía cabalgando sensualmente sobre mí (aunque fuese vestida). Como ya había percibido, su atractivo irradiaba de su personalidad. No era una mujer con unos rasgos físicos acordes al canon estético que se pudiera describir como guapa de manual, pero joder si su idiosincrasia no era un auténtico imán. Segura, compasiva, irónica. Una mezcla tan seductora como curiosa.

—Creo que no —dije, cruzando los brazos sobre el pecho. Seductora, vale.

Recreable, de acuerdo. Pero una no podía ponerse tan facilona, ¿sabéis?—. Has vuelto a llamarme Catherine.

Ella se limitó a expandir su sonrisa. Tenía unos labios muy bonitos, colmados de un modo que solo podía otorgar la Naturaleza. En silencio, se inclinó sobre mí y me besó en la mejilla.

—Adiós, Cate. No tengas miedo de tender la mano —susurró en mi oído—. Hay gente que te la cogería sin dudar.

Joder, qué desprendida era la gente con su cariño. Algo así era tan loable como irritante, sobre todo para alguien como yo, constantemente al borde del abismo.

Siempre había algún pesado que no te dejaba tirarte, coño.

—Eh, espera —dije cuando ya se daba la vuelta para salir de la habitación—. ¿Volveremos a vernos?

La sonrisa que cruzó su rostro fue esta vez irónica.

—¿Te volverán a abrir la cabeza?

Me encogí de hombros.

—Siempre es una posibilidad.

—Entonces, será una buena noticia que eso no ocurra.

Y se fue sin mirar atrás. Escuché como cerraba con mucho cuidado la puerta al salir y me quedé mirando como una idiota la de la habitación. No sé, tal vez esperaba que regresara, se quitara la ropa, se metiera conmigo en la cama, tuviéramos un sexo fabuloso y pasáramos a la cuestión adosado en las afueras, perros, gato y jardín.

No lo hizo.

Me había quedado sola.

Y no me gustaba nada la sensación.

\*\*

Tardé cerca de dos semanas en recuperar una condición humana más o menos aceptable. Me reconcilé con Caroline (mujer bondadosa donde las haya, no me retiró la mayonesa), me acosté un par de veces con la guapa Marie, pasé unos días con Dolimon en el Cuchillo de Palo, me tiré horas y horas hablando por teléfono con Leng mientras varios mulatos le hacían mamadas y hasta me comporté como la perfecta tita postiza con el Pleno Al Tres en una barbacoa en casa de Geppo y Alice.

Vida, dulce vida. Seguía bebiendo, sí, seguía penando (Helena, Antígona... Expiación, tienes nombre de mujer) y hasta echaba de menos a la extraña de Cara. Pero empezaba a salir del pozo.

O no.

De verdad, de verdad creía que podría salir de nuevo al sol, que había asumido que lo que había pasado no tenía solución y que sería una pica más clavada en mi acribillada alma, pero es que...

...el vaso no estaba.

\*\*

Veréis, todo empezó porque, una vez liberada de las brumas más espesas de mi decadencia alcohólica y retomada ya mi dulce vida, tropecé con el expediente del caso de Antígona. Como Geppo no lo había reclamado supuse que no habría ninguna novedad, cosa que me descorazonó. Y como servidora es así de autodestructiva, decidí darle un repaso, por aquello de flagelarme un poquito más en mi tormento particular. Empecé, así, a revisar el expediente. Las fotografías que se habían hecho del escenario del crimen y de toda la casa me devolvieron a la pesadilla.

Hasta que llegué a la catalogada como SC-06/02.

Encontré la discrepancia enseguida. Geppo no debía de haber reparado en ello porque yo no se lo había contado, solo le dije que habíamos estado bebiendo. No especifiqué más, así que no podía percatarse, por tanto, de que faltaba uno de los vasos que debería haber estado junto a su gemelo sobre la mesa del salón. Fruncí el ceño. ¿Algún friki morboso se había quedado el vaso para su colección Escenas De Crímenes, Oh Cómo Me Ponen?

Repasando los datos vi que el vaso que sí aparecía etiquetado llevaba las huellas de Antígona, así que el que faltaba era el que había usado yo. Puede que fuese una tontería y tuviese una explicación más tonta aún, pero la cosa me puso la mosca detrás de la oreja.

Llamé a Geppo y se lo conté, pero él se mostró reticente, temiendo que volviera a insistir en la *conspiranoia* del policía comprado. Creo que pensó que iba a empezar a liarla con una trama en la que ese misterioso desconocido al hipotético servicio de los Sinno se había apropiado de la prueba para utilizar mis huellas con algún oscuro propósito.

—Creía que todo esto había quedado ya atrás, Cate —dijo, tratando de

disimular, sin lograrlo del todo, el tono de «infinita paciencia con amiga desmantelada de la vida».

—Eso intentaba, créeme, pero lo del vaso me mosquea.

—Antígona se levantó antes que tú —dijo—. Quizás ordenó el salón, lo lavó o qué sé yo.

—¿Solo el mío? —repliqué con rapidez.

Él resopló con paciencia.

—Cabeza de chorlito, escucha. Deja de darle vueltas a esa cabecita tuya, ¿vale? Eso solo hará que te sientas mal.

Noté en su tono un extra de preocupación. Lo que había ocurrido me había arrastrado a una larga noche mojada en alcohol, lágrimas y remordimientos, y me había portado lo suficientemente mal con él (y con todos) como para no saber que Geppo temía una recaída. Para él, lo que había ocurrido estaba desgraciadamente claro y redundar en ello solo me devolvería a la espiral autodestructiva de la que acababa de salir.

—Tienes razón, debo dejar de pensar en todo esto. —Expulsé una bocanada de aire—. Gracias por aguantarme, sé que no es fácil.

Noté el alivio en sus siguientes palabras.

—Bueno, digamos que te tomo como mi vía crucis particular. En fin, podría haber sido peor. Me podría haber tocado un exseminarista lascivo con verborrea teológica y halitosis.

Bueno, quién mejor que él para juzgar si había salido ganando o no con ello, ¿verdad? Tras un par de frases más de conveniencia me despedí, procurando que el pobre tuviera la tranquilidad de espíritu necesaria para dejar de preocuparse por mí, pero sabiendo que le había mentado como una bellaca.

Porque *sí* pasaba algo por esta cabecita mía. Lo del vaso me preocupaba, y tal vez fuese una imbécil, una descarriada de la vida y un desastre con patas, pero todavía parecía quedar en mí algo de mi antaño olfato policial, una suerte de intuición que me decía que ahí había algo.

Volví a repasar todas las fotografías con atención y cuando llegué a la número veintitrés de la serie de la cocina, la reproducción de la huella del pie en el rastro de sangre, la intuición se convirtió en algo más.

—Joder —musité, observándola con detenimiento—. *Jo. Der.*

Algo volvía a no encajar. Y ya iban dos. Con el corazón expectante releí con atención el expediente, pero lo que yo acababa de ver no aparecía reflejado. ¿Nadie se había dado cuenta? ¿O es que me estaba volviendo, efectivamente,

una *conspiranoica* en toda regla? Estudié la fotografía de la huella hasta que me dolieron los ojos. Era un detalle menor, quizás absurdo, y puede que todo acabara siendo solo fruto de mi obsesión, pero ahí estaba: la huella parecía menos marcada en la zona de la punta del zapato. Vale, podría deberse a la imprecisión propia de un elemento carente de solidez como era la sangre, pero recordaba un caso en mi etapa de policía en Illica en el que un perverso se dedicaba a mirar a sus vecinas a través de las ventanas de sus jardines. Al parecer, para despistar, siempre calzaba unos zapatos dos números superiores a los que usaba, haciendo que, en caso de un hipotético registro, las huellas no coincidieran con su número. Se le pudo atrapar porque un técnico se percató de que la huella era menos profunda en la punta, lo que podría delatar que en esa parte no había peso, no había un pie que ejerciera presión.

Dejé el expediente y me salí a la curva de la teta a meditar. Le di mil vueltas a todo. El vaso, la huella. La huella, el vaso. No sabía si había una conexión entre ambos o simplemente eran dos cabos sueltos que no llevaban a ninguna parte. ¿La ausencia del vaso era accidental, como había dicho Geppo, o el hecho de que fuera el mío (con mis huellas, no lo olvidemos) significaba algo? ¿Y ese cuarenta y seis, justo el número que calzaba Joseph? ¿Alguien, quizás, había querido incriminarle? Y después estaba la ausencia de partes médicos de las agresiones a Antígona. Como mínimo debería constar la paliza que había dado con ella en el hospital y esta no había aparecido por ninguna parte. ¿Tan eficiente era el Clan como para hacer desaparecer documentos así? ¿Tan protector con sus miembros? En fin, no es como si hubiese sido un asesinato, ¿sabéis? Quiero decir, esa gente era tan mierda que para ellos, estoy segura, pegar a una mujer debía de ser algo así como el aperitivo que te dan con la cerveza, en comparación con un plato principal en un menú de cinco estrellas. Ni siquiera creo que les importara tener ese tipo de antecedentes, no cuando eres un asesino, un narcotraficante o un *chuloputas*. ¿Y arriesgarse a usar a ese hipotético chivato dentro de la Comisaría por un asunto de violencia machista? Sabía cómo pensaba esa gentuza y probablemente la consideración que le darían sería menos que nada. No parecía lógico, entonces, que movieran su pieza para ello, sobre todo por el riesgo de dejarla al descubierto. Así que, ¿qué había detrás de la ausencia de documentación de esas agresiones?

Estaba hecha un lío. Notaba que tras todo ello había algo que se me escapaba, pero era incapaz de encontrar la conexión, de unir los puntos para obtener la figura resultante. Pero a mí los puntos me gustan. Son redonditos y

amables. Así que me puse con ellos.

Entré en casa, cogí el expediente y me fui al despacho, dispuesta a remover lo que hiciera falta para encontrar todo lo que relacionara a Joseph Nsar con Antígona James.

En alguna parte debía de haber un nexo de unión entre ambos.

\*\*

Al final, fue ese nexo el que me encontró a mí. Por mucho que investigué fui incapaz de encontrar nada que relacionara al esbirro de los Sinno con Antígona. Habían pasado ya un par de semanas desde que emprendí la tarea y estaba a punto de arrojar la toalla, cuando recibí un mensaje en mi móvil:

*La curiosidad mató al gato, ¿lo sabías? Tendrías que haber dejado descansar en paz a la pobre Antígona. Guijarro, lunes 19, 22:00 h., viejo embarcadero.*

Vale, había captado toda mi atención. Al parecer, alguien se había percatado de mi interés por Antígona. Pero *¿quién, por qué y para qué?* Más aún, ¿la cita era una trampa? Desde luego, si yo fuese una chica lista lo primero que tendría que haber hecho es contarle lo de la cita a Geppo, por aquello de las encerronas hipotéticamente mortales y demás. Pero por desgracia no es que no lo fuese, sino más bien que la muerte de Antígona era un asunto muy personal y, además, tampoco es que el texto fuese explícitamente amenazador o intimidatorio.

O, al menos, de eso quise convencerme.

Sin embargo, servidora lista en exceso puede que no fuera, pero armada sí y, además, una excelente tiradora (que se lo dijeran, si no, al despanzurrado cerebro de Romus De Sants), así que decidí acudir a la cita con mi querida Glock, por un quitame allá esas emboscadas de desconocidas intenciones.

Mi cita era una absoluta incógnita. Había intentado rastrear el origen del mensaje, pero había sido enviado desde una página web que no dejaba rastro, así que el lunes iría a ciegas a encontrarme con quien quiera que fuese mi anónimo interlocutor.

¿A quién me encontraría? ¿Al *friki* robavasos? ¿Al misterioso chivato de la calle Pizco? ¿Al dueño de la equívoca huella del cuarenta y seis?

¿O al propio Joseph Nsar?

\*\*

Pero lo que me aguardaba en aquel embarcadero de Guijarro, una pequeña localidad costera a ciento veinte kilómetros de Océano, no era más que un nuevo zarpazo a mi ya de por sí triturado corazón.

Veréis, mi vida ya se había convertido en un asco, ¿vale? En un *suficiente* asco. Casi me había cargado a mi cuñadísimo (por mucho que el cabrón se lo mereciera), había perdido mi trabajo, la mujer de mi vida me había dejado y yo, a mi vez, lo había hecho con todo lo que tenía hasta ese momento: familia, relaciones, entorno, hogar... Había huido de ello, hecha unos zorros, para acabar recalando en una ciudad de nombre marítimo, reciclada en detective privada de segunda división, rezumando alcohol, coños anónimos y miseria emocional por todos los poros.

Que digo yo que sí, ¿verdad? Que ya algo así como «Suficiente, ¿no?».

Pues no. Por eso no podía creer lo que estaba viendo conforme me acercaba al lugar de la cita. Conforme mis pasos hacían crujir la hostigada madera del viejo embarcadero, consumida por la humedad y el salitre. Mientras cada latido se convertía en un golpetazo en el pecho y los sonidos, la luz, la brisa y el resto de sensaciones a mi alrededor se paralizaban. Porque esos pasos, conforme acortaban la distancia, aclaraban el reconocimiento.

Y cuando la vi, pese a los cambios que la camuflaban; cuando, atónita, pude darle un nombre a mi misteriosa cita, entonces, fue como si un ciclón barrera de golpe las últimas semanas, cada segundo y hora vividos con la intensidad de una quemadura, dejando a su paso tan solo un terreno yermo e hiriente.

Porque era ella, sin ninguna duda. No pude evitar un brusco estremecimiento, una gélida oleada que se extendió por todo mi ser en ondas concéntricas, tomando el centro de mi pecho como punto de origen. El *shock* me paralizó, si bien todavía retenido por la suficiente incredulidad como para no terminar de dar crédito a lo que veían mis ojos. Por el contrario, ella no parecía preocupada o en alerta, ni asustada. Solo esperaba a que yo me acercara, la espalda recostada indolente contra la valla de madera, los brazos cruzados, la mirada fija en mí y una socarrona sonrisa dibujada en su rostro.

Cuando lo hice, cuando me planté frente a ella y la miré a esos desconocidos ojos azules, no supe entonces si pegarle o besarla.

—¿*Antígona*?!

\*\*

Pese al cambio en el color y el corte del pelo, ahora corto y negro como la brea, y las lentillas que cambiaban sus ojos de jade a añil, *Antígona* era perfectamente reconocible.

—Dios mío, ¿qué...? —exhalé con un hilo de voz.

Casi sentí físicamente cómo retrocedía toda la sangre de mis venas, concentrándose en un punto doloroso de mi cráneo. Si hubiese tenido que dar un solo paso estoy segura de que me habría dado de bruces contra el suelo. Ella, sin embargo, parecía disfrutar de su minuto de gloria.

—Y al tercer día...

Expandió su sonrisa, señalándose a sí misma para, a continuación, elevar las palmas de las manos hacia arriba, como diciendo: «¡Tachán!».

Su frivolidad resultaba tan fuera de lugar como dolorosa.

—¡Oh, venga, Cate, no pongas esa cara! —dijo—. ¿No te alegras de verme?

Yo solía ser una mujer de reflejos rápidos, ¿sabéis? Me venía bien para mi trabajo: esquivar disparos, golpes y tal. Pero os juro que más de medio minuto después de haber constatado que el misterioso emisor del mensaje era la difunta asesinada de una de las peores experiencias de mi vida, servidora todavía permanecía clavada como una idiota frente a ella, atónita, *shockeada* y con cara de gilipollas.

—Ya. Muy fuerte, ¿verdad? —Mi *Lázaro* particular ladeó la cabeza, reemplazando su amplia sonrisa por una de condescendencia. Se mordió el labio inferior, pero no parecía en absoluto arrepentida o mortificada—. Perdona, pero es que no he podido resistirme. Precisamente por eso. —Señaló mi cara, ahogando una risita.

De acuerdo, toda *immmmmBécil* tiene su límite. Que me hubiera resucitado el cadáver de mi más reciente miseria vital, vale. Pero que encima se cachondeara a mi costa, ah, no, eso sí que no. Apretando los puños, di un paso hacia ella. Toda la sangre que había emigrado de mis venas regresó a ellas de golpe, provocándome un subidón de adrenalina.

—¿Qué coño es esto, *Antígona*?

—Ay, no te enfurruñes, anda, que estás más guapa cuando sonríes —dijo, haciendo un mohín de contrariedad.

Nunca le he pegado a nadie fuera de mis obligaciones profesionales. En serio, no lo he hecho. Reconozco que durante mi convivencia con Helena sí habría querido hacerlo (*más de una vez*) con la Zorra Pomposa de su madre, pero de verdad que nunca me había encontrado en una situación que me sacara de mis casillas hasta el punto de usar la violencia de forma gratuita.

Estaba empezando a considerar esa circunstancia en pasado. Me retuve, pero tan solo por el temor a que Antígona no pudiera explicarse con coherencia sin dientes.

Inspiré hondo, apretando los míos hasta que me crujió la mandíbula.

—Será mejor que empieces a explicarte —mascullé.

Ella puso morritos de niña caprichosa.

—Vaya, Cate, pensaba que tu alegría por saberme viva estaría por encima de cualquier otra consideración.

¿Os acordáis de toda la pena, todo el dolor, la angustia y los remordimientos que me habían azotado en semanas precedentes? Pues ahora estaban reciclándose en mi interior en forma de ira, cabreo, disgusto y ganas de aporrear algo con saña. Con mucha saña.

—Mira, bonita... —Di un paso adelante y aferré su antebrazo con fuerza—. No sé qué mierda de juego asqueroso te llevas, pero será mejor que me lo cuentes antes de que me cabree más de lo que ya estoy.

Su rostro se plegó en un gesto de dolor.

—Me haces daño... —se quejó, intentando librarse de mi agarre.

Tardé un par de segundos en soltarla y cuando lo hice me di cuenta de que me temblaba la mano.

—¿Y bien? —exigí, dando un paso atrás, tratando de recuperar el control.

—Oh, qué mujer más poco sentimental. Y yo que creía que te había dejado alguna huella.

—Antígona... —le advertí, apretando los dientes de nuevo.

—Está bien, está bien. —Agitó una mano—. Al fin y al cabo estamos aquí para eso, ¿no? —Sacó el labio inferior—. Hum, a ver, ¿por dónde empiezo?

—¿Qué tal por tu sorprendente resurrección?

Desde luego, si seguía manteniendo la presión que ejercía sobre mis dientes más me valdría buscarme *ya* un buen seguro dental.

—En fin, Cate, en realidad no hubo ninguna muerte, ¿sabes? —dijo con toda su flema. ¿Dónde había quedado la asustada mujer que había conocido?—. Puro teatro. Pero convincente, ¿eh? —Chasqueó los labios—. Lo malo, que

has resultado ser una chica demasiado lista y un día saltó el aviso de que estabas indagando sobre la pobre Antígona James y...

—¿Aviso? —la interrumpí.

Ella ladeó la cabeza a modo de disculpa, pero el gesto fue tan falso como descarado.

—Ay, espero que no te moleste, cariño, pero *hackeamos* tu ordenador con un programita espía.

—¿Qué?

—Ya, qué grosero por nuestra parte, ¿verdad? Pero es que necesitábamos estar al tanto de lo que hacías y...

Dejó la frase en suspenso, punteada por un encogimiento de hombros. Como si fuera lo más natural del mundo obrar así. Pensar en sacudir algo con saña ya no me servía, había pasado al arsenal de destrucción masiva, a poder ser introducido vía rectal.

Traté de acompasar mi respiración. De acuerdo, por partes. Primero, debía procurarme un mejor cortafuegos a la de ya. Y, segundo... ¿*Hackeamos?* ¿*Nuestra?* ¿*Necesitábamos?*

Plural.

Eso introducía un inesperado nuevo factor, tan sorprendente como inquietante (entendámonos, en segundo lugar tras la milagrosa resurrección de la carne, claro).

—¿Quién más está en esto? —inquirí, notando una bola de hierro en el centro del pecho.

Recordé esa máxima de «Todo lo que pueda empeorar, lo hará, no lo dudes».

Ella amagó un puchero infantil.

—Oh, no me estropees la gran sorpresa ya, ¿quieres? Déjame que te lo cuente a mi ritmo y al final verás cómo lo comprenderás todo.

Tendría que haber acabado con aquello en ese momento. Cogerla del cuello, por muy feo que estuviera eso en una señorita, y sacarle la verdad a tortas, por peor que eso estuviese. No lo hice, como tampoco se me ocurrió mirar a mi alrededor.

Si lo hubiera hecho, si me hubiese molestado en hacerlo, tal vez habría podido detectar a la persona que asistía al encuentro desde su silencioso escondite.

Pero quien esperaba entre las sombras no se me reveló hasta que no escuché

lo que Antígona tenía que contarme.

\*\*

—Estafadoras, cariño —dijo, sonriendo como si me explicara la última labor de macramé que acababa de terminar—. Papá y mamá eran unos genios en eso. Tuvimos unos padres un tanto crápulas, ¿sabes? Les gustaba vivir bien, pero con ellos no iba eso de lograrlo mediante los cauces socialmente aceptados, ¿comprendes? Y, bueno, para no entrar demasiado en detalles, digamos que nos enseñaron el oficio. —Sonrió—. Llámalo continuar con el negocio familiar, o de tal palo tal astilla.

Su árbol genealógico me importaba un pimiento, pero de su relato se podía deducir algo bastante evidente.

*Estafadoras. Padres.*

Eso solo podía ser igual a...

—¿Hermana? ¿Tienes una hermana cómplice en todo esto?

—¿Ves? Tan mona como lista. En fin, también te lo he puesto a huevo, ¿eh? Pero, ah, ah. —Agitó un dedo correctivo—. Las preguntas al final, por favor. —Su sonrisa se ensombreció un grado—. Mira, todo este lío viene porque cierto día nos equivocamos de presa. Qué le vamos a hacer, no hicimos demasiado bien nuestro trabajo de documentación. —Se encogió de hombros, quitándole importancia, como si estafar a la persona incorrecta fuese equivalente a pasarte con la sal en una receta—. Aunque, la verdad, el tío tenía una tapadera perfecta, ¿sabes? ¡Si hasta llevaba anillo de casado! No te aburriré con los detalles, pero te diré que nuestra especialidad es el chantaje de la cana al aire. Ya sabes, cazar aburridos caballeros con inclinación al polvo rápido de motel. Lo detectas, te lo camelas, lo pones a cien y te lo llevas a una habitación preparada para ello. La verdad es que no se nos da nada mal. Siempre nos hemos sacado una buena pasta. Ya sabes cómo va, ¿no? Sexo, fotos, no querrás que tu mujercita se entere, blablablá. Eso persuade a la mayoría de pagar sin rechistar. —Hizo una mueca—. Hasta que cierto día, cierto aburrido caballero resultó no serlo en absoluto, y el intento de chantaje se nos volvió en contra de la peor de las maneras.

—Joseph Nsar —adiviné.

Ella asintió, curvando la boca en un áspero rictus.

—Un mal bicho, créeme. Al tío se le fue la bola cuando supo que era una

trampa. —Por primera vez, Antígona se quitó la careta de frivolidad y el miedo asomó a su expresión—. Su reacción me acojonó y no sé qué podría haberme hecho si no llego a salir de allí pitando. Pusimos pies en polvorosa, pero al parecer ese cabrón es un rencoroso de aquí te espero. Nos ha estado siguiendo la pista por todo el puñetero país.

—Así que decidisteis aparentar una muerte para libraros de él —deduje—. ¿De una sola de vosotras? ¿Por qué?

Hizo una mueca.

—Política empresarial. Durante nuestros «negocios» nunca revelamos que somos dos. Es mejor guardarse un as en la manga.

—Continúa.

—Lo que sigue ya lo sabes. Antígona aparece destripada y se acabó lo de vivir vigilando constantemente nuestra espalda.

—Queríais libraros de él metiéndolo en la cárcel.

Ella sonrió con condescendencia.

—Oh, mi pobre Cate. No lo has entendido. No, no era nuestra intención encerrarlo. Si hubiésemos querido eso habríamos acumulado pruebas en su contra. Pero eso no habría sido prudente, al fin y al cabo él sabía que era inocente y no hubiese parado hasta averiguar quién le había endosado el marrón.

—¿Entonces?

—Solo queríamos librarnos de él, dulce Cate. Que, a todos los efectos, creyera que Antígona James estaba muerta. Que fuese todo lo creíble posible, pese a la ausencia del cuerpo.

Cerré los ojos un instante cuando comprendí mi papel en toda la farsa.

—Mi testimonio —dije.

—Ajá. Lo siento, necesitábamos un testigo. Barajamos otras opciones, pero lo que buscábamos era solucionarlo de forma categórica. Ya había sido víctima de un engaño, el tío no iba a tragarse algo tan simple como, por ejemplo, una esquila, si es que llegaba a verla. Necesitábamos algo más sólido.

—De ahí la denuncia por maltrato, para que esos antecedentes lo señalaran como hipotético culpable. Para que fuese a declarar y se enterara de todo.

Recordé lo que me había contado Geppo sobre la reacción de Joseph en Comisaría, cuando le mostró la fotografía de Antígona. Su comentario, «Una pelirroja de ojos verdes preciosa». Sus palabras cobraban ahora pleno

sentido. Probablemente, él la habría conocido con otro aspecto y bajo otro nombre.

—Teníamos que asegurarnos de que le llegara el mensaje.

—Y lo hicisteis desde la ciudad donde vivía. —Alcé las cejas—. Arriesgado, meterse en la guarida del lobo.

La inquietud se coló de nuevo en su rostro, aunque la ocultó enseguida.

—No conoces a ese tío. Preferíamos eso a que el lobo nos fuera detrás el resto de nuestra vida. Creo que le tocamos una fibra sensible cuando le engañamos, ¿sabes? El menda debe de ser uno de esos machos alfa que llevan fatal lo de que se le suban a la chepa. No bastaba con desaparecer bajo otra identidad o irnos a la otra punta del planeta. Para él, Antígona James debía estar muerta.

—¿Cómo lo hiciste? El forense dijo que la cantidad de sangre era incompatible con la vida. ¿Te la extrajiste y la conservaste hasta acumular la necesaria?

No respondió de inmediato. En su lugar sonrió enigmáticamente, mordiéndose el labio inferior.

—No exactamente...

¿Ya dije que toda imbécil tiene su límite? Pues Antígona me lo estaba tocando. Y las narices también, de paso.

—Mira, no juegues más conmigo o...

—¿O qué, Cate? —me interrumpió, tan descarada como desafiante—. ¿Me matarás?

Me tragué la réplica. ¿Qué podía contestar a eso? La suya era una victoria por goleada en la liga de las réplicas. Aspiré hondo. Me pasé una mano por la cara. La cabeza empezaba a dolerme. El subidón de adrenalina por el *shock* del descubrimiento empezaba a retirarse, arrastrando con él, como el retorno de un tsunami, la ira, la desolación y la tristeza. Pese a mis errores, a mi incorrección profesional, me había preocupado por esa mujer. Había llorado por ella, perdido el sueño y el norte, me había fragmentado.

Pero a ella no le había importado hacerme daño.

Me sentía vacía. Peor que eso: Antígona me había convertido en nada.

—¿Por qué? —pregunté muy bajito—. ¿Por qué yo?

—Eras la única guardaespaldas femenina que encontramos en el directorio de Océano. —Se encogió de hombros—. Pensamos que una mujer se mostraría más receptiva con el tema del maltrato.

Pensé en la ausencia de otras denuncias, de partes hospitalarios de agresión. Ahora lo comprendía. No existían, nada de eso había sucedido nunca. Tomé aire, súbitamente agitada por un repunte de rabia.

—¿Y era necesario acostarse conmigo?

Un brillo malicioso atravesó su mirada.

—Oh, no me lo reproches a mí, guapa. Yo no lo empecé.

—¿Ah, no? —Me encrespé, pensando en su beso aquella primera vez—. ¿Como tampoco eres la autora de toda esta mierda?

Su boca se retorció en una sonrisa sarcástica y, a continuación, compuso un gesto de compasión, como si estuviera ante un gato despeluchado al que le hubieran robado la leche delante de sus mismísimos bigotes.

—Todavía no lo has entendido, ¿verdad, Cate? —dijo en tono burlón.

Su insolencia era justo lo que me faltaba para que el vacío que había sentido se llenara instantáneamente de rabia.

—¿Qué coño tengo que entender, Antígona? —grité, apretando los puños—. ¡Deja de jugar conmigo, joder!

Lo que pasó a continuación no creo que se debiera a un problema de falta de agudeza lingüística, sinceramente. Para cualquiera en condiciones óptimas, tanto de audición como de comprensión, mi última frase debería estar meridianamente clara, ¿no? «Deja de jugar conmigo, joder», significa, aquí y en Cochabamba, exactamente eso: «Deja de jugar conmigo, joder».

Pues bien, Antígona debió de entender «Méteme la lengua hasta el galillo, cariño», porque eso fue lo que hizo tras mi exabrupto. Moviéndose con rapidez, devoró la escasa distancia que nos separaba y, a continuación, mi boca, al tiempo que adelantaba una mano para enlazar mi cintura. No reaccioné, me quedé quieta como un pasmarote, con su cuerpo pegado al mío, su respiración agitada robándome la mía. Tenía su lengua dentro de mi boca y reconozco que tardé en reaccionar el tiempo suficiente como para que le diera dos buenos repasos a su interior.

Lo sé, lo sé. Nada entra si no encuentra la puerta abierta. Pero ¡comprendedme! Había pasado un infierno por la pérdida de esa mujer y bajo todo la capa de desconcierto e ira que me invadía todavía latían los rescoldos de lo que sentí.

—¿Es que no comprendes que tenía que probarte, dulce Cate? —susurró ella sobre mis labios—. Me estaba volviendo loca no hacerlo y todos mis datos apuntaban a que eras muy buena en la cama.

No comprendí la revelación oculta tras sus palabras, no en ese momento. Encajé las piezas después, pero en ese instante mi cerebro estaba procesando otro tipo de información. En concreto, el cálido tacto que sentía en mi espalda, donde ella había posado su mano, moviéndola en pequeños círculos. Un gemido estuvo a punto de iniciar el camino hacia mi garganta, pero fue justo lo que me hizo reaccionar. Lo atajé de golpe, al tiempo que me apartaba con brusquedad.

—Vete a la mierda, Antígona.

Ella se limitó a chasquear los labios y mirarme con esa mezcla de frivolidad y descaro que me hacían desear estamparla contra algo duro y eficientemente doloroso.

—No me llamo Antígona —dijo, sonriendo con sorna—. Si te digo mi nombre, ¿lo pronunciarás mientras te beso?

—Ni se te ocurra volver a intentarlo —le advertí.

Di un paso atrás, por si acaso. Yo podía tener toda la buena intención del mundo, pero en esos últimos meses había aprendido que mi racionalidad a veces iba por un lado y mi libido por otro completamente distinto. Y que mejor poner distancia como refuerzo a esa buena intención.

—¿No te gustó esa última vez, Cate? Sé que solo tenía una oportunidad, pero te juro que intenté dar lo mejor de mí para igualar el marcador. —Sus labios se curvaron en una mueca burlona, no exenta de cierta crueldad—. ¿O es que ella folla mejor que yo?

De nuevo, una segunda revelación cartografiada en sus palabras. Su primera frase era una nueva pieza, pero yo solo tuve oídos para la última.

—¿Ella? ¿De qué coño estás hablando?

Antígona sacudió la cabeza como si me estuviera perdonando la vida.

—Ay, de verdad, Cate, ¿todavía no lo has adivinado?

Y, ahora sí, la comprensión me dio una sonora bofetada. Fue algo súbito, inesperado, como el chirrido de frenos antes del accidente, así se unieron las piezas, de golpe, conformando una imagen. «Tenía que probarte, dulce Cate. Me estaba volviendo loca no hacerlo y todos mis datos apuntaban a que eras muy buena en la cama. ¿No te gustó esa última vez?». Clavé los ojos en ella y rastree cada átomo de su rostro, de su cuerpo. Su lenguaje corporal, su comportamiento. No era el enmascaramiento de su nuevo aspecto, no tenía nada que ver con lo meramente físico. Era otra cosa, más sutil. Algo que tenía más que ver con el fondo que con la encubierta forma que tenía delante de mí.

Algo que enlazaba la arrogancia de esta Antígona con el incisivo comportamiento de aquella última noche.

Parpadeé confusa, recordando. La sensación que tuve entonces revivió en mí, pero esta vez iba con un añadido de recelo. El sexo con Antígona había sido distinto, sí, esa última noche. Se había conducido de un modo inesperado. Más segura, más activa, derrochando pasión e iniciativa, como si fuese...

...una mujer diferente.

*Mierda*, pensé, sintiendo un vahído. *Mierda, mierda y mierda*. Cerré los ojos con fuerza, mientras mi respiración se aceleraba. Al cabo de unos segundos los abrí, clavándolos en los suyos.

—¿Quién coño eres? —pregunté con lentitud.

\*\*

Era algo completamente demencial, sí, pero también entraba dentro de lo posible. Antígona me lo confirmó con su respuesta.

—Creo que ya sabes quién coño *no* soy, ¿verdad, dulce Cate? —me dijo esta mujer que ya sabía que nunca había sido Antígona. No, al menos, hasta la última parte de la grotesca representación.

—¿Gemelas? —pregunté, notando el sabor de la bilis en mi garganta.

—Idénticas.

—Joder —musité, cerrando los ojos, para abrirlos casi al instante—. ¿Cómo...? —balbuceé.

—Querida Cate, déjame darte un consejo, guapa. —Dejó pasar un segundo, mientras su rostro componía una expresión sarcástica—. Si vas a follar, no bebas. De verdad.

—No, no... —Empecé a agitar la cabeza, incrédula. ¿Cómo había estado con dos mujeres diferentes sin darme cuenta?—. Tiene que haber algo más, algo que... —Me detuve, cayendo de golpe en la cuenta—. ¡El vaso! Por eso lo hiciste desaparecer. —Le dirigí una mirada de rabia—. ¿Qué llevaba la bebida?

—Empezamos a atar cabos, bravo. —Levantó las manos—. Un inofensivo somnífero, nada más. Te necesitábamos bien dormida para preparar la escenita del hallazgo del cuerpo. Es increíble lo que se puede hacer con un *kit* de maquillaje especial y algo de casquería, ¿verdad? Pero no podíamos dejar el vaso allí por si les daba por analizarlo. Aunque no habrían hecho falta tantas

precauciones. Eres una testigo muy fiable, mi guapa y sensual Cate.

—La sangre. Tanta cantidad...

La sonrisa en su expresión se expandió. Era su gran momento, pude verlo. Y disfrutaba de él.

—ADN, querida —dijo—. Un precioso e idéntico ADN. ¿Has oído hablar de los gemelos monocigóticos? No voy a aburrirte con detalles científicos, pero, para tu información, te diré que tenemos esa característica. Existen diferencias, por supuesto, pero un simple análisis forense no detectaría nada, solo uno más exhaustivo. Pero claro —sonrió satisfecha—, ¿qué necesidad había de hacer tal cosa en el caso del asesinato de la pobre Antígona James? Todo fue muy convincente: el estado del cuerpo, tu testimonio, la sangre... Ya lo dijo el forense, ¿no? Incompatible con la vida. —Guiñó un ojo—. Usamos la de ambas.

Bajé la mirada hacia sus pies.

—¿Qué número calzas?

Ella arqueó las cejas en un gesto de diversión.

—Oh, ¿también has adivinado eso? Joder, con lo desastre que parecías. —Chasqueó los labios—. En fin, era la primera vez que simulábamos un asesinato. Mejoraremos.

—Conocíais hasta el número que calzaba Joseph... —musité.

—Bueno, cuando te arrodillas para quitarle los zapatos a un tío, preparando la mejor escena posible para una bonita foto de chantaje, se te quedan todos los detalles. Y yo soy una mujer muy observadora, qué te voy a decir.

*No como yo*, pensé con amargura. Me habían engañado a su antojo. Engañado, manipulado y follado. Ya me podía dar con un canto en los dientes si purgaba mi karma de mierda en las próximas cincuenta reencarnaciones.

—¿Por qué tú? —pregunté, notando un nudo en la garganta—. ¿Por qué estás tú aquí y no ella?

—Oh, eso. —Hizo un mohín de contrariedad—. Verás, mi hermanita tiene un «pequeño» defecto. A veces es, digamos, algo sentimental. No estaba de acuerdo en que yo la sustituyera, la verdad es que no estaba planeado, el somnífero empezaba a hacer efecto y...

—¡El gato! —la interrumpí.

Una arruguita de extrañeza se formó en su frente.

—¿El gato? ¿Qué gato?

La señalé con el dedo.

—¡Tú eras el gato, joder!

La arruga de su frente se profundizó.

—Vaya, estoy acostumbrada a que me llamen zorra, pero gato...

—El ruido que escuché esa noche, eras tú.

—¡Oh, sí! —Sonrió con amplitud—. Era yo, sí.

—Ahora entiendo la cara de alarma de tu hermana.

—Torpeza mía. *Ups*. —Se llevó la punta de los dedos a los labios—. Casi nos pillas. Pero es que Cate, dulce Cate, no pude resistir la tentación. —Sonrió—. Tienes un aguante bestial, ¿sabes? Te juro que yo solo quería darte una catadita, ya te habías quedado amodorrada en los brazos de mi hermana y, en fin, la intención era que no te despertaras hasta la mañana siguiente. Pero, ah, amiga, había visto cómo follabas y, joder, solo quería... *Mmm*, ¿sabes? *Mmm*. Y por Dios, fue como despertar a la bestia —resopló maravillada—. Tienes que mirarte eso, ¿eh, guapa? Porque a mí me da que debes de tener una conexión directa entre tu libido y tu cerebro, que te lo activa en plan conejito, porque no había forma de hacerte caer, ¿sabes? —Alzó las cejas—. Y mira que lo intenté...

Apreté la mandíbula con rabia.

—Te aprovechaste de que estaba drogada y...

—¿Reproches éticos ahora, Cate? —me interrumpió con dureza—. ¿La escolta que se folló a su vulnerable clienta?

De acuerdo, empate técnico. Con una imbécil no hay que currárselo mucho para cerrarle la boca, ¿verdad?

—¿Por qué? ¿Qué necesidad había de hacerlo?

No es que me quejara de que, al parecer, entre la población femenina mundial hubiera una querencia por la bollería fina mucho más allá de los porcentajes oficiales, y que a mí me tocara ración doble, pero saberse utilizada como un trapo dolía. Y mucho.

—¿Por qué me acosté contigo? —Se echó a reír—. ¡Vamos, no me jodas! Estás como un tren y no iba a ser solo Emma la que se llevara la mejor parte.

—¿Se llama Emma?

—Por ejemplo. No es como si podamos movernos con nuestras antiguas identidades, ¿sabes? —Inclinó la cabeza en una imitación de saludo de cortesía—. Por cierto, yo ahora me llamo Vanessa. Con doble ese, gracias.

—Me importa un bledo.

—Ay, no hay necesidad de ponerse grosera, mujer. —Se calló y su

expresión se estiró, al tiempo que su mirada se volvía cauta. Al parecer, Vanessa con doble ese ya se había cansado de la parte frívola del encuentro—. Pero de hacerlo, ¿hasta qué punto sería? ¿Cómo de grosera te pondrías, Cate?

Pese a la liviandad que quiso imprimir a su pregunta, detecté la preocupación agazapada tras ella.

—¿A qué te refieres? Si es a cruzarte la cara, te confieso que estoy deseando hacerlo desde que te he puesto el ojo encima.

—Bueno —suspiró—, si todo se redujese a eso, hasta te dejaría... —Noté vacilación en sus siguientes palabras—. Cuando recibimos la alerta de que estabas husmeando donde no debías esperamos un par de semanas hasta ver si se te pasaba el interés. Pero eres una mujer muy cabezota. Y, en fin, nos pone muy nerviosas que el caso no se cierre.

—El caso está en un punto muerto —dije—. Y probablemente se quede ahí.

—Pero supongo que eso solo ha sido hasta que has puesto un pie en este embarcadero, ¿no?

La miré con atención. Su mirada había perdido gran parte de su brillo arrogante.

—¿Me preguntas si os voy a delatar? —Dejé pasar ex profeso unos segundos. Por una vez, que el tanto fuese para mí. Bastantes minutos de gloria había tenido ella ya—. ¿Y si lo hago?

La expresión de su rostro cambió en menos de un segundo, sonriendo como lo haría un perro de presa. Mierda, poco me iba a durar a mí la gloria de las narices, joder. Claro, al fin y al cabo, no sobrevives en el lado oscuro si no sirves para ello, ¿verdad?

Antígona me lo iba a demostrar.

—¿Y si me felicito por mi extraordinaria previsión y hago llegar a la policía una grabación de alto contenido sexual con cierta detective y la víctima de un horrible asesinato como protagonistas? ¿De verdad quieres destapar esa caja, Cate? Incluso en el caso de que te creyeran, ¿qué piensas que parecería? Una truculenta historia de sexo, alcohol, tal vez celos... —Chasqueó la lengua—. A tu amiguito el *poli* le iba a costar parar toda la mierda que te iba a caer encima, ¿no crees?

Cerré los ojos un instante. El dedo acusador me señalaba, pero no por su amenaza. Lo había hecho todo mal y de ello sí era culpable. Abrí los ojos y me giré hacia el mar. Estaba en calma. Todo lo contrario que mi interior. Rabia, desolación, impotencia. Pero también, y cada vez con más fuerza, el

cansancio. Un agotamiento emocional que empezaba a cubrir con un pesado manto cada átomo de mis huesos.

Regresé mi mirada hacia ella.

—De acuerdo —accedí. Mi concesión no era tanto por su chantaje como por la certeza de que al final ganaría alguien como Joseph Nsar. Por ello, pese a todo, me vi en la obligación de decírselo—. Pero yo de vosotras no bajaría la guardia. Puede que el querido Joseph quiera saber por qué vuestra Antígona hizo creer a la policía que tuvieron una relación.

Tal vez fue una mezquina revancha, o tal vez de verdad me preocupaba. La expresión de mi interlocutora se ensombreció. Por un instante, sus ojos recrearon el mismo miedo que había leído en la mujer que había entrado en mi despacho para hablarme del maltratador de su exnovio. Probablemente, ni aquella lo fingió entonces ni esta lo hacía ahora. Tal vez fuese en lo único en lo que no habían mentido. Joseph Nsar era alguien a quien temer.

—Pero supongo que podéis estar tranquilas —continué—. Con suerte, saldréis bien libradas de todo esto y lo olvidaremos. —No pude evitar que la amargura punteara mis últimas palabras—. Y, al fin y al cabo, nadie ha salido perjudicado, ¿verdad?

—Gracias —musitó ella.

—No me las des. No quiero volver a veros en mi vida. ¿Está claro?

Hice ademán de girarme. Ya no había nada más que decir ni hacer allí. Solo quería volver a casa. O que me tragara un agujero negro con destino a un universo paralelo, me daba igual.

Me detuvo su áspera pregunta.

—¿No quieres verla? —Señaló con su barbilla un punto detrás de mí—. Al final llegaste a gustarle, ¿sabes? En fin, a mí también, pero ella es la de los remordimientos. No se perdona haberte hecho sufrir.

Noté que se me erizaba el vello de la nuca, luchando contra el deseo de girarme, porque sabía que, en cuanto lo hiciera, el último clavo sería hundido. Solo quería irme de allí, dejar todo atrás. Olvidarlo.

Pero lo hice. Me giré.

A unos cincuenta metros, junto a una de las barcas amarradas, estaba la otra *ella*. Me miraba fijamente. También había cambiado su aspecto. Y ella sí parecía preocupada, en alerta y también asustada. No sabía si por mí o por ellas. Hizo ademán de dar un paso en mi dirección, pero aparté bruscamente la mirada y, girándome, me encaminé hacia la salida del embarcadero con paso

firme.

No volví a mirar atrás.

\*\*

Esa noche fui al Sappho. Dispuesta a beber, dispuesta a follar, dispuesta a olvidar. Otra y otra y otra vez, todas las que hicieran falta.

No reparé en ella. Nunca lo había hecho, o quizás sí, pero seguramente la olvidé en cuanto mi vacío interior encontró una piel y unos labios en los que perderse una noche más. Pero ella en mí, sí. Ella sí reparó en mí. De hecho, hacía tiempo que me seguía la pista, que se había fijado en mi aire triste y melancólico. Que deseaba conocerme.

Sin embargo, eso no ocurrió esa noche. Todavía habría de pasar un tiempo hasta que esa mujer de cabello rubio y mirada azul tuviera un papel predominante en mi vida a partir del instante en el que cruzara su mirada con la mía.

Pero hasta ese día, yo seguiría siendo la mujer perdida en el camino de la piel de otra mujer que solo me había llevado a una nueva y amarga decepción.

\*\*\*

## SOBRE LA AUTORA

Clara Asunción García, Elche (Alicante), 1968.

Autora de la [serie](#) sobre la detective privada Catherine S. Maynes (*El primer caso de Cate Maynes, Los hilos del destino*). Sus otras novelas publicadas hasta la fecha son [La perfección del silencio](#) y [Elisa frente al mar](#), esta última traducida al francés ([Face à la mer](#)).

Sigue feliz con su mar, su cerveza (que ahora bebe sin alcohol pero igualmente feliz) y su libro.

\*

**2015:** Publicación del relato [#Marimaryeva](#) en la antología [Ábreme con cuidado](#). Editorial Dos Bigotes, Madrid (España) // Publicación de *Face à la mer*, traducción al francés de *Elisa frente al mar*. Éditions dans l'Engrenage (Francia) // Publicación de *Le chemin de sa peau*, traducción al francés de *El camino de su piel* (versión corta. Serie Cate Maynes), en el libro colectivo *Lectures d'Espagne 3. Auteurs espagnols du XXI Siècle* (pág. 375). Lectures d'aillers, Université de Poitiers (Francia) // Publicación del relato *El camino de su piel. Versión extendida* (solo formato [ebook](#). Serie Cate Maynes), Amazon.

**2014:** Publicación de la novela *Los hilos del destino*. Editorial Egales, Madrid-Barcelona (España). // Publicación del relato *Un perro llamado Úrsula* (serie Cate Maynes) en el libro colectivo *Fundido en negro: antología de relatos del mejor calibre criminal femenino*. Alrevés Editorial, Barcelona (España) // Publicación de la novela *El primer caso de Cate Maynes* en la colección Sensual Collection. Publishing, Ludic & Social Marketing (España).

**2013:** Publicación de la novela *Elisa frente al mar* (Amazon) // Publicación de la novela *La perfección del silencio*. Editorial Egales, Madrid-Barcelona (España).

**2012:** Publicación del relato *El camino de su piel* (versión corta. Serie Cate Maynes). Ámbitos Feministas, Vol. 2. Western Kentucky University, Kentucky (EE.UU.).

**2011:** Publicación de la novela *El primer caso de Cate Maynes*. Editorial Egales, Madrid-Barcelona (España).

**2006:** Publicación del relato [\*Ahora es mañana\*](#) en el libro colectivo *Relatos urbanos. Sin trampa ni cartón*, Editorial Club Universitario, Alicante (España) // Publicación del relato [\*Solo un sueño\*](#) en el libro colectivo *Relatos urbanos. Relatos humanos*, Editorial Club Universitario, Alicante (España).

**2001:** Publicación del relato [\*La carta\*](#) en el libro colectivo *Desalambrar el futuro*, Fundación de Derechos Civiles, Madrid (España) // Finalista con [\*UHF\*](#) en el concurso Cuentos Menudos (narrativa hiperbreve), Universidad de Alicante (España).

**2000:** Primer Premio Certamen Narrativa Corta de Ciencia Ficción, Universidad de Alicante (España), con el relato [\*Ser\*](#).

**1992:** Finalista I Concurso Literario de Teatro de Albox (España), con la obra *Sección Juvenil*.